JOKIN
AZKETA
LA SANGRE
DE LOS OTROS
Lectulandia

Norman Scarf es un escritor de éxito que siempre se ha sentido atraído por la muerte y las historias reales teñidas de oscuridad. Por eso, cuando una mujer que se hace llamar Celeste le confiesa que es una sicaria, no tarda en caer seducido por su hechizo. Comienza así una macabra relación epistolar en la que ella detalla sus crímenes mientras él comprueba los hechos e intenta comprenderla mejor. Pero la extraña intimidad entre ambos se rompe con una traición. Y entonces las reglas del juego cambian.

Novela negra construida como una relación epistolar entre un escritor fascinado por personajes oscuros y una asesina a sueldo necesitada de confesar a alguien sus crímenes.

Jokin Azketa

La sangre de los otros

Norman Scarf 2

ePub r1.0
Titivillus 01.01.2025

Jokin Azketa, 2024

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

¡Oh! No jures por la luna,
por la inconstante luna,
cuyo disco cambia cada mes,
no sea que tu amor se vuelva tan variable.

Romeo y Julieta, WILLIAM SHAKESPEARE

1

Empequeñecido admiro la profundidad de la noche, quiero entender el paisaje, saber qué esconde el vacío que me envuelve cuando la luz se hiela y desaparece durante meses. Una inmensidad oscura y cubierta por una gruesa capa de hielo, que un oso recorre solitario entre los torbellinos de una gran nevada.

Siento desplegarse ante mí los enigmas de la Tierra.

Aquí están las mareas y los eclipses, los aludes, la luz de los volcanes extinguidos y el recuerdo petrificado de sus venas abiertas de lava; también la calma tras las tempestades que se desatan y llegan desde el mar entre el estallido de los truenos, las grandes inundaciones. Y los terremotos haciendo temblar el mundo a su paso.

La oscuridad oculta una belleza helada y hace que todo parezca lejano, sobrenatural.

El viento se abre paso entre las nubes y la niebla.

Aquí está la vida y, si es cierto lo que sé, junto a ella ahora está también la muerte.

Me siento en armonía con el mundo.

He salido a pasear por el perímetro del pueblo, hasta donde lo permiten las señales que, con la imagen de un oso blanco, advierten de que más allá de estos límites hay que ir provisto de un rifle.

Ojalá cada día pudiera caminar por un lugar así. Con el tiempo, estas horas entre la nieve quedarán en mi memoria como algunas de las más gratas de mi vida, y tengo que pellizcarme por debajo del plumífero para darme cuenta de que no estoy soñando.

Anoto todo esto en mi libreta con el guante derecho guardado en un bolsillo. Los dedos se me congelan y no aguantaré mucho más. Estoy en Longyearbyen, a
78°
y 13’ Norte y
15°

y 38’ Este, en la población más septentrional de la Tierra y la más habitada del archipiélago de Svalbard. A 1400 kilómetros de la Noruega continental y a unos mil al sur del Polo Norte, en medio de un mar que imagino como un hervidero de enormes olas densas como el petróleo y coronadas por una espuma a punto de congelarse al contacto con el aire.

Es solo una forma de empezar, pero también pudieron haber sido otras. Este lugar me ha sorprendido tanto, me ha afectado de tal manera, que he preferido comenzar mi relato hablando de él. He escrito estas palabras de corrido, sin detenerme a pensarlas, bajo la luz de una farola y hundido hasta las rodillas en la nieve que cruje bajo mis pies. Por el momento solo son un murmullo en mi cabeza, les daré mil vueltas, cambiaré un adjetivo por otro y una coma, o un punto, del lugar que ahora ocupan, pero sé que estas líneas serán el comienzo de un libro.

Es 15 de febrero, plena noche polar. Para que mis lectores sepan qué hago aquí, tendré que retroceder algunos meses y explicarles que estoy regresando a la vieja idea de buscar una buena historia guiándome solo por el olfato y el instinto. Pero esta vez, con una confianza bastante disparatada, estoy siguiendo las instrucciones y fiándome de alguien que parece tener algo que contar.

Admitiré que, si hubiera podido escoger, tal vez no lo estaría depositando todo en sus manos. Y esas manos son las manos de una mujer, la misma que me había hecho llegar un cuaderno y que, de vez en cuando, me escribía correos electrónicos o cartas, que incluso llegó a llamar a mi teléfono, o a dejar notas para mí donde solo yo sabía que iba a estar, y todo para contarme confidencias, que yo supiera que existía y me diera por enterado de que su mundo delirante sería importante para mi vida. Siempre firmaba como Celeste.

> Hace quince días, según las noticias, el cadáver de Eric Lafontaine fue encontrado en su apartamento en el archipiélago de Svalbard. Un suicidio fue la versión oficial de la policía local ante el agujero de bala que lucía en la sien. Yo había hecho mi trabajo, era mi dedo el que había tirado del gatillo. Estaba cumplido el encargo…
>
> Norman, a veces podrás encontrarme como Doris, Sharon, Sigrid o Armonía. También mi aspecto será diferente, con ojos azules o negros, con pelo rubio, pelirrojo o moreno… Será difícil saber

quién soy exactamente, pero por el momento no puedo desvelarte más detalles. Ahora te propondré un juego —o un acertijo— y, si aceptas mi reto, el premio será que tú, que consumes tus días buscando un suelo fértil y vives persiguiendo buenas historias para poder escribir, tendrás en tus manos y ante tus ojos una de las buenas. Tal vez la mejor. ¿Te atreves, Norman?

CELESTE

Me quedé pensativo ante este correo electrónico, sin saber si debía otorgar crédito a lo que leía. Siempre me ha interesado la pregunta de qué es lo que sabemos de los otros, de esos desconocidos que nos acompañan, y la vida de esta mujer podría contener más de una respuesta interesante.

Tal vez no sea más que una embustera que se inventa una vida llena de fantasías para satisfacer todo lo que falta en la suya, o una loca. Puede, incluso, que ni se trate de una mujer; internet está lleno de trampas, nadie lo ignora… Aun así, llevo años queriendo escribir acerca de alguien que dedica su vida y sus esfuerzos a poner fin a la existencia de sus semejantes y que lo hace por dinero.

Así que le respondí, ya bastante interesado. Fingí un total escepticismo para remarcar claramente la distancia que nos separaba. Le hice ver que no me creía ni una sola palabra de lo que decía y me mostré arrogante y presuntuoso. Dejándole claro, en definitiva, que la tenía por una farsante.

Tengo éxito, eso es cierto, pero nada más. La fama no es sino un laberinto de soledad y vacío. No sé qué piensas que puedo ofrecerte. Además, ¿por qué habría de creer cualquiera de tus nombres? ¿Quién me dice que me cuentas la verdad? Yo no me inmiscuyo en la vida de la gente. Hago lo posible por comprender, por conocer qué causas mueven a los asesinos, y siempre escribo solo lo que veo, sin fiarme de lo que me cuentan. Además, dudo que alguien tenga autoridad moral para disponer de la vida de los demás. Y pensándolo bien, una cantidad considerable de personas se quita la vida cada día. ¿Por qué no iba a hacerlo disparándose una pistola este hombre que vivía en ese lugar helado?

No puedo saber si recibió este correo o si lo abrió. La cosa es

que, como si me estuviera leyendo el pensamiento, en minutos me envió el segundo.

> Parece que no me tomas en serio, Norman, pero yo no soy una de esas niñas caprichosas que cuando se enfadan patalean y les rompen las piernas a sus muñecos. Soy una mujer hecha y derecha con un oficio de verdad.
>
> Puedo adelantarte, eso es lo único, que todo son hechos reales en los que he participado. Lo que te pido es que investigues hasta saber quién soy. Te va a costar, Scarf, pero en eso reside la gracia del juego.
>
> Escribe sobre mí, que a diario tengo que vérmelas con la muerte, hazme inmortal. Préstame atención, te va a interesar lo que te envío, lo sé, y también el propio juego. Intenta entenderme a través de sucesos terribles y oscuros, cargados de dolor, sangre y miedo, y me encontrarás.
>
> Léelo con cuidado. A primera vista parecen hechos sin conexión, ocurridos en lugares muy distantes entre sí, pero a todos los une la muerte, al final lo único que perdura. Pase lo que pase, los devotos de la vida siempre llevan las de perder. Recuerda al poeta: somos, entre dos oscuridades, un relámpago **[1]** . Solo eso.
>
> Si aceptas —y estoy segura de que lo harás—, acude el próximo domingo a la población de Penzance, en Cornualles. Yo estaré a las doce del mediodía en el paseo marítimo, pero no te preocupes por buscarme, yo te encontraré a ti.

En los siguientes correos empecé a llamarla por su nombre y a repetirle con insistencia que necesitaba algo más a lo que agarrarme, porque seguía desconfiando. Me daba igual que aquella mujer me mintiera o que solo se tratara de una fantasía; entre sus palabras se encontraba el germen de una novela. Y esa era la causa de que no pudiera elegir, ya no. Volver a escribir se imponía, y la idea de un mismo personaje, de esa asesina a sueldo, que atraviesa páginas y las cruza para aparecer en diferentes relatos, me atraía cada vez más hasta convertirse en un imán. No es fácil ponerse en la mente del criminal, ni interpretar sus actos. Celeste me atraía y horrorizaba, era locura y angustia al mismo tiempo, un personaje con una gran carga de perversidad acumulada, un gran personaje para protagonizar una gran novela.

Mientras empezaba a estrechar lazos con Celeste, aproveché para leer en internet las páginas de los periódicos noruegos que contaran algo de la actualidad en el archipiélago de Svalbard. En todas ellas encontré unas pocas líneas, alguna pequeña referencia a la muerte de un varón de setenta y cinco años en la población de Longyearbyen. Todas las informaciones coincidían en que el suicidio se había producido en diciembre, hacía dos meses.

Era un domingo de invierno, en una esquina de un paseo que daba al mar, levemente iluminada por el sol marchito del sur de Inglaterra, y allí estaba yo a punto de recibir algo que, aunque aún no lo supiera, cambiaría mi vida.

Algunos turistas, y muchos caminantes, paseantes de perros y corredores merodeaban. Cuando apenas habían transcurrido unos minutos, a pocos metros se detuvo una chica que venía trotando. Me fijé en ella: morena, con el pelo muy corto, la piel brillante por el sudor y un ligero jadeo tras el esfuerzo. Pensé que podía ser la que me había citado, pero al poco reanudó la carrera y se alejó con grandes zancadas.

Desengañado, y sin saber qué hacer, miré cómo la chica se perdía al final del paseo, pero cuando ya estaba a punto de aceptar que había sido víctima de una broma o de un engaño, encontré a mi lado a una mujer extraña, casi tapada por la gabardina enorme que vestía.

De la gorra se le escapaba un pelo de color platino y tenía los ojos de un azul muy claro. La boca y la nariz quedaban ocultas tras un pañuelo y caminaba dando pequeños pasos muy forzados, como si llevara en los zapatos unas alzas para parecer más alta o padeciera alguna deformidad en los pies.

Se había acercado a mí con disimulo, sin que pudiera darme cuenta de su llegada. Antes de empezar a hablar, se detuvo un momento para señalar unos barcos de gran tamaño surcando el horizonte en alta mar. Y me dijo:

—Cada vez que me asomo a una orilla del Atlántico, sufro el tormento de unos sueños espeluznantes. Son unas pesadillas terribles, de un reino sumergido bajo estas aguas, un lugar en el que, a gran profundidad, viven los descendientes marinos de las esclavas africanas que eran arrojadas por la borda durante la travesía. Unas veces para que los negreros no fueran atrapados,

otras porque estaban enfermas o demasiado débiles y, como no llegarían al final del trayecto, preferían ahorrarse alimentarlas y, en general, por una pura exhibición de crueldad… —Al pronunciar la palabra, recalcó sus dos sílabas, separándolas, «cruel-dad», para que penetrara en mis oídos de una manera casi violenta y haciéndome saber que resumía lo esencial del relato—. Espectros de piel oscura —siguió sin que yo pudiera quitar la vista del horizonte marino— hundidos con los ojos abiertos por el terror y los pies encadenados a un peso que tira de ellos hacia el fondo, pero que algún día abandonarán sus recónditas guaridas para pedirnos cuentas. Preguntarnos dónde estábamos, qué hacíamos con los brazos cruzados mientras ellas, inocentes, se ahogaban entre las sombras azuladas del océano. Todos los mares son tumbas, y nuestro mundo está edificado sobre secretos hundidos en sus profundidades. En fosas donde apenas llega la luz, en rincones de difícil acceso que preferimos olvidar[2].

Ella permaneció en silencio unos segundos, con una expresión vacía, si es que era posible apreciar cualquier gesto con su disfraz, y yo me quedé mirando los barcos pensando en lo que aquella voz me había contado. Mi primera impresión fue que se trataba de una loca de atar, pero eso, lejos de desanimarme, hizo que se redoblara mi interés en escribir sobre ella. No hay nada mejor que la literatura para abordar la deslumbrante complejidad de la psique humana.

De pronto, aprovechando que un grupo más numeroso atravesaba el paseo y nos rodeaba, la mujer desapareció. En aquel momento pensé que nunca más volvería a verla, pero no fue así, porque habíamos de encontrarnos mucho tiempo después, cuando ella quiso, aunque no voy a adelantar acontecimientos que ahora no importan demasiado.

Cuando al fin reaccioné y me giré, buscándola con la vista por todos lados, vi, apoyado sobre una papelera, un sobre acolchado, con mi nombre, NORMAN, escrito en letras mayúsculas muy gruesas y, dentro, un cuaderno escrito en castellano, acompañado por un folio en el que, también en mayúsculas, ponía:

AQUÍ ESTÁ LA VERDAD. TODO LO QUE LEAS ES CIERTO Y ESTÁ ESCRITO PARA TI. SOLO PARA TI.

A continuación, decía, y aquí reproduzco textualmente lo escrito por ella:

> Para empezar te estarás preguntando la razón por la que te he elegido entre tantos escritores. Me fijé en ti hace muchos años, cuando ganaste el Malas Calles. Nunca antes había oído ni tan siquiera mencionar ese premio de novela negra. Me llamó la atención tu aspecto en las fotos, ese aire de tristeza, de hombre pensativo, y sentí que las desdichas nos unían.
>
> Más tarde leí que todos los ganadores habían muerto jóvenes y en extrañas circunstancias: unos arrollados por camiones, otros envenenados y, los menos, víctimas de misteriosas enfermedades que nunca llegaban a ser identificadas por los forenses.
>
> Como fueron pasando los años y tú seguías vivo, comprendí que la hermosa historia de escritores fallecidos recién llegados a la edad adulta era tan bella como la de aquellos románticos que morían de tuberculosis y en la miseria, pero que se trataba, sencillamente, de una farsa.
>
> Lo cierto es que, puestos a engañar, lo hacían con rigor y seriedad. Por lo que se ve, pagaban a periodistas para que contaran sus mentiras como si fueran noticias, y algunos ponían empeño y se lucían con su trabajo. Habría que felicitar especialmente a los que contaron con todo detalle la muerte del poeta Sebastián Rosado, atropellado frente al portal de su casa por una furgoneta de reparto de Amazon Prime. No cualquiera es capaz de inventar tanto.
>
> También es verdad, lo admito, que cuando definitivamente supe que todo eran artimañas enrevesadas y trampas tendidas por los editores para que se hablara del premio y poder vender más libros, sufrí un pequeño revés. Aun así, ya nunca dejé de leer todo lo que escribes y de estar orgullosa de ti.
>
> Puesto en tus manos, un crimen termina por ser una expresión de justicia y belleza. Eras, sin duda, el candidato ideal.

Aquella noche leí de cabo a rabo el cuaderno de Celeste, sin poder dejarlo. Si lo escrito era cierto, se trataba del diario de una asesina profesional, de alguien que mata por dinero, con gran eficacia, y después se desvanece como el vapor.

Entre mis manos estaba el calendario convulso de la vida de una mujer que cambia constantemente de aspecto, de ciudad y de domicilio, que escapa de policías y curiosos e incluso de quienes la

contratan, que también suele ser gente peligrosa obsesionada con no dejar ningún rastro.

A pesar de las dificultades que tendría para saber algo de un personaje que está permanentemente escondido, fingiendo ser otra persona o huyendo, desde las primeras líneas supe que allí estaba el germen de mi próximo libro.

Ignoraba si ella, en una crisis o en plena iluminación, se había sentido incapaz de enfrentarse a su conciencia y a sus secretos, y eso le había impulsado a contar lo que sabía como una forma de liberarse de una carga, o lo hacía solamente por afán de notoriedad. Por el momento, ninguna de esas cosas me preocupaban demasiado.

Así que vuelvo al momento en el que Celeste desapareció de mi vista y yo me giré hacia la papelera. Porque, en ese instante, supe sin lugar a dudas que el personaje de aquella mujer me interesaba y que, al fin, podía volver a escribir.

También se podría pensar que otro en mi lugar habría ido con el cuaderno directamente a la policía, pero yo tenía la costumbre de husmear en las vidas ajenas en busca de un buen argumento. Era un escritor y no un soplón.

Sus correos llegaban a mi casa después de rebotar por cientos de servidores en todo el mundo y desde una dirección plagada de recovecos y trampas para no poder ser identificada. No hacía falta ser muy listo para saberlo. Responder a ellos, por mucha urgencia que tuviera, era la única forma de contactar con Celeste. Dudaba siempre de que los leyera. Aun así, al principio le contesté para jurarle guardar sus secretos y comprometerme a escribir acerca de su vida. Como era de esperar, no respondió.

Celeste vivía en un universo propio, exclusivo y salvaje, en el que, no sé por qué razón, me había permitido entrar. Yo la había conocido porque ella lo había deseado y había venido a buscarme, solo por eso, así que a partir de ese momento yo dependería de que quisiera repetir el contacto.

Así lo hizo, durante todo el tiempo que pasé investigando, escribiendo y viajando por nuestro maltrecho mundo, tras las huellas, siempre borrosas y difíciles de seguir, que dejaban sus pisadas.

En las primeras páginas del cuaderno, confesaba que no conocía a nadie y que no tenía, ni había tenido nunca, amigos pero que

ahora —sin explicar el porqué— necesitaba a alguien con quien poder sincerarse y compartir dudas.

A partir de ese momento, pude leer toda su vida. Durante mucho tiempo nuestros contactos se multiplicaron y con ellos aumentó mi convicción de estar tratando con un ser perturbado. Celeste se equivocó pensando que había entre nosotros algo más que una buena historia y yo, aunque resulte triste admitirlo, ya sabía que con tal de sacar lo mejor para mi novela acabaría por engañarla.

Todo lo demás era un libro que, por aquel entonces, estaba aún por escribir. Yo estaba habituado a vagabundear, a tener la mochila siempre lista y a estar preparado para partir a cualquier lugar como una manera de recabar información, pero esta vez también quería comprobar si los bosques, los glaciares, las montañas de picos afilados y los desiertos podían dar cobijo a las historias que aquella mujer me contaba.

Las distancias no me importan, en todas partes estoy de paso. Cada vez que me traslado siento la fantasía de comenzar una nueva vida, y soy capaz de recorrer el mundo de punta a punta con tal de captar un solo detalle que pueda interesarme para escribir.

Por si pudiera servirme para el prólogo, anoté en mi libreta:

> Aunque casi todos los lugares del mundo se encuentren abarrotados y parezcan haber perdido una buena parte de su encanto, soy de los que creen firmemente que queda un enorme terreno por explorar —por conocer, tal vez sea más adecuado— y lo pienso a pesar de quienes afirman haber visto desaparecer el misterio de viajar y también ven más razones que nunca para no moverse de casa…
>
> Puede que los únicos viajes verdaderos de hoy en día sean los de quienes escalan montañas desconocidas de gran dificultad y en lugares remotos, sin que apenas nadie se entere de sus hazañas. O los de quienes luchan por encontrar algo mejor bajo el sol y, escapando del hambre o de la guerra, entran en nuestra civilización a través de sus inmundas cloacas.
>
> Lo demás, siento decirlo, es vanidad, entretenimiento y una excusa o un pretexto para holgazanear. Los viajes no son historias sencillas, tal vez solamente lo aparenten y muchas veces todo queda en un pequeño resplandor apenas visible para nadie. Por eso, al querer contarlos, el papel se llena de sospechas y de la desconfianza de que lo escrito solo interese al propio viajero.

Por el momento, a mí me sigue maravillando vagabundear y mirar el mundo desde sus esquinas, desde esos sitios que perdieron importancia con el tiempo, que pasaron de moda o, en algunos casos, no lo estuvieron nunca. Así que, aun cuando me encuentro en lugares frecuentados y conocidos, busco pequeños miradores desde donde observar el planeta magnífico y caótico y a los seres que lo habitamos. Todo es un complejo laberinto que atrae sin cesar, con el resplandor de su belleza o con el humo de sus desastres, con la bendición de la bondad y la maldición del crimen, pero siempre con una luz tan potente —tan inigualable— que no hay más remedio que entrecerrar los ojos para no deslumbrarse… O arder…

A menudo, un asesinato sangriento o una desaparición inexplicable, una pieza poco codiciada perdida en el pasillo de un museo, una placa que recuerda a alguien que vivió alguna vez allí o una batalla, una calle que aparece en una película o en un libro me sirven para comprobar si hay algo interesante por ahí fuera sobre lo que se pueda escribir… Me fascinan las ilusiones y perseguir cosas que tal vez ni siquiera existen. He pasado lo mejor de mi tiempo buscando el momento único en el que todo parece volver a encajar, y educando a mis ojos para que sean capaces de distinguir algo más que sombras en la inmensidad del mundo.

Me gusta viajar para comprobar que existe un sitio para mí casi en cualquier lugar de la Tierra… Para sentir bajo mis pies el movimiento del mundo y recordar que en él solo soy un pasajero.

Por otra parte, aunque la belleza creada por la mano del hombre sea asombrosa, casi nunca alcanza a lo que la naturaleza, incansable y laboriosa, produce con paciencia y a base de millones de años, en una medida del tiempo que no es la nuestra y se nos escapa.

Esta es la razón por la que siempre he reverenciado las montañas y he adorado los grandes trayectos a pie. Puede que sea en ese terreno de paisajes, luces cambiantes y esfuerzo donde más me haya aproximado a la esencia de un viaje, es decir, una vida fácil en la que estar a solas, reflexionar y hacerse uno con la naturaleza. Por eso, a menudo me he interrogado acerca de si sería capaz de viajar a la antigua, recorriendo durante el día grandes distancias paso a paso y desplegando cada noche mi manta sobre una estera para comer un trozo de pan bajo las estrellas… Por el momento, sigo sin saber si no lo he hecho porque no eran los viajes

de mi tiempo, de mi época, o porque sencillamente me ha faltado valor.

Ahora la pregunta ya no importa, y dejaré para otra ocasión la gran caminata solitaria. Para otra vida.

Mientras tanto, guardaré la idea flotando en la poción que custodia lo que no pudo ser y en la que se mantienen vivos, y velando por nosotros, todos los sueños imposibles.

Escribí lo que pude mientras, nervioso, tamborileaba con mis dedos sobre el asiento. Faltaban dos horas para la salida de mi vuelo y frente a mis ojos tenía lugar un fantástico espectáculo que todavía al recordarlo me causa pavor. En medio de una gran ventisca, ocho máquinas quitanieves, formando una figura escalonada y con todas las luces encendidas, retiraban como podían la nieve de la pista, y entre los copos, agolpados furiosos en el aire, despegaban los aviones como monstruos metálicos para internarse en la profundidad de la noche. La llamada que anunciaba mi vuelo me sacó de lo que parecía un sueño. Abandoné Oslo en pleno invierno rumbo a Svalbard.

2

Para que mis lectores puedan hacerse una idea de cómo es Longyearbyen, les contaré que la diminuta ciudad me pareció tan remota como esperaba, pero mucho más civilizada. Tampoco pensé que estuviera habitada por casi dos mil personas.

Por las calles no es que hubiera una muchedumbre, pero me sorprendió la cantidad de gente que iba a sus cosas de un lado para otro, algunos arrastrando a sus niños en un trineo, y los que, olvidándose del frío, fumaban a las puertas de los cafés y las tiendas. Aun así, no era extraño sentir que te encontrabas en uno de los límites del mundo.

El archipiélago tiene una extensión casi tan grande como Irlanda y la población de osos polares es muy superior a la de humanos. En el interior del supermercado, en el que un cartel advierte que hay que dejar la escopeta en la entrada, se encuentra la tienda estatal para la venta de alcohol, el Nordpolet. Coincidiendo con mi llegada, se celebraba el Polar Jazz, un festival de altísimo nivel al que, por lo visto, acudían músicos de toda Europa. Los carteles anunciaban para esa noche a Jon Emerson. Pensé en acudir para ver si podía encontrar algo de información, aunque finalmente me quedé bebiendo en un bar.

Gracias a internet, pude situar el bloque de apartamentos en el que se había producido el suicidio, o asesinato, de Eric, así es que a través de Airbnb alquilé el apartamento en el que habían tenido lugar los sucesos, o uno prácticamente igual. La población es pequeña, pero muy dispersa, así que —aunque odio hacerlo porque no me gusta que se fijen en mí— no tuve más remedio que preguntar hasta que di con el número 21 del edificio 20, en la carretera
232-20
A.

El propietario me había escrito diciéndome que a la derecha de

la puerta una caja contenía las llaves y se abría con el código 9999. Nada más entrar, me fijé en que bajo mi ventana, en un pequeño estacionamiento, había más motos de nieve de las que yo había visto en toda mi vida. Enseguida la nevada arreció y ya no se veía nada a dos metros. Y lo que hice fue seguir atentamente el relato del cuaderno, para poder reconstruir con exactitud cómo habían sucedido los acontecimientos, y así pude escribir casi un capítulo completo de mi libro de corrido.

LA MUJER QUE MIRA DESDE LAS SOMBRAS

I. LA VISIÓN DE LA SANGRE

Celeste había cruzado los controles —Svalbard está fuera del espacio Schengen— con el nombre de Samantha Smith y un pasaporte británico que había encargado a su proveedor de confianza, Omar, del que yo aún no sabía nada. Ella hablaba de él como de un tipo genial, inteligente, poco amigo de dejarse embaucar por leyes y muy especial.

«Dejaré para más tarde los detalles —me prometió—, pero es un hombre curioso al que te gustará conocer. Además, podrás encontrar en él a otro personaje interesante», me había escrito en un email.

En el vestíbulo del pequeño aeropuerto, su peluca rubia platino y las lentillas azules le hacían destacar, para que todo el mundo se fijara en ella y la recordara, es decir, justo lo que ella pretendía. Recién llegada al pueblo, en el primer café que encontró, discretamente cambió de aspecto. La llamativa Marilyn desapareció junto con su pasaporte nada más entrar en los baños. Nadie volvería a encontrársela ni sabría más de ella hasta que tomara el vuelo de regreso. Hasta entonces, su hermosa cabellera rubia estaba a salvo y bien guardada en la mochila.

En su lugar, salió Armonía Neissman, una turista alemana de origen argentino, con el pelo corto y muy negro pero que compartía con la chica que había accedido a los servicios sus llamativos ojos azules. Se inscribió en el Coal Miners Cabins, unos antiguos barracones de los mineros convertidos en hotel, dirigiéndose a la recepcionista en todo momento en inglés, eso sí, añadiendo algo de acento para hacer creíble su personaje alemán y poniendo sobre el mostrador un pasaporte de la República Federal de Alemania, hay que suponer que también era obra del mismo Omar. Deduje por este detalle que Celeste tenía tanta habilidad con los idiomas como con los disfraces. La chica de la recepción, muy amable, le prestó unos

esquís de fondo para que pudiera dar un paseo.

Quienes la contrataron le habían facilitado una buena cantidad de fotos de Eric. Durante días, antes de volar a la isla, las contempló extendidas sobre la mesa como si se tratara de un juego de naipes solitario o de un mosaico hecho de caras.

Horas y horas interminables, siempre con la imagen de aquel hombre ante sus ojos, tantas, que llegó a familiarizarse con él como si le conociera de siempre o fuera un espíritu que se le apareciera cada noche en sueños. Por eso, y aunque nevaba intensamente, no tuvo dificultades para reconocerlo al primer golpe de vista, a pesar del gorro de lana verde que lucía.

Aunque habían pasado cinco años desde que fueron tomadas las últimas imágenes —en alguna de ellas Eric aún aparecía con su traje de presidiario—, Celeste lo encontró asombrosamente parecido. Puede que ahora estuviera un poco más delgado, pero ese sería el único cambio. Y no es que Celeste sintiera miedo, pero su mirada le resultó intensa y vagamente amenazadora, como si estuviera junto a un halcón, un guepardo o una hiena.

No me lo invento, estas eran las palabras exactas y los animales que ella menciona para definirlo cuando escribe.

Eric era un reputado falsificador de cuadros. Por sus manos habían pasado valiosas obras de arte destinadas a un tráfico que enriquecía a los más poderosos. Pero después de una operación fallida, en la que por su culpa todo se fue al traste y algunos perdieron fortunas, él huyó llegando a fingir su propia muerte. Aun así, la policía lo descubrió y acabó cumpliendo condena.

Al salir de la cárcel, sus antiguos socios no le habían olvidado ni mucho menos perdonado, así que esperaban pacientemente el momento adecuado para vengarse. Y ahí es donde entraba en juego Celeste[3].

La chica fingió desconocer la técnica de esquí y así fue como empezó todo entre ellos, con una forma de deslizarse, de resbalar hacia él sobre los esquís en una pequeña pendiente, tan ridícula y chapucera, que el hombre bien podía haber dudado de que fuera cierta, pero probablemente vio solo lo que quería ver y no hizo más preguntas. Celeste pidió mil veces disculpas, habló de sí misma como de alguien muy torpe, pero el hombre estaba contento y no lo ocultaba. Sin duda, encontrarse con una mujer joven en los brazos,

como caída del cielo, era un extraño espejismo flotando entre la ventisca. Una sorpresa hacía muchos años olvidada, que le iluminaba la cara. Ella insistió en invitarle a tomar algo como desagravio, y a los pocos minutos estaban sentados en un café, el Stationen.

Eran las tres de la tarde, las tazas humeaban sujetas entre sus manos y afuera el viento había cesado, y caían unos copos, grandes y lentos, flotando en la noche cerrada. Una nieve seca, que quedaba en el suelo sin transformarse ni dejar un solo rastro de agua.

> No hay cielo ni tierra,
> solo nieve incesante.

—¿Qué es? —le preguntó el hombre al oírlo—. ¿Un haiku?

Y mientras ella le respondía haciendo un gesto con la cabeza que tanto podía significar sí como no, por primera vez le vio como a un hombre taciturno y algo melancólico. Dejado de la mano de Dios en aquel lugar remoto. Olvidado por todos menos por quienes le guardaban rencor y querían vengarse de él. Escondido, de espaldas al mundo, con el peso de su amargura en aquel lugar extraño, donde más que vivir malvivía paseando entre las sombras de unas pocas calles congeladas o pasando horas muertas en cafés en los que cada día, sentado de espaldas a un ventanal, se repetía que tenía que hacer algo, pero nunca hacía nada.

Al principio, escudriñaba el horizonte, siempre a la espera, bajo la luz eléctrica, de la sorpresa de un sol que no aparecía. Sosteniendo en las manos un libro que ni tan siquiera leía, viendo caer la nieve, atrapado entre sus recuerdos y los pasos con los que arrastraban los pies los fantasmas que le rondaban. Nada más verle, quedaba claro que escapaba de los mafiosos que se la tenían jurada y de muchas cosas más. De una existencia rota en algún sitio y que ya nunca volvería a ser la misma, de no soportarse a sí mismo, del hecho de vivir, o de mil cosas más, qué sé yo…

—Es la primera vez en meses que converso con alguien —dijo él —. Normalmente paso aquí las tardes enteras, aburrido, sin otro quehacer que mirar por la ventana cómo nieva. Tragándome la tristeza de saber que nadie vendrá a buscarme ni me espera. En esta isla, la oscuridad crea ilusiones, espejismos y falsos sueños. Por

todas partes hay demasiada melancolía y los caminos no llevan a ningún sitio. Hace años que no pienso en otra cosa que no sea salir de aquí, abandonar este destierro. Lo único que deseo es escapar. Aunque tampoco sé a dónde.

Del café pasaron al ron. El alcohol hizo que se volviera conversador y pareció ponerle de mejor humor.

Varias veces, a medida que se fue animando, hizo un gesto al camarero y las copas —que no tuvo ningún inconveniente en dejar que Celeste pagara— aparecieron al momento misteriosamente llenas.

De pronto dijo:

—Desde que me abandonó mi esposa, hace ya unos años, toda mi vida se desordenó muchísimo. A ella le debía que todo tuviera un poco de sentido y permaneciera en su sitio.

La mujer escuchó sin decir nada.

Era otra de sus mentiras. Nunca, según todas las fuentes que le habían informado, había estado casado ni se le conocía compañía femenina alguna. Solamente había sido visto, ocasionalmente, junto a algunos amigos —siempre hombres—, lo que suscitaba entre quienes contrataban a Celeste alguna controversia acerca de sus preferencias sexuales. Aunque también era cierto que a ella no dejaba de mirarla y pareció mostrarse siempre extraordinariamente interesado.

A partir de ese momento, ya fuera por la soledad, por la amargura o por aquel cielo tan negro, fue todo muy sencillo. Cada tarde, después de pasar un rato con Eric, Celeste regresaba tranquilamente a su hotel y dormía a pierna suelta. Mientras, Eric volvía a quedarse solo, imaginando vete a saber qué y, entre alucinaciones de mujeres desconocidas, se dejaba vencer por el sueño aún muy lejos de imaginar que su vida corría peligro. Apenas unos días después, ella fue invitada a su apartamento.

En su relato, Celeste recuerda a la perfección el acceso a la casa de Eric, por una estrecha escalera exterior de madera corta pero muy resbaladiza, y que hacía un frío que pelaba mientras subía peldaño a peldaño, haciendo equilibrios con dos botellas de vino metidas en una bolsa, que tenía miedo de que se rompiesen si se caía.

Eric Lafontaine la esperaba en la puerta con una enorme

sonrisa… La actuación estaba resultando perfecta y la paciencia y el tesón que desplegaba le hicieron pensar en sí misma como en una cazadora. Recordó lo que había leído acerca del rececho: los tiradores con más experiencia dedican mucho tiempo a conocer a su presa y a aprender su comportamiento; después se aproximan en silencio y con cautela hasta donde pueden realizar un disparo certero…

Celeste sentía el regreso de la vieja emoción, la tensión, el miedo a fallar. Un cosquilleo que le recorría el cuerpo cada vez que se encontraba al comienzo de un nuevo trabajo.

> A pesar de habérmelas limpiado cuidadosamente, la nieve pegada a las suelas de mis botas formó un pequeño charco en la entrada. Resulta sorprendente en qué detalles se fija una cuando está a punto de matar a alguien.

Eso había anotado Celeste en su cuaderno.

El falsificador vivía solo y el pequeño apartamento era un desastre, aunque se notaba que había hecho lo posible por limpiarlo antes de la visita.

Las cacerolas y las sartenes estaban apiladas junto al fregadero, y la ropa, seguramente hecha un bolo, había sido metida dentro de un armario con prisas para que no estuviera a la vista y tirada por cualquier sitio.

A Celeste le llamó la atención su pequeña colección de pájaros disecados que, perdiendo poco a poco sus plumas sin vida, le produjeron una extraña aprensión y más tristeza que otra cosa. Tal vez los conservara como amuletos o figuras protectoras, pero en esta ocasión, tal y como luego pudo comprobar, jilgueros, oropéndolas, abubillas y arrendajos se revelaron como inservibles. Esos pobres pájaros muertos eran la única extravagancia decorativa que se permitía Eric, si olvidamos el tostador de aluminio colocado en una mesa baja junto al sofá, y que, según él le confesó más tarde, solía utilizar para mirarse cuando se pasaba el peine, al no disponer en la casa de un espejo.

El hombre se ocupaba muy poco de lo que se ponía, eso saltaba a la vista, pero su descuido en el vestir no empañaba su agilidad para encadenar una mentira tras otra, alterar fechas y lugares sin el

menor remilgo, y desenvolverse como pez en el agua en un mundo de fantasía que a cada paso recreaba a su medida y según lo iba necesitando hasta convertirse en un ser misterioso, en un embaucador fascinante. En un hombre viejo al que acababas por no creer absolutamente nunca.

«Yo solo miraba a Eric como a un astuto animal nocturno que se mueve sigiloso para ocultarse entre la maleza y al que no podía dejar escapar», volvió a anotar Celeste.

En aquel primer encuentro le entregó unas cuantas piedras pulidas y redondeadas, que dijo haber recogido en el lecho sagrado del río Ganges. A Celeste ninguno de quienes la contrataron le había informado de que le gustara viajar o que tuviera ningún interés por la India. Se limitó a guardarlas en uno de los bolsillos del abrigo y, al volver a su habitación, suponiendo que aquello formaba parte de otro de sus engaños y no importaba nada, las colocó en primer lugar en un estante junto a la ventana y, acto seguido, tras pensarlo durante unos instantes, las tiró directamente al cubo de la basura. Seguramente hacía años que no se le acercaba una mujer joven y eso hacía imposible saber qué fantasías sexuales, hundidas en el olvido del fondo de su cerebro, estaban regresando ahora a la superficie, mientras —sin ningún disimulo— su mirada repasaba el cuerpo de Celeste de arriba abajo.

Quizás la viera solo como a un espejismo, un ser irreal al que no debía pedir explicaciones, pero ella encontró desconcertante que no le preguntara qué hacía en aquella isla. A su vez, tampoco llegó a saber si Eric se dedicaba a algo o simplemente permanecía allí con los brazos cruzados, enlazando un día con otro.

Es fácil que alguno de los gestos que hizo la mujer repentinamente aparecida entre la nieve confundiera al hombre acerca del futuro más inmediato, pero conocer qué le rondaba por la cabeza resultaba imposible.

Entretanto, Celeste ya solo pensaba en matarlo, en terminar con la tarea cuanto antes y marcharse de la isla.

Eric la invitó a sentarse y, con un gesto que ella interpretó como de cansancio, echó la cabeza hacia atrás al tiempo que expulsaba grandes bocanadas de humo gris azulado sin dejar de mirar al techo. Celeste había abandonado el tabaco hacía años. Le costó, pero no podía darse el lujo de que una colilla, en un descuido,

permitiera identificarla. Aun así, a pesar de saberlo, sintió envidia de Eric y de esas nubes grises que surgían de su boca y al principio envolvían su cabeza para después ascender muy lentamente hasta lo más alto de la habitación.

—Te confesaré —dijo de pronto Eric— que nunca había pensado tener un perro, pero desde que llegó a mi vida raras veces conseguí prescindir de su compañía.

—¿Tienes perro? —le respondió ella.

—No, no, te hablo de cuando vivía en Estados Unidos. Todo empezó el día en que una de mis vecinas encontró un cachorro de border collie mientras paseaba por el Boston Common. Ella no lo quería y el pequeño animal era precioso, así que accedí a quedármelo. Todo eso sucedió el mismo día en el que murió Bobby Fischer en Reikiavik. Así que bauticé como Fischer a mi nuevo compañero, aunque poco tiempo después la realidad, más práctica, acortó su nombre por economía y ya siempre le llamé Fis. Me hizo mucha compañía, sin duda fue uno de los mejores amigos que he tenido. Creo que los que afirman que el verdadero amor es difícil y está lleno de dolor, que exige ilusión, sacrificio y renuncia, piensan en un perro… Durante nuestros paseos, mientras le veía corretear olisqueándolo todo, pensé a menudo en el gran ajedrecista caído en desgracia. El maestro destronado por defender sus convicciones, seguramente extraviado entre la niebla de los dilemas que asomaban en su cabeza, y la exactitud inflexible de las sesenta y cuatro casillas del tablero de ajedrez. Las mismas que los años que él tenía al morir.

Mientras le escuchaba, Celeste sonreía para sus adentros. La coincidencia resultaba curiosa, pero no sabía a qué venía aquello, como no fuera otra de sus estratagemas para impresionarla.

Eric pertenecía a ese tipo de personas que ya había visto muchas veces antes. Ella se mostraba alegre, cautelosa pero complaciente, permitiéndole hacer y decir lo que quisiera, mientras ni un solo segundo dejaba de pensar en su plan cuidadosamente diseñado.

Transcribo la siguiente frase del cuaderno de Celeste porque explica mejor que muchas otras descripciones la idea tan precisa que ella tenía del trabajo bien hecho.

La visión de la sangre unas veces me estimula y otras me consume,

pero es reconfortante saber que se tiene un propósito para dar un poco de sentido a la vida, y el mío no era admirar el crepúsculo de este anciano, sino terminar con él. Y olvidar que, dependiendo desde qué ángulo lo mirase, parecía tener un engañoso aspecto apacible.

—Me siento parte de un mundo muy especial que ya no existe —aseguró de pronto el hombre, dándoselas de alguien que había tenido que hacer grandes sacrificios y correr muchos riesgos—. Un tiempo frenético, cargado de incertidumbre, en el que moverse con rapidez era la mejor manera de ahuyentar al diablo y escapar de la sangre, que corría con facilidad. Casi a diario te jugabas la vida y yo escapé como pude del peligro.

Eric daba a entender que su juventud había sido fascinante, pero lo contaba sin un solo rastro de añoranza o de melancolía en la voz, simplemente como si se tratara de una curiosidad o un detalle sin importancia, y el paso del tiempo a esas alturas ya no le importara un comino.

Su entereza, al igual que las dudas que se planteaba, era también mentira, o más bien artimañas destinadas a seducir a Celeste.

El falsificador se mostró súbitamente interesado y, como si acabara de darse cuenta de su presencia, quiso saber más de Celeste, pero ella le respondió secamente.

—Tuve unos padres pésimos a los que nunca les caí bien ni les gusté. Creo que esa es la causa de que ahora me aburra pronto de todo.

—Me gustaría retratarte —le dijo el hombre por respuesta.

Y la asesina fingió sorprenderse, porque ya se estaba cansando, pero antes de que pudiera decir sí o no, Eric soltó:

—Bueno, hace mucho que no pinto.

Lo dijo sin dar a entender si aquello le había parecido un buen plan o una idea descabellada, pero descartaba su propia propuesta. Y al instante, como si quisiera volver a empezar, y en un nuevo cambio de rumbo, señaló un póster que tenía enmarcado en una de las paredes.

Se trataba de *Las hijas de Edward Darley Boit*, la pintura de Sargent[4].

—Están ahí para vigilarme, para no permitir que olvide quién fui —dijo. Al mismo tiempo, con el índice de su mano derecha tocó los dos jarrones chinos que aparecen en la pintura, los mismos que las hermanas, siendo ya mayores, donaron al museo junto al gigantesco retrato que las detuvo para siempre en aquel momento enigmático de su infancia—. Es muy curioso —prosiguió—, esos jarrones son lo único en lo que se fijan los visitantes. He visto muchas veces cómo se comportaban en el museo cuando vivía en Boston. Pero en ese cuadro hay algo, un mensaje oculto que contradice la aparente simplicidad de la pintura y la bondad de las niñas. Al principio, yo miraba sus caritas con la esperanza de encontrar una explicación. Más tarde, a pesar de saber que no habría respuesta, aún necesitaba verlas todos los días. Te confesaré que llegué a obsesionarme con ellas y los lunes, cuando el museo cerraba, eran para mí un suplicio.

Celeste asintió en silencio. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Quienes las miran no saben nada y olvidan que esta hermosa obra de arte puede ser mucho más complicada de lo que aparenta. Esas niñas, hechizadas por la luz, forman parte de una red de lealtades familiares que es al mismo tiempo protección y cárcel. Aunque, seguramente, a la edad que tenían cuando fueron retratadas todavía ignoraban la importancia y el peso que ese tipo de detalles iban a tener en sus vidas. En este cuadro aparecen la belleza y la lucha de clases, un estilo de educación (que ahora suena machista) que las prepara para ser damas refinadas, pero solamente eso, señoras de sus casas y mujeres dispuestas a complacer a sus maridos, nada más… Algo que, por cierto, nunca se cumplió… Ninguna de ellas llegó a casarse ni a formar una familia. No serán explotadas, se ve en sus miradas, pero al mismo tiempo tampoco ignoran que eso por sí solo no será suficiente para librarles de las derrotas y humillaciones de la vida.

Dejaron pasar unos segundos en silencio, los dos asomados a aquel cuadro como quien espera una revelación.

—Fíjate en las mayores, las que aparecen en la parte posterior sobre un fondo oscuro. Las dos acabaron por tener algún tipo de problema mental en su madurez. Son Jane y Florence, y para mí en ellas se encierran las claves de esta pintura. Siempre he interpretado sus miradas como un presagio, un anuncio de que serán

desgraciadas y consumirán su tiempo solitarias y tristes. A veces, incluso he visto en sus ojos una invitación al suicidio.

Celeste encontró excesivas las opiniones de Eric respecto al cuadro de Sargent, pero no se atrevió a decírselo e hizo lo posible para que siguiera hablando. «Yo no necesito compartir las opiniones de este hombre, sino acercarme a él y cumplir con mi trabajo cuanto antes», pensó. Aun así, como si se hiciera cargo de sus dudas, dijo:

—Siempre he sentido predilección por interpretar esta pintura como si formara parte de una escena de terror. —Solo a un tipo raro como él se le habría ocurrido decir algo así… Y siguió—: Bueno, tal vez todo esto sea solo el resultado de una cierta forma de mirar un cuadro y también de una manera de expresar mi… digamos… malestar cultural, ¿no crees?

Se daba tanto bombo como si en vez de hablar de pintura estuviera relatando el encuentro inesperado con un tigre.

Durante todo el tiempo que duró la visita de Celeste, el falsificador tuvo abierta sobre la mesa *La historia del arte*, de Ernst Gombrich. No hacía nada por señalarla ni para que ella se fijara, pero eran esa clase de pequeños detalles que dejaban claro que todo el tiempo buscaba impresionarla.

—Me estaba preguntando —le contestó ella por decir algo, y también para calmar su impaciencia— si una de las mayores, la que no mira de frente, no se siente inferior a sus hermanas, desplazada. Aunque no tengo ni un solo argumento ni una sola razón para creerlo. Supongo que serán cosas mías…

—Seguramente el que cada una mire para un lado quiere significar algo de las complejas experiencias de la vida en cualquier familia, con sus riñas y reconciliaciones, los altibajos en la intensidad de los vínculos que les unen, y las dificultades que frecuentemente contribuyen a separarlas.

Después de este último comentario, volvieron a pasar un buen rato en silencio, observando a las hermanas envueltas en sus delantales resplandecientes. Eric fumaba y Celeste pensaba en los claroscuros encerrados en la vida de todos y en esos retratos familiares con una inquietante información oculta, transmitida de generación en generación a través de claves llenas de misterio…

—Sargent admiraba a Velázquez y no pudo resistirse a pintar

también sus propias Meninas —dijo Eric—. En realidad, solo le faltó retratarse él mismo, al fondo del todo con su paleta y sus pinceles, o reflejado en un espejo…

Y se volvieron a quedar callados, los dos con la cabeza baja, la mirada hundida en el suelo, mientras no sabían qué hacer con el tiempo, que se volvía eterno.

—Pero da igual —añadió Eric tras un buen rato—. El cuadro colgado en Boston no es el original, es una copia que sustituyó al auténtico hace más de quince años, pero casi nadie lo sabe… Al final, todos somos falsificadores. Comprendo tu sorpresa —prosiguió tras una pequeña pausa—, pero antes de que digas nada, creo que lo importante es hacerse uno mismo algunas preguntas. ¿Es menos bello por ser falso? ¿La verdad siempre nos decepciona? ¿Podemos creer lo que vemos? ¿Es bueno confiar tanto en nuestros ojos, o ellos también, a veces, nos engañan? Existe toda una red clandestina de pintores, un entramado de artistas que trabaja solo para los falsificadores, y los originales acaban siempre en manos de coleccionistas privados multimillonarios, mientras la copia, generalmente perfecta, es la que cuelga en las salas de los museos que, para no quedar en ridículo, no dicen nada ni lo denuncian.

Y más por seguir la conversación que por un verdadero interés, Celeste preguntó:

—¿Y usted por qué sabe tanto de todo eso? ¿También formaba parte de una de esas bandas?

—Eso es un secreto —le respondió acercando su cara a la de ella como si necesitara hablar más bajo—. Mis ambiciones en aquellos años eran las de un tipo corriente, así que puede que me cegara el poder del dinero. ¿Quién no quiere mejorar? Al final, la única cuestión importante es si existe algo realmente verdadero, o todo, incluidos nosotros, tiene una gran parte de falso y de impostura. Procura no comportarte como si supieras la respuesta o quedarás en ridículo. Hazme caso.

Cansado, hice una pausa en la escritura, salí a la calle y caminé hasta la orilla del fiordo para situarme bajo una farola. A mi alrededor, la oscuridad era demasiado densa como para poder distinguir nada fuera del foco de su luz.

Mientras temblaba, encogido, pensé en lo poco que me costaba abandonar mi casa y en que, a cambio, ya casi no sentía ningún

lugar como mío. Los viajes son solo estados de ánimo y una manera de mirar el paisaje, los detalles que aparecen en él y, ocasionalmente, a las personas que lo cruzan, intentando que perduren en la memoria.

Más repuesto tras respirar el aire frío, volví a subir las escaleras del apartamento y me senté para seguir escribiendo. Pensé que el texto de Celeste resultaba demasiado largo, así que, para mantener el interés, decidí dividirlo en dos partes.

LA MUJER QUE MIRA DESDE LAS SOMBRAS

II. UN POETA AL BORDE DE LA MUERTE

Quienes contrataron a Celeste la habían informado de que Eric sabía que había muchas personas en el mundo que, por diferentes razones, querían vengarse de él. Tenía miedo, mucho, y, a pesar de encontrarse en aquel rincón apartado del planeta, tomaba todas las precauciones posibles. Convivía con viejos demonios que siempre estaban al acecho, y con una pistola Glock a mano en todo momento por si las moscas. Este detalle era de suma importancia para la asesina, ya que no era sencillo colar una pistola a través de los estrictos controles que conducen a la isla y, por si acaso, había llevado consigo un frasco con un poco de veneno. Era una precaución, por si el arma de Eric no aparecía y se veía obligada a poner fin a su vida de otra manera. Tras este párrafo, ella vuelve a dirigirse a mí:

> Más adelante, Norman, te daré más datos de este producto y de cómo actúa. Es verdaderamente interesante y a tus lectores les gustará conocerlos y que se lo expliques con detalle.

El veneno no fue necesario, pero le hicieron falta varias visitas a la casa para descubrir dónde escondía la pistola, y eso que estaba muy cerca, en un cajón de la cocina. Una Glock de 9 mm —el arma favorita de Celeste— con el cargador y el silenciador ya puestos.

Si tomaba todas esas precauciones era porque realmente el tipo pasaba miedo, pero eso carecía de importancia. Celeste se las había arreglado para que confiara plenamente en ella.

Cuando llegó el día escogido, la espera se le hizo interminable. Mientras oía la voz de Eric como quien oye llover, para no impacientarse, empezó a contar del uno al cien y después al revés, del cien al uno. Cuando terminaron de cenar, pausadamente, pero con el instinto de un animal salvaje dispuesto para la caza, se puso

en pie.

Eric no pudo darse cuenta de nada, pero, en el mismo momento en que se levantó, aquella chica con la que tan bien se había sentido —su única compañía en años, como él mismo decía— comenzó a girar rítmicamente el cuello, a subir y bajar los hombros y a mover todos los dedos de la mano derecha, porque necesitaba soltar y ejercitar los músculos y que estuvieran listos para entrar en acción.

Mientras tanto, él seguía a lo suyo, ajeno a todo, hablando y hablando, como una música de fondo que ella ya no podía escuchar. Tres pasos le separaban del cajón en el que guardaba el arma. Tres pasos cruciales que dio con extraordinaria rapidez.

Después, en apenas una fracción de segundo, empuñó la pistola, tiró de la corredera para que una bala entrara en la recámara y le apuntó, tocándole la cabeza con el cañón.

Eric se puso blanco pero no perdió el control. Supongo, mientras leo el cuaderno de Celeste, que hasta ese momento el falsificador pensaba que para él era un día normal, uno más. Pero se convenció de lo contrario cuando vio a Celeste empuñando la Glock.

—Tú —le dijo él—, precisamente tú me niegas la felicidad y el consuelo de hacer las paces conmigo mismo y reconciliarme con mis semejantes. La única persona en la que he confiado en todos estos años en el Ártico. No puedo ocultártelo, me llevo una sorpresa… Desde que vine a esta isla supe que al final me encontrarían, pero es ahora cuando los temores, que siempre estuvieron presentes, se hacen realidad…

Ella le dejó hablar pero se quedó inmóvil, conteniendo la respiración y observándole durante aquellos instantes terribles en los que él ya sabía que iba a morir.

Cuando el hombre pareció haber terminado, luchando para que no se le escapara la risa, le dijo:

—¿Qué eres, un poeta al borde de la muerte? ¿Quieres escribir unas palabras o dejar algo para los que nos quedamos vivos?

Él, sin responderle, negó con la cabeza. Parecía centrado en sus últimas reflexiones con la vista clavada entre los pies… Al cabo de unos segundos, levantó levemente la cabeza y preguntó:

—¿Cómo lo haces para conservar la confianza en la vida?

La cuestión en sí misma daba vértigo, y revelaba a un hombre ya muy lejos de su frialdad, vencido y lleno de temor. Toda la

seguridad que exhibía hacía apenas unos segundos había desaparecido.

—¿Será rápido? ¿Me tocará sufrir en los instantes finales?

Ella podía haberle ofrecido consuelo pronunciando algunas palabras como «Te comprendo, sé por lo que estás pasando», pero en lugar de sacarle de dudas, consciente de que un hecho vale más que mil palabras, le disparó en la parte derecha de la cabeza.

Su cuerpo se derrumbó pesadamente desde la silla al suelo y allí quedó tendido en una postura tan incómoda que solamente eres capaz de soportarla estando muerto.

La sangre comenzó a correr por el suelo lentamente, tal y como lo hacen las sustancias espesas, y Celeste permaneció muy quieta viéndola manar desde el orificio perfecto y redondo que ahora adornaba la sien llena de canas de aquel tipo, y poniendo gran cuidado en que su ropa o sus botas no estuvieran salpicadas. Sabe que nadie consigue borrar del todo sus manchas y pueden poner en muchos compromisos.

En un primer momento, pensó en redactar una larga misiva explicando las razones del suicidio, más que nada por dar todavía más verosimilitud a la escena y también por el placer de escribir sentada junto a los restos aún calientes de su víctima y mantener su estilo de trabajo. Al final desechó la idea, dando por supuesto que nadie prestaría demasiada atención ni removería mucho las cosas ante la desaparición de un tipo como Eric.

Con el tiempo, Celeste había comprendido que nadie se preocupaba por nada más allá de unos pocos minutos, salvo de uno mismo, claro. El desinterés por los demás es la nueva religión, y pudo imaginar a los policías mirando desde lejos el cadáver, haciendo tan solo un par de fotos desde la puerta para no mancharse las botas de sangre, aunque luego afirmaran que era para no contaminar la escena por si se precisaban muestras o pruebas, y enseguida, al ver claramente lo que había pasado, saliendo al pasillo a fumar al aire libre mientras esperaban al juez que, poco más o menos, acabaría por hacer lo mismo que ellos.

Se dedicó a preparar el escenario a conciencia, limpió cuidadosamente sus propias huellas de todo lo que recordaba haber tocado y especialmente de la empuñadura de la Glock, que colocó entre los dedos de la mano derecha del muerto. También fregó la

copa en la que ella había bebido, pero dejó la de él sobre la mesa al lado de la botella. Después, para mejorar el decorado y hacerlo más verosímil, revolvió las sábanas de Eric. No resultaba creíble que alguien a punto de pegarse un tiro se ocupara de tener la cama hecha y ordenada.

Cuando encontraran el cuerpo, solo verían a un anciano que había pasado en soledad sus últimas horas, como corresponde a un suicida. Celeste ya se había ocupado de que nadie la hubiera visto entrar, y ahora abandonaría también la vivienda alejada de los ojos de posibles testigos.

Estaba satisfecha. Al día siguiente se dirigió al pequeño aeropuerto, otra vez con la llamativa peluca rubia. Mientras extendía ante la azafata el pasaporte en el que volvía a ser Samantha Smith, la miró fijamente desde la profundidad de sus ojos azules que tanto llamaban la atención, para que aquella chica no pudiera olvidarla.

Por un momento, tuvo la tentación de preguntarle qué hacen con los cadáveres en una isla en la que es imposible enterrarlos porque nunca se descompondrían. ¿Disponen de un crematorio? ¿Los envían al continente? Y si es así, ¿quién sufraga los gastos? No podía hacerlo, era imposible satisfacer la curiosidad sin comprometer su trabajo y, además, el cuerpo del falsificador aún no había sido encontrado, así que desistió y se dedicó a observar a todas aquellas mujeres jóvenes que perdían el tiempo deambulando por la sala de espera portando en la mano un vaso de cartón lleno de café.

Cualquiera de ellas, con sus trabajos y sus vidas normales, también podría ser una asesina. O Celeste una de ellas, el camuflaje era perfecto. El crimen, también.

Puse punto final al capítulo y justo en ese momento recibí otro correo electrónico de Celeste, el tercero.

3

Seguro, Norman, que con tu imaginación hace ya muchas líneas que sabías cómo acabaría Eric. Has tenido otro acierto y, como premio, te contaré otro detalle. ¿Sabes lo primero en que pensé cuando liquidé a aquel tipo? La respuesta te va a gustar: en enviar a mi padre una foto del cadáver sanguinolento y agujereado, algo que iba a causarle una honda impresión, pero que sobre todo le demostraría que yo no era la inútil, cero a la izquierda y holgazana improductiva que él pensaba.

No me atreví. Aquello dejaría demasiadas pistas y tampoco estaba tan segura de que el viejo no fuera a delatarme. En realidad, habría sido la primera vez en mi vida que me encarase con él, con aquel hombre seco que nunca había conseguido amarme tal y como yo era.

Puede que haya olvidado decirte que tampoco es que fuéramos una familia muy normal. Aquello funcionaba por temporadas. Algunas parecíamos entendernos, pero otras… Bueno, para que puedas hacerte a la idea, yo tenía las fotos de mis padres pegadas a una puerta y las utilizaba para lanzarles cosas… Un tenedor, un cuchillo, algunos desperdicios de comida o lo que tuviera a mano. Era una costumbre que me ayudaba a relajarme. Muchos años después, cuando ellos ya llevaban tiempo divorciados, mi madre, que aún alimentaba deseos de venganza por haber sido, según decía ella, abandonada, me rogó moribunda que buscara a mi padre. Casi parecía una broma. No te lo podrás creer, Norman, pero solo le faltó recitar de memoria las líneas con las que comienza *Pedro Páramo* [5], y eso que mi madre no sabía nada de Rulfo, y si se lo mencionabas, puede que al oírlo pensara en alguna especia o en una planta medicinal.

Ella murió y no moví un solo dedo. En aquellos años yo estaba más interesada en el dinero fácil y en probar algunos tipos de drogas que en explorar la historia de mi familia y ahora, aunque mi padre también se ha ido de este mundo, si te digo la verdad, raras veces le recuerdo ni hablo de él… Lo más exacto, y lo más

acertado, sería que pensaras en mí como una huérfana.

Si me preguntaras qué recuerdo de aquellos años te contestaría que desde muy niña escuché voces que me insistían en que estaba sola y que no tenía nada que ver con nadie. Y mis padres no hicieron nada por quitármelas de la cabeza. Desde entonces una neblina cubre el cielo. Demasiado alto y lejano, poco nítido como para que yo pueda alcanzarlo.

Siempre caminaba al borde de una ladera muy pendiente, casi un precipicio, y a cada paso temía caerme. Por fortuna todo ha cambiado y ya no queda nada de aquella chica de pelo muy negro y ojos grandes que alimentaba a los gatos, al tiempo que miraba la vida con asombro y sin comprender nada.

Cuando crecí, la cercanía con la muerte me libró de un sinfín de recuerdos que me ataban a los años de la infancia.

Ahora soy una mujer sola en el mundo, contenta de tener una profesión, y prefiero dejar de lado las desgracias familiares.

Esta es mi ocupación principal y cobro por ella. Pero no te equivoques, y con esto ya te facilito un dato más para que sigas conociéndome: cumplo con mi obligación sin ninguna clase de código de conducta. Yo no elijo a los que liquido, no cuento, ni mi opinión tampoco. Tanto da que una situación me indigne, ni tampoco intervengo nunca en asuntos de política. Es solo un trabajo. Son mis clientes quienes escogen quién ha de morir y me pagan. Solo una vez estuve a punto de hacer una excepción y casi mato por compasión a un enfermo terminal, pero eso prefiero contártelo más tarde.

¿Te está gustando mi cuaderno? Confío en que ya no tengas dudas de lo que cuento y sepas que todo es cierto. Los dos viajamos solos. Ocupamos vagones vacíos en trenes de dudosa procedencia y destino incierto, por eso nos hacemos preguntas extrañas mientras buscamos un rumbo que nunca encontramos.

Por favor, escribe mi historia. Ahora no puedo dejar de confiarte mis temores y mis dudas. Es la primera vez que alguien me escucha, dependo de ti y en agradecimiento voy a hacerte otro regalo. No soy Doris, ni Armonía, ni Samantha, aunque todos esos nombres los utilizo de vez en cuando, ni tampoco el último que te dije. En mi vida todo es falso pero me gustaría que pensaras en mí como Celeste. Busco respuestas y huir de lo simple. A mi alrededor solo veo animales amaestrados que cedieron su libertad y su fiereza, y, a cambio, ganaron la seguridad de vivir en zoológicos o

servir de compañía exótica a damas orgullosas pero tristes.

A menudo oigo el tañido de campanas que suenan a destiempo en los relojes, causando la confusión de todos… O veo ventanas con todos los cristales rotos, por las que se cuelan vendavales que no me dejan vivir en paz. No me defraudes. No me abandones.

Detuve la lectura. Me costaba creer que una asesina fría y que a veces parecía disfrutar de su oficio de sicaria pudiera hacer esta clase de reflexiones. Celeste era una mujer perdida por las catacumbas de su cerebro, una desequilibrada que parecía culpar a sus padres y a una historia familiar desdichada de todos sus conflictos, pero eso no tenía la importancia que ella le atribuía. Era en la locura en donde arrancaba todo. En la boca de una asesina despiadada sus palabras sonaban más a desvarío que a mentira.

Tal vez te estés preguntando cómo se empieza en esto. Y es una buena pregunta, porque todo el mundo piensa que resulta difícil dar un primer paso y saltar un buen montón de barreras morales para empezar a matar, pero te aseguro que es mucho más sencillo de lo que parece. Puede que me esté quedando anticuada, pero, como siempre en la vida, cruzar la línea es fantástico. Adentrarte y dar unos pasos más allá de lo permitido… Eso sí, hay que ser valiente si quieres hacerlo. Es el único requisito, no ceder ante lo que los demás consideran bueno o malo, ni dejarse tampoco impresionar por sus tonterías.

No negaré que cuando comencé en este oficio yo atravesaba una crisis muy profunda, con unos valores que ya no aguantaban en pie más tiempo, y eso me hizo sentirme ajena a los demás y volverme desconfiada.

Para entonces llevaba toda la vida oyendo esas monsergas de que si todos somos hermanos, de que si no se puede matar a un hermano… Y son mentira. Sí se puede, solo hay que escoger a quien se lo merece y, te lo aseguro, hay más de uno…

Con mi trabajo, contribuía a la selección natural. Y eso me tranquilizaba. Además, y aunque esto pueda resultar chocante, todo empezó casi por casualidad. Los mismos hombres poderosos que me habían dado el trabajo de Eric en Svalbard habían dejado de contratar a Bob Olsen, un neoyorquino, después de un encargo en el que Bob se confundió y mató a un par de hombres en vez del que le habían encargado liquidar. Una auténtica chapuza.

Omar, que siempre estaba al tanto de lo que se decía por ahí, fue el que me lo contó y también quien propuso a aquellos tipos que contaran conmigo. A él le venía bien que estuviéramos a buenas, tenerme contenta y que yo siguiera dándole trabajo. Así es que un par de meses después, el cuerpo del bueno de Olsen, que siempre quiso ser cumplidor pero no podía evitar ser descuidado, fue encontrado, con dos agujeros de bala en la cabeza, entre dos contenedores de basura de la Ochenta y dos Este.

Yo había cumplido con lo que me pidieron, estaba orgullosa de mí, todo había salido bien y pedí a Omar que me consiguiera más trabajo. Ya ves, puede que no todo tenga una explicación y que sea el destino quien elija por nosotros. En realidad, todo fue producto de unas cuantas coincidencias y de la intervención de la suerte…

¿Para qué llamar caminos a los surcos del azar[6]? ¿Recuerdas el poema?

Antes te dije que había estado a punto de hacer una excepción. Bueno, en realidad la hice, y eso tiene mucho que ver con mi primer contrato importante tras la desaparición de Olsen. Me pidieron que me fijara en una pareja de ancianos, Alfred y Agnes, los dos pasados los ochenta y cinco años, que habían compartido la mayor parte de sus vidas. La mujer, hacía un año, había sufrido un ictus cerebral o alguna de esas enfermedades neurológicas que llegan como una catástrofe para arruinar la vida. Lejos de recuperarse, cada vez estaba peor, más ausente, sin poder hablar ni moverse. Sin futuro. Por señas, por gestos, moviendo los ojos las veces que se encontraba consciente y razonaba, pidió a su pareja que le ayudase a morir. Un final bueno, rápido y justo con lo que ella había deseado en la vida.

Entre ellos no había promesas incumplidas, y una vez, hacía muchísimos años, habían acordado evitarse mutuamente una lenta agonía. Él la cuidaba, pero no soportaba ver que sufría. Su médico les dijo que la eutanasia no dependía de él, sino de una comisión, y tras meses de espera, la comisión falló que no encontraban la vida de Agnes lo suficientemente ruinosa como para dejarla morir en paz. Recurrieron entonces a una asociación que ayudaba a tener una buena muerte, gente que de verdad respetaba la vida, pero una ley de última hora les dejó con las manos atadas y volvieron a quedarse a la espera.

Al final, los dos estaban enloquecidos. Alfred ya no sabía qué más podía hacer para salvar a Agnes del suplicio y vendió un par de

propiedades en la ciudad. Sacó del banco todos sus ahorros y, a través de unos contactos en el hampa, dio con Omar, que encargó a Celeste poner fin al sufrimiento. Acabar con Agnes.

Ellos no la conocían, no sabían nada de su aspecto ni de su tono de voz, ni tan siquiera si el encargo lo cumpliría un hombre o una mujer. Le habían dado el dinero a Omar pidiéndole que todo fuera rápido, que no les contase el método ni el día que, sencillamente, pusieran fin a todo aquello.

La primera vez, se presentó en la casa como Samantha Smith, trabajadora social de pelo rubio platino y unos sorprendentes ojos azules, y se interesó por el estado de la mujer, ofreciéndose para hacer cuanto pudiera. Apenas aguantó media hora, no soportaba la visión de la mujer moribunda, del hombre que la quería hundido en lágrimas, sin saber qué hacer.

Nada en realidad. La historia que había compartido con ella casi toda su vida estaba a punto de terminar. Él la había seguido a donde ella hubiera ido, y ahora seguían juntos pero hundidos y abandonados por todos.

Celeste se preguntaba si sería capaz de disparar un arma contra Agnes, y hacía todo lo posible para convencerse. La pobre mujer estaría mejor entre los muertos que entre los vivos, y ella en el fondo haría una buena obra. Necesitaba ser profesional y olvidar prejuicios y sentimientos personales si de verdad pensaba dedicarse a eso.

Regresó dos días después. Tenía la misma sensación de angustia pero ahora ya sabía que cumpliría lo que le pedían. Sin dudarlo un segundo. En esa visita ya no miraba a la cara de Agnes, ni le dirigía la palabra. El cuerpo tendido en la cama había dejado de ser una mujer con la que Celeste simpatizaba para convertirse en un objetivo, una diana, unos metros más que era necesario ascender en la pendiente que conducía al trabajo con el que ella ahora ya soñaba.

Se fue. Salió de la casa porque ya no podía soportar el olor de las medicinas, de la orina en las ropas, el tufo de muerte lenta que lo impregna todo. Pero volvió tres horas después con la excusa de haber olvidado algo.

Nada más franquearle Alfred la entrada, sin decir palabra, se encaminó hacia la habitación y frente a Agnes, que tenía los ojos abiertos y parecía estar milagrosamente despierta, sacó del bolso una pistola que con el silenciador puesto parecía larga. En el

momento en el que se dispuso, muy concentrada, a apuntar a la cabeza de la pobre mujer, sucedió algo sorprendente, lo más inesperado.

Agnes se levantó del lecho dando un salto, al tiempo que se quitaba de un tirón la careta que le cubría y apareció una mujer cuarenta años más joven que la moribunda. También Alfred sacó su cabeza desde el interior de otra máscara y, ante el asombro de Celeste, los dos tiraron al suelo, todavía temblando, rellenos que engordaban y envejecían sus cuerpos, suprimían falsas arrugas y pieles lacias. Abundantes matas de pelo sustituyeron cabellos ralos y calvicies. Una pareja de buena edad apareció repentinamente y ocupó el lugar de los dos viejos.

Celeste o Samantha, en un gesto instintivo de prudencia, levantó el cañón del arma hacia el techo pensando que había algo irreal en todo aquello. No podía articular palabra y le costaba respirar. Lo mismo ante la sorpresa podía haberlos matado a los dos.

—Cálmate, por favor —le dijeron—. Sabemos que la sorpresa ha tenido que ser mayúscula pero somos dos actores en paro. Un tipo al que no conocemos y al que nunca hemos llegado a ver —sin duda Omar— nos contrató a través de internet para que representáramos estos papeles. No sabemos más y pensamos que todo era una broma hasta que te hemos visto empuñar un arma de verdad. Un poco más y no lo contamos…

Seguro que mientras lees esto te vienen a la cabeza miles de preguntas acerca de todo lo que ignoras y te gustaría conocer, pero, por el momento al menos, tendrás que conformarte con lo que yo te cuente. No sé si merecen la pena los detalles, pero Omar me dijo que los poderosos que pensaban seguir contratando mis servicios habían querido tener una prueba antes de confiar definitivamente en mí. Les había gustado la discreción con la que había quitado de en medio a Olsen pero ahora estaban seguros de poder confiar en mí. Si alguien es capaz de ponerse ante una anciana moribunda y disparar, es capaz de todo. Y yo también me convencí. Podía con todo.

Como compensación, a cambio de esos espacios que voluntariamente dejo en sombras en mi relato, para ser justa te ofreceré algo que también te interesará. Ve al Bolton Pub; está en una esquina de Earls Court y Old Brompton, en Londres. Pregunta a quien esté tras la barra. Di que eres Norman Scarf y te entregarán un pequeño sobre a tu nombre. En su interior encontrarás una

tarjeta de memoria.

Si quieres comunicarme algo, utiliza el mismo sistema, deja un sobre para Armonía Neissman. Diles que es una chica rubia hija de argentinos y ellos me recordarán y sabrán qué hacer. Pero hazlo solo una vez, no quiero dejar huellas innecesarias ni pienso quedarme aquí más de lo imprescindible.

Tal vez para definir mi personaje te interese saber cómo recibo los encargos. Pues bien, cada tres meses voy a Londres de visita durante una semana, siempre la misma, la última, y en ese mismo bar me siento al fondo a leer, en un sillón de cuero, en una esquina discreta. Espero hasta que alguien telefonea y, tras contestar, el camarero pregunta en voz alta si se encuentra allí Celeste Krauss.

Nadie responde, pero yo ya he recibido el recado. Tengo el pelo corto y los ojos muy negros y nadie en el Bolton puede relacionarme con la rubia Armonía ni de lejos. No digo nada, ni me muevo, pero al día siguiente por la mañana me paso por un prestigioso despacho de abogados de la City. No tienen otra manera de localizarme. Esto me proporciona mucha seguridad. Cada vez que voy me entregan un sobre con una buena suma de dinero e instrucciones. Son muy profesionales y nunca se les ocurriría decir el nombre de ninguno de sus clientes.

Te quedarías pasmado si supieras qué cosas piden en sus encargos. Algunos dejan entre las instrucciones la orden expresa de que quien vaya a morir no sufra y todo sea rápido. A otros, sin embargo, se les olvida o les da lo mismo y hasta te diría, por la manera en la que se expresan, que se alegrarían de saber que la víctima las había pasado canutas. Espero que te haya gustado leerlo. Sea como sea, cuando me vaya de Londres ya te facilitaré otra forma de contacto. No lo olvides, Norman, me estoy poniendo en tus manos. Eres mi sustento, gracias a ti camino y sigo viva.

Te van a gustar las imágenes. Solo soy UNA LUZ EN EL AGUA.

Todo invitaba a despejar incógnitas y a tener claro que para Doris, Armonía, Ingrid, Celeste o como quiera que se llamase aquello era solo un trabajo. ¿Es posible que alguien se convierta en asesino a sueldo solo para buscar la aprobación de su padre o fastidiarle?

Me hice esa pregunta porque mi método de trabajo suele empezar por explorar en la niñez de cada personaje, donde suelen hundirse las raíces de muchos comportamientos criminales y,

cuando no consigo hacerlo, pero lo necesito para seguir escribiendo, invento lo que precise o interpreto a mi manera los detalles interesantes de sus primeros años.

Pero en esta ocasión parecía que Celeste me estaba suministrando la información necesaria sin que yo tuviera que imaginar —ni solicitar— más datos para mi novela. Se trataba de una loca de atar, pero no me encajaba que la causa de su locura estuviera solamente originada por una relación complicada con sus padres. Tendría que averiguar qué más se escondía tras lo que contaba.

Durante un tiempo, también especulé con la idea de que fuera veterana de guerra, o que hubiera formado parte de algún servicio secreto, y que alguna de esas cosas la hubieran capacitado para matar con eficacia y sin darle demasiada importancia. Además, ella me despistaba, no comprendía por qué una asesina despiadada se ablandaba tanto, me suplicaba que no la abandonara y parecía depender tanto de mí. Mirar a Celeste solo como una fría matarife o una mujer débil reduciría en gran medida el personaje y empobrecería el análisis de una persona mucho más compleja.

Aún estábamos conociéndonos. Avanzábamos lentamente pero con pasos firmes; se veía que lo nuestro estaba apoyado en sólidos cimientos y que sería para siempre… Lástima que esa idea, esa palabra, resulte a veces un espacio de tiempo tan corto y no todos lo midamos de la misma forma.

Fuera como fuese, yo tenía que afianzar mi relación con Celeste, no podía defraudarla si quería seguir escribiendo su historia. Por esa razón empecé a engañarla desde tan pronto. Y porque la necesitaba.

Salí a la calle, otra vez me hacía falta refugiarme entre el frío y la noche. Faltaban dos días para mi vuelo a Londres y, con el sonido de mis pasos amortiguado por la nieve, caminé incansablemente, con la mente puesta en el aire libre como un símbolo de libertad.

Por los alrededores del pueblo y bajo la luz tenue de unas farolas me fui cruzando con una infinidad de fondistas, paseantes con perros, o con quienes, sobre motos de nieve, regresaban a sus casas tras una jornada de trabajo. Todos parecían tener claro que podían andar tranquilos por el área considerada segura y nadie se inmutaba por detalles como el frío, la oscuridad o la cercanía de los osos

blancos. En uno de aquellos paseos llegué hasta la Cámara Global de Semillas, un enorme almacén subterráneo inaugurado en 2008 para preservar la biodiversidad. Una despensa a –
18°C
que guarda novecientas mil variedades de las plantas que nos sirven de alimento, por si desaparecieran —o desapareciéramos— en una catástrofe. Y en el archipiélago hay más cosas, como la ciudad de Pyramiden que fue fundada por Suecia en 1910 y vendida a la URSS en 1927. En algún momento, debió de ser un ejemplo de modelo productivo y un motivo de orgullo soviético. Contaba con bibliotecas, gimnasio y teatro. Ahora parece mentira, pero en sus mejores días llegó a tener cerca de mil habitantes.

En 1998 los rusos se fueron, dejándola repentinamente abandonada y ahora solo es una ciudad fantasma con el extraño honor de poseer algunos de los objetos —como el busto de Lenin que preside la avenida central— situados más al norte en el mundo. Hay quienes afirman que los rusos también olvidaron allí un piano que, por lo tanto, disfruta del mismo récord de latitud.

En verano, cuando el fiordo no está helado, se puede llegar a ella por barco. En invierno se puede ir en moto de nieve, pero yo no tenía tiempo, o, mejor dicho, estaba demasiado concentrado en mi libro… Ese sí que sería un buen sitio para escribir… Me gusta imaginarme recorriendo sus calles amenazadoramente desiertas, a oscuras, con un rifle colgando del hombro y extraños crujidos que suenan por todas partes, como si garras de uñas afiladas arañasen la nieve. Extasiado y muerto de miedo en un rincón que el mundo ha olvidado, cubierto por la nieve, silencioso y con el termómetro muchos grados por debajo de cero…

Por la misma razón, tampoco fui a Barentsburg, un enclave minero que todavía explotan los rusos y que, por lo que cuentan, aún conserva murales con obreros heroicos, felices y llenos de músculos, junto con alguna representación de la cara de Lenin, todo explicado en cirílico… Los pocos que se acercan por allí hablan de un lugar lóbrego y deprimente en el que a nadie se le ha perdido nada, pero estoy seguro de que a mí me hubiera gustado…

Volví a mi casa. Nada más pisar la tierra firme, el recuerdo de Longyearbyen se me hizo lejano. Distante, como si la isla entera hubiera desaparecido tras mi partida.

4

Lo primero que hice al volver a Londres fue ir a buscar la tarjeta de memoria que Celeste me había dejado en el pub. Las fotos podrían haberse limitado a mostrar un paisaje sencillo, la corriente de un río, unos pocos álamos agrupados en la orilla, y a su sombra, un poco de hierba verde y fresca. O unas piedras de buen tamaño, blancas y redondas, destacando iluminadas bajo los rayos del sol.

Pero tal vez nada de esto importe. Lo que protagoniza la escena de la primera imagen es un cuerpo brillante y huesudo que, fotografiado desde lejos y a contraluz, parece resbaladizo por el agua que lo salpica. Tiene la cabeza ladeada y los brazos colgando a cada lado de la silueta, en un gesto que parece indicar rendición o abandono.

Solo hay un instante en el que parece una chica inocente que sale de bañarse, pero se borra enseguida porque en la segunda imagen, quien fuera el autor, la había fotografiado sumergida en el río como si estuviera ahogándose. Haciendo esfuerzos por respirar, con un gesto de angustia, un rostro pálido y ojeroso que sobresale apenas unos centímetros del agua, recordando la cara de un fantasma, o a alguien a punto de abandonar el mundo de los vivos.

Unas veces parecía estar mirándome fijamente a los ojos; otras, observar con atención algún objeto, quizás un árbol, algunos juncos que crecían en la orilla, o su ropa amontonada en el suelo, pero fuera de mi espacio de visión.

Durante días me pregunté cuál era el significado de aquellas imágenes. Las fotografías eran fascinantes y producían un intenso desasosiego. Supe, al mirarlas, que en nuestra relación había muchos espacios en blanco y que estaba aún muy lejos de conocer a la verdadera Celeste.

En ninguna de las dos imágenes se le podía ver el cuerpo de una forma que sirviera para identificarla y la cara, medio oculta por el agua, era imposible de reconocer. Aunque la hubiera tenido a mi

lado no habría podido saber si era ella. Celeste sabía bien qué mostrarme.

Dependiendo de cómo se mirasen, las fotografías podían ser una fantasía o una expresión cruda del dolor y el desgarro que lleva aparejados el simple hecho de estar vivo. Aunque también podían representar la paradoja, o la tragedia, de un cuerpo hermoso solo destinado a convertirse en polvo. O en cenizas.

Ignoro si fantaseaba con la idea del suicidio, o todo lo contrario, y lo que me quería contar era que ella no se ahogaba, aunque mostrara toda la zozobra y la tristeza de la vida.

Celeste había incluido una nota, como si se tratase de un pie de foto:

> Allí trepaba por el pendiente ramaje para colgar su corona silvestre, cuando una pérfida rama se desgajó y, junto con sus agrestes trofeos, vino a caer en el lloroso arroyo [7].

Pero, a pesar de lo escrito, yo creo que esta vez la nueva Ofelia mantiene la cabeza fuera del agua cenagosa. Con dificultades, pero se aferra a la vida mostrándonos que sobrevivir es una lucha heroica y cargada de pesares. Ofelia respira y el aire fresco y limpio llena sus pulmones. Ofelia renace.

Aun así, la crudeza de la obra es pavorosa y hace que te avergüences si has sido feliz alguna vez. Me pregunto si la tristeza de su cara no parece anunciarme que, en el fondo, desea la muerte. Todo resulta inquietante y contradictorio. Parecía estar muriendo, pero yo la imaginaba viva y hermosa saliendo del agua lentamente, con todo el cuerpo reluciendo bajo el sol y una mirada amenazadora.

Puede que, a su manera, quisiera seducirme o ponerme celoso ante la posición de privilegio de quien hubiera hecho aquellas fotos mientras disfrutaba de la visión de su cuerpo. Era difícil comprender un mensaje que hablaba de tanta soledad y desamparo, que transmitía una inquietud que acababa por aterrorizar.

> Quiero verte.
> Compartamos un secreto de amor lejos de los ojos del mundo.
> Arriesguemos nuestra seguridad.

Juguemos con algo peligroso, y con nuestras vidas.
Seamos imprudentes.
Saltémonos las leyes.

Es lo que escribió Celeste para terminar la carta, o lo que fuera aquello que escribió en un folio para acompañar la tarjeta de memoria.

Le contesté por correo electrónico fingiéndome entusiasmado —qué otra cosa podía hacer—, y dejé para ella una carta en el pub de Londres, tal y como me había indicado. Puede que antes de tiempo, pero hice resaltar nuestros rasgos comunes, aunque sabía que estos no existían.

Por el momento, yo no sabía gran cosa de Celeste, pero cada día, cada minuto en realidad, me interesaba más. Es fácil que mi necesidad de escribir estuviera dando alas a mi imaginación, pero ya veía la historia de aquella mujer convertida en un libro de éxito y necesitaba seguirle el juego de los enigmas y acertijos.

En aquella época, ella cada vez ponía más esmero en la estética final de su trabajo, en busca de una expresión definida y un estilo propio. Se preguntaba cómo lo verían los demás y si serían capaces de apreciar su personalidad a la hora de afrontar un trabajo, el perfeccionismo y la belleza de sus asesinatos. Y todo esto hacía que mi interés por ella se multiplicara y la viera situada en la cúspide de la aristocracia del crimen.

También por entonces empezó a firmar todo lo que me enviaba como «Purity». No tanto —ella misma me lo confesó— por su bondad, sino por el estilo con el que llevaba a cabo su obra.

Esta exigencia de hacer las cosas bien ya le venía de antes y nunca la abandonó. Sin embargo, poco después volvió a despedir las misivas que me enviaba con la firma de Celeste sin darme ninguna explicación.

Quiero leer más, Celeste. Necesito saber más de ti, paso el día esperando tus noticias, solo pienso en ellas. Te confesaré que estoy muy solo y, por las noches, dando vueltas en la cama, he empezado a imaginarte caminando erguida entre la bruma, con pasos largos de una gran dignidad y belleza, con un extraño sentido del honor y del trabajo bien hecho. Cada vez que recibo uno de tus correos me tiembla todo el cuerpo. A veces me cuesta respirar porque la

emoción es demasiado fuerte y noto un sudor frío que me recorre la espalda mientras leo en la pantalla de mi ordenador.

Ya sabía que estaba yendo demasiado lejos pero, aun así, seguí.

Aunque no sepa dónde vives, te imagino en tu casa. Estás tan sola como yo, somos dos peregrinos… Nuestras almas son espíritus vagabundos.

Además, yo también podría contarte algo de mi padre, un tirano o un dictador más que otra cosa, un tipo duro y alto que, cuando acabé de crecer, aún me pasaba la cabeza y que, por alguna razón, me había escogido a mí. Era un fanático de la hombría, si es que hay alguien que llegue a saber del todo qué es eso y, muy pronto, me hizo su favorito frente a mi hermano menor, al que abiertamente despreciaba, puede que por ser gay, o por ser triste, o inteligente. Alguna de estas tres cosas, o las tres, hacían que se avergonzara de él.

Nunca tuvo con ese hijo ni un solo gesto de cariño. Recuerdo que solo con verle jugar a cosas de chicas perdía la cabeza y se le envenenaba la sangre. Ese odio fue subiendo de tono hasta que al final mi hermano pequeño, al que se supone que yo debía proteger, se mató una mañana de un verano de calor insoportable, atiborrándose de pastillas y de whisky.

Entonces fue cuando mi padre pareció darse cuenta de la pérdida y empezó a hablar del muerto como de su predilecto y a decir cuánto lo echaba de menos, pero nadie se recupera del suicidio de un hijo y tarde o temprano se empieza a desvariar y a hacer cosas raras. En el caso de mi padre, también él comenzó a tomar grandes cantidades de alcohol y a perder el rumbo de su vida.

Muchas veces pienso que todas esas cosas fueron las que me encaminaron a viajar y a escribir buscando, más que nada, una escapatoria o un refugio lejano…

Sabía que a Celeste le gustaría leerlo, era una de esas historias que acercan, que ayudan a hermanarnos con nuestros semejantes y tienden puentes… Lo que le había contado era mentira, todo era mentira, pero cumpliría su propósito y no estaba mal para habérmelo sacado de la manga durante el tiempo que me tomaba

un café.

Además, yo no podía desaprovechar ni una sola oportunidad. Nuestra relación se estaba volviendo enfermiza de una forma literaria. Veía que podía volver a escribir, mi vida con ello recobraba algo de sentido y una nueva dimensión de infinitas posibilidades.

Le aseguré miles de veces que tenía la misma confianza en ella que ella en mí, aunque mientras tanto pensaba en que aquella mujer, sus múltiples identidades y su vida rodeada de muerte eran una realidad difícilmente soportable para mí. En cuanto mi trabajo estuviera terminado, desaparecería de su vista. Cambiaría de correo, de aspecto si era necesario, pondría tierra de por medio y la olvidaría para siempre.

Pertenecíamos a dos mundos diferentes y un mar denso se extendía entre nosotros, separándonos. Por más que nos esforzáramos en acercarnos, en algún momento tendríamos que volvernos a alejar.

Al principio, detestaba pensar en ella. La imaginaba haciendo acopio de tanta ilusión mientras yo escribía ensimismado pero dando la espalda a sus sentimientos. En el fondo, odiaba creer que mi trabajo nacía de una estafa, de un engaño.

Así que pensé que en mi novela mencionaría a Celeste solo como una asesina a sueldo, haciendo como si esa supuesta historia de amor no hubiera existido nunca.

Me las daría de escritor que investiga e indaga entre los recovecos oscuros de la vida de una sicaria.

Al escribir de esta manera, la parte más sórdida de mi relato —cómo la había utilizado para mis fines— quedaría prodigiosamente amortiguada y yo no tendría que enfrentarme al hecho de no haber sido muy honesto con ella, ni sufriría remordimientos.

Pero no hablaré de mí. Quedaré en la sombra y, a cambio, ofreceré a mis lectores una buena historia y les invitaré a creer en ella. Es Celeste y no yo quien les interesa, así que transcribiré lo escrito en su cuaderno acerca de cómo empezó a dedicarse a esto. Este texto, sin cambiar ni retocar nada, será un capítulo de mi libro.

LA MUJER QUE MIRA DESDE LAS SOMBRAS

III. TIEMPO BAJO EL VOLCÁN

Te prometí, querido Norman, contarte más cosas de mis comienzos. Pues bien, todo empezó con un atraco frustrado. Nací en el sur de Chile, en Pucón, que entonces era solamente un pueblecito a orillas de un lago. Me acostumbré a ver todos los días un horizonte dominado por un volcán, el Villarrica, que de niña me parecía igual que el monte Fuji japonés, al que solamente había podido ver en fotos.

El mío es un país de emigrantes y exiliados y algunos cuentan que, años después de abandonarlo, aún piensan en la estrecha franja de paisaje atormentado, prisionero entre los Andes y el océano Pacífico, que es su tierra, sin conseguir olvidar ni aun en sueños esa montaña, el triángulo de un blanco perfecto que se recorta y destella sobre un cielo que de tan azul a veces hace llorar. Que puede verse desde muy lejos y nos guía como un faro, pidiéndonos que, en cuanto podamos, regresemos a casa y al cobijo de su sombra.

Cuando yo aún no tenía veinte años, pero sí buenas relaciones con los bajos fondos de mi pueblo, me habían buscado para participar en el asalto a un banco. Puede que aquel día, al malograrse el robo, se convirtiera en el más importante de mi vida, aunque entonces no lo supiera. Ahora, cuando recuerdo aquellas horas, comprendo que allí cambió todo para mí y que cambió para siempre. Fue mi tiempo bajo el volcán **[8]** .

Habíamos entrado según lo previsto y teníamos encerrados en un cuarto a los tres empleados y a cinco clientes. Ninguno de ellos nos había visto la cara. El que parecía director de la sucursal, un pobre tipo gris e infeliz pero que insistía en hacerse el héroe, acababa de abrir la caja, pero Diego, que era nuestro jefe, quiso amedrentar a todos los demás y matarlo. Me pareció un sádico con ganas de asesinar a aquel tipo que no se lo merecía, así que, cuando ya le había hecho arrodillarse delante de todos y le estaba

apuntando, saqué mi pistola y sin el más mínimo temblor de manos, le disparé a la cabeza. Se derrumbó. *Good bye*, Diego, hasta nunca. Ya no hay más Diego. El tiempo se terminó para ti.

Verdaderamente, si tengo que señalarlo, ese fue mi comienzo. El momento en el que me quedé impasible mirando su cuerpo tendido en medio de un charco de sangre. Nunca tuve dudas de que no se lo mereciera… Lo más importante transcurrió en unos pocos minutos pero no te voy a aburrir con detalles. Mis compañeros huyeron al oír las sirenas y yo, tras poner un buen montón de billetes en mi bolsa y dejar tirada la capucha que me cubría, me mezclé con los rehenes contándoles la trola de que había conseguido escapar de otra habitación. Los tiempos no eran tan complicados como ahora y la policía ni tan siquiera sospechó de mí.

Durante los días siguientes, preferí desaparecer. Hice mis primeros ensayos de cambio de aspecto y destiné una buena parte de mi botín a comprar un pasaporte y un permiso de conducir falsos. Tenía, como suele decirse, toda la vida por delante.

Parecía que el resto de los miembros de la banda me habían dado por muerta o por desaparecida. ¡Qué más quería! En ese preciso momento, decidí hablar siempre en inglés para despistar a cualquiera que quisiera seguirme los pasos.

Pagándole mucho dinero —esta clase de trabajos nunca resultan baratos—, un tipo de la mafia de Santiago me dio un teléfono. Entonces fue cuando conocí a Omar, al que ya he mencionado antes y que ha sido desde entonces un tipo muy importante en mi vida y de una gran ayuda.

Hice una transferencia a un banco suizo y en unos días recibí un paquete con todo lo necesario. Como siempre me ha gustado el invierno, para cuando bajé del avión ya me había transformado en Armonía Winters, y entré sin problemas con mi flamante documentación en los Estados Unidos de América, donde siempre sería aquella chica de pelo y ojos muy negros que vestía con ropas ajustadas.

Ahora ya lo sabes todo. O casi todo. No me importaría imaginar un futuro que pudiéramos compartir los dos. Fantaseo con la idea de un extraño jardín del Edén, un rinconcito apartado en el que ya no hubiera necesidad de demostrar nada a nadie, solo disfrutar de la felicidad, esa palabra compleja a la que cada uno da un significado y un contenido diferente.

Te confesaré que, a veces, me canso de la permanente zozobra

que supone tener que inventar tantas mentiras… Y, bueno…, digamos que también estoy harta de fingir que todo va bien.

Si la hubiera tenido delante le habría preguntado, ¿estás aburrida de ser Celeste? O ¿piensas en alguna ocasión que tu vida pudo haber sido de otra manera? Porque por primera vez intuí alguna señal de fatiga, o una pequeña grieta que se abría, pero seguí leyendo el cuaderno. Ella lo explicaba como si hubiera oído mi pregunta.

Es algo más que estar aburrida o dejar de estarlo… Aunque me muestre segura, nunca conocerás a nadie que necesite tanto como yo ser otro, tener otra vida. Claro que, si te lo digo, pensarás que quiero ser el centro del mundo y que me doy demasiada importancia, como una pedante insoportable. Lo cierto es que no lo sé.

Tal vez la causa tenga que ver simplemente con una infancia complicada. Fui una niña insegura y encerrada en mí misma, tan desconfiada y recelosa de quienes se me acercaban que solo conseguía su desprecio, y eso hacía que me refugiara en sueños imposibles de libertad, en lugares inalcanzables, siempre lejos de mis padres, de mis compañeros de clase y de los maestros que me odiaban… Cuando empecé con este trabajo estas cosas pasaron a un segundo plano. Aun así, a veces me pregunto si todo esto ha merecido la pena… Sea como sea, puede que mi opinión, o mi estado de ánimo, no importen.

Los hechos, tal como te los cuento en el cuaderno, son los que valen. Sigue leyendo, por favor.

Y así lo hice, redacté el texto para mi libro en primera persona, como si fuera ella misma la que me dictaba al oído o incluso escribía y, al final, añadí las notas de mi propio viaje a Wyoming siguiendo sus pasos.

LA MUJER QUE MIRA DESDE LAS SOMBRAS

IV. ALTAS LAS TORRES

A través de una complicada red de intermediarios y de otra aún más enrevesada de mentiras urdida para que sus ayudantes no supieran de qué se trataba, míster Harrison se puso en contacto conmigo. Insistió en que nos viéramos y propuso un restaurante de Nueva York, un sitio discreto en una bocacalle de la Treinta y cuatro, muy cerca de Pennsylvania Station, con tanta gente que va y vuelve del trabajo con prisas, y tanto turista con la vista puesta en los rascacielos que resulta muy fácil pasar desapercibido. Por lo visto él acudía un día sí y otro también a comer allí desde sus cercanas oficinas.

Yo, al asistir a la cita, incumplía todas y cada una de mis propias normas de seguridad. Nunca antes había llegado a ver a ninguno de mis clientes, y solo decidí aceptar tras haber escogido una peluca pelirroja que me daba un aspecto extraño, pero me hacía irreconocible, un abrigo varias tallas más grande que ocultaba por completo mi figura y unas lentillas azules. También esparcí por mi cara unas cuantas pecas.

Según pude ver en internet, los Harrison eran propietarios de distintos negocios relacionados, por una parte, con el algodón y la industria textil y, por otra, con la madera, casi desde el mismo día en el que terminó la guerra civil. Su entramado industrial y comercial hacía de ellos una de las familias más poderosas de Estados Unidos.

Me senté a esperarlo en el lugar que el camarero me asignó al decirle con quién estaba citada y, antes de que hubiera transcurrido un minuto entró él, rodeado por cuatro tipos grandes, que, tras echar un vistazo al interior del local, se dieron media vuelta y se apostaron en la puerta.

El hombre rebosaba seguridad, dotes de mando y una autosuficiencia triste. Cuando estuvimos frente a frente, me explicó

que había enviudado.

—«Aquí me casé y aquí murió mi esposa, cuyo recuerdo me acompaña siempre».

Me soltó esa frase en español, por lo que supe que él también se había informado acerca de mí y sabía que yo conocía ese idioma.

—¿Recuerda estas palabras? —me preguntó—. No se sorprenda, por nuestras venas corre sangre española que viene de mi madre, y nunca hemos abandonado su cultura.

Asentí.

—Claro, no puedo vivir sin poesía y procuro no alejarme mucho de Machado —le respondí, utilizando yo también la lengua del poeta.

—Años después de su muerte —siguió, retornando otra vez al inglés—, conseguí recuperar algo las fuerzas, aunque ya nada volvió a ser igual. Me casé otra vez, pero, al poco tiempo, mi segunda esposa también murió al ingerir un veneno.

—Perdone, míster Harrison, pero no veo cuál es mi cometido aquí. Me cuenta una historia familiar triste, pero no sé qué puedo hacer, la verdad…

Apoyó los antebrazos en el borde de la mesa como para acercarse más a mí y me dijo:

—No puedo demostrar, aunque estoy convencido de ello, que mi hija mayor, Olivia, fuera la autora del envenenamiento. Siempre había odiado a su madrastra, y, desde que esta desapareció del mundo, renació de tal manera, se mostró tan radiante y tan feliz que solo por su explosión de alegría ya merecería morir.

»Me conozco bien y sé que su muerte no pondrá fin a mi dolor, que es una agonía, pero descansaré cuando vea a Olivia pagar con su vida el precio de mi venganza. Entonces conseguiré encerrarme entre las cuatro paredes de mi vida para llorar a las dos personas que más me han querido y a las que perdí.

»Puede que le parezca extraño que quiera acabar con mi hija pero no he conseguido perdonarla. Desde que enviudé por segunda vez, las sospechas y la desconfianza al principio, y la certeza más tarde, nos alejaron tanto que ya nunca más pude volver a confiar en ella. A estas alturas de mi vida, ya solo el rencor es capaz de hacer frente a la melancolía.

—Permítame una pregunta. Dependiendo de su respuesta,

aceptaré o no el trabajo. Usted es un hombre muy poderoso, ¿no puede su propia gente solucionar esto?

—No, le aseguro que no. Para mis hombres soy Dios, obedecen mis órdenes sin rechistar. Yo cuido de ellos y de sus familias, nunca entenderían ni me perdonarían el asesinato de mi hija. Lo perdería todo.

—En ese caso, acepto. Es una buena razón.

—Se lo agradezco, y le aseguro que no se arrepentirá.

Y dicho esto, se levantó con parsimonia, se subió cuidadosamente el cuello del abrigo —había una gran tormenta de nieve en toda la Costa Este— y, tras una despedida seria pero cortés, abandonó el local.

Me quedé mirándole a través de los cristales del restaurante. Parado a resguardo de la puerta, erguido, encendió un cigarrillo y permaneció unos segundos muy quieto. Dio un par de caladas, y, al tiempo que expulsaba una gran cantidad de humo por la boca, arrojó la colilla al suelo y se dirigió hacia el coche en el que un tipo le esperaba, inmóvil entre los copos de nieve que le golpeaban la cara, sujetándole la puerta abierta.

Míster Harrison en ningún momento se giró, como si ya me hubiera olvidado y no precisara despedirme, dando pie a esa leyenda de que los ricos acaban siempre por conseguir lo que quieren o lo que necesitan.

Cuando ya se había ido, descubrí que había dejado un paquete sobre su silla. Creo que lo había puesto allí mientras, como un prestidigitador, me distraía atusando su vestimenta. Miré a derecha e izquierda en un gesto instintivo de prudencia, tomé un sorbo de mi copa para asegurarme de que nadie me miraba, y lo abrí. Dentro había una gran suma de dinero en billetes pequeños, imposibles de rastrear. Al contarlos más tarde en casa resultaron ser cincuenta mil dólares. «In God we trust» corría esta vez con los gastos de la sangre.

La mirada serena del presidente Andrew Jackson había desaparecido del billete de veinte dólares y su lugar estaba ocupado por Harriet Tubman, una abolicionista afroamericana nacida como esclava en 1822 que aprendió a leer y a escribir sin ayuda de nadie y después dedicó toda su vida al *Freedom railway underground*, una red clandestina que ayudaba a los negros a escapar del sur

esclavista. Cuando me enteré de esta historia, me gustó tanto que pensé en utilizar el nombre de Harriet para alguna de mis identidades como un homenaje; luego seguramente lo olvidé.

Junto al dinero, en contraste con la imagen de la mujer negra, había una foto de una chica pálida, de pelo castaño, ojos con una mirada envidiosa y boca de labios finos, que desde ese momento se me hizo antipática y que, sin conocerme, ya parecía mirarme con desprecio.

Al dar la vuelta a la imagen, vi que míster Harrison había escrito a mano: «Cuando me lo indiques te entregaré la otra mitad del dinero».

No siempre el amor por los hijos puede con todo. A través del cristal vi la culebrina de un rayo cruzando el cielo negro a una velocidad de vértigo y, en nada, unos copos grandes y redondos ya se arremolinaban en el aire. Alcé la vista hacia las altas torres que ahora se perdían entre las nubes. A pesar de llevar años viéndolas, me seguían asombrando.

Adoro el invierno y preferí pasear, aunque para llegar a mi casa tuviera que atravesar algunas calles oscuras y desiertas, en las que cualquiera sentiría miedo, más aún si lleva una gran suma de dinero. Cualquiera menos yo, que contaba con la compañía de mi amiga Glock con el cargador lleno de balas.

Desde que aquella tarde di los primeros pasos, ya empecé a pensar qué haría para poder acercarme a Olivia. Me daba lo mismo que aquel hombre atormentado por sus recuerdos quisiera quitar de en medio a la niñata de su hija, pero el encargo me interesaba. Y también la idea de un hombre herido que buscaba aplacar los fantasmas de su memoria ofreciéndoles un sacrificio de su propia sangre.

Era en esos momentos cuando veía en mi oficio una resonancia bíblica de ángel vengador. Dediqué mucho tiempo a conocer a la heredera. Por una cuestión de profesionalidad me gusta pasar tiempo con mis víctimas, acercarme y saber algo más de ellas. Por el contrario, desprecio a quienes buscan hacer amigos en autobuses, trenes o aviones.

Nunca he sentido la obligación de dar conversación a un ocasional compañero de trayecto. Ir a los sitios en compañía me asquea y aborrezco hacer amistades mientras viajo, e incluso que

me hablen. Pero, lo digo sin falsas modestias, siempre he sido hábil entablando relaciones, así que en pocos días Olivia y yo tomábamos café y empezamos a salir a cenar cuando ella bajaba la persiana de su negocio.

Mi trabajo es para solitarios y Olivia no tenía por qué saber que nuestra recién estrenada amistad era solo parte de una representación y que yo ya la miraba como a un cadáver.

Como tantas y tantas niñas ricas, Olivia Harrison tenía una galería de arte en el Bajo Manhattan, muy cerca de la pequeña Prince Street, por donde el dinero de la bohemia millonaria corre libremente…

Su terapeuta le había aconsejado el ejercicio, así que se aficionó a comenzar los días trotando por el parque, y yo, a veces, solía acompañarla. Durante meses le hablé de caminar bajo la lluvia en días grises, recorrer sendas vacías y olvidadas, admirar la luz escasa y los reflejos que se escapan de los charcos del camino. Y poco a poco logré convencerla para que, con el otoño ya mediado, hiciéramos un viaje al oeste.

Era insoportable y caprichosa. Una loca que se tenía por lista y con la que todo el mundo estaba incómodo nada más verla. Alardeaba de una imagen de sí misma como de alguien cansado a quien ya le falta energía, y cultivaba una cierta idea del artista al que la creatividad le consumía como un martirio de debilidad y agotamiento. Creía que esto era importante y daba algún sentido a su vida.

Pero quienes la conocíamos, y no hacía falta demasiado tiempo para ello, sabíamos bien que solo era un ridículo desperdicio de energía, y que todas sus fuerzas las gastaba en sospechar de cualquiera que no reconociera su talento.

Protestaba por todo, se quejaba continuamente y, en general, se tenía por una luz que debía iluminarnos a todos, pero que solo ella podía ver, y eso también le parecía una tremenda injusticia a la que todo el mundo la sometía. Por lo demás, y aunque pasaba el día hablando de pintura, nunca la vi pintar nada, y sus temores podían adoptar diversas formas que iban desde la complejidad de un lienzo en blanco hasta un perro callejero, una rata o un murciélago. Su queja era constante. Entre ella y el mundo solo estaba el vacío, el desprecio hacia casi todos sus semejantes y una sensación de vértigo

que corría veloz.

Viajamos en un coche alquilado en Rapid City, Dakota del Sur, por la interestatal 90 hasta la pequeña población de Sundance. Desde allí, por un desvío hacia el norte llegamos a la Torre del Diablo, un magnífico colmillo de basalto, una torre que se alza más de trescientos metros hacia el cielo y que atrae a la vista como un imán.

Aunque disponíamos de provisiones suficientes, insistí en entrar en la pequeña tienda del camping. Me costó algo más convencer a Olivia de que ponerme una peluca pelirroja y lentillas azules en los ojos era solo parte de un juego. Yo en realidad estaba dejando un mensaje para ti, Norman. Estaba segura de que en cuanto conocieras esta hermosa historia no dejarías de acercarte por aquí, y que un nuevo libro hervía en tu cabeza. Mi aspecto era tan llamativo —y tan extraño al mismo tiempo— que la chica que atendía la caja no me quitaba el ojo de encima. Ella misma te lo contará cuando vayas, si es que aún trabaja allí. En la placa que llevaba prendida del chaleco ponía su nombre, Hellen.

Aparcamos el coche y nos alejamos internándonos por un sendero entre los árboles hasta encontrar un lugar que nos resguardara del viento. Acampamos y pusimos a calentar un poco de agua para el té.

La idea era caminar en torno al gran monolito y pasar un par de noches en el bosque. Ella siempre iba detrás de mí, rezagada, haciendo notar que soportaba el peso de un lastre. Hablaba sin parar, pero yo solo oía el chasquido de las ramas muertas bajo nuestros pies y el sonido de nuestros pasos sobre la alfombra rojiza de las hojas caídas, que parecía llenarlo todo.

Que alguien pudiera pensar en otra cosa en vez de maravillarse por tanta belleza me pareció un acto lleno de perversidad. Con cada rayo de sol que se colaba entre los nubarrones, el color cambiaba constantemente. Al final, el cielo se cerró, empezó a caer agua, y Olivia extendió los brazos para sentir la lluvia en un gesto rebuscado. Había mostrado gran interés por este lugar sagrado para los kiowas y hablaba, sin abandonar el aire de pesadumbre, de las niñas perseguidas por un oso que para huir se subieron al tocón de un árbol que creció y creció hasta convertirse en la torre que ahora teníamos delante, y ellas en las Pléyades. Las garras del animal

fueron las que dejaron esos grandes surcos verticales que aún adornan sus murallas.

—¿Ves? —me dijo—. Esas cintas que cuelgan de las ramas son recuerdos de los nativos, de sus leyendas. Y yo pintaré este paisaje deslumbrante. Un lienzo con hojas marrones alfombrando el suelo y los pequeños trazos de un rojo intenso adornándolo. Tal vez las paredes de roca escondan entre sus pliegues las siluetas de pequeños caballos, osos, ciervos y búfalos rojizos, rodeados por una multitud de arañas diminutas.

La niña caprichosa continuaba asombrada, pero languideciendo y triste. No le respondí, pero también me quedé pensando en aquellos animales a los que adorar y a los que matar. Pintados por chamanes primitivos obsesionados por los ritos ancestrales y la brujería, por cazadores como yo, que se deben a un ritual.

—¿Qué te hace tener ese gesto incómodo cuando estamos en un lugar como este? —le dije un rato después. Sin duda, la heredera veía algo diferente que yo cuando miraba a su alrededor, y era incapaz de desprenderse de sus problemas ridículos, aunque ella los consideraba propios de una mente intelectualmente despierta. O el precio que estaba obligada a pagar a cambio de su espíritu creativo.

—Encumbras la belleza natural, y eso te hace perder la perspectiva, Sigrid. —Ese era el hermoso nombre que yo había elegido para aquel trabajo.

Le encantaba llevar la contraria y eso fue lo que me respondió intercalando sus palabras con pequeños sorbos de té. No le respondí, aunque todo estaba planeado. Su respuesta fue la gota que colmó el vaso. Y yo solo buscaba un lugar apartado de ojos indiscretos en el que poner fin a su vida.

Ella, por su parte, comenzó a contarme detalles de la vida sexual que compartía con un tal Peter. Me resultaba asqueroso imaginar a la heredera manoseándose con un tipo que, si existía, sería igual de flacucho y blanquecino que ella, pero la dejé seguir olvidando aquella visión horrible, al tiempo que le dedicaba una media sonrisa y procurando evitar que nuestras miradas se cruzaran…

Después, viendo que no la seguía con el tema, me contó uno de sus sueños. Está sumergida en aguas profundas y saladas. Mientras una suave corriente balancea su cuerpo, por delante de ella pasan estrellas y caballitos de mar nadando junto a enormes peces espada.

El lecho marino es una capa de arena blanca que se pierde en una oscuridad incierta. Su cuerpo gira lentamente y queda, ingrávida, mirando a la superficie, desde donde le llega un rayo de luz, una esperanza que tendría que alcanzar.

Olas minúsculas atraviesan su campo visual. Quiere gritar pero no puede, y la visión da paso a otra, ya en tierra pero igualmente rara, en la que cientos de mariposas de colores muy vivos salen por los agujeros de un muro de adobe que parece estar a punto de derrumbarse, y al tocar tierra, se convierten en alacranes con un aguijón puntiagudo en la cola.

Pensé que lo de su novio y los sueños habían sido una forma de entrar en terreno confidencial y que iba a aprovecharlo para contarme algo de la muerte de su madrastra, pero no tuvo la valentía de nombrarla. Se quedó callada y después, puede que porque no supiera qué hacer, se sirvió más té. Tampoco hizo amago de ofrecer una disculpa por haberse alegrado de su desaparición, ni dijo nada respecto al sufrimiento que había causado a su padre. Seguramente, la causa de su malestar.

En el fondo, Olivia estaba avergonzada de su conducta, pero no era capaz de reconocerlo abiertamente ni de expresarlo con palabras. Eso, aparentemente tan sencillo, iba a costarle la vida.

—Ahora huyo sin saber de qué. De mi propio miedo, de lo que imagino o sueño mientras duermo… —continuó desviando la conversación. Olivia tenía el sistema nervioso destrozado y terminaba por alterarme a mí también, que no puedo soportar oír las quejas de quien lo ha tenido todo en la vida y me revientan los que quieren dar pena.

Comprobar la cobardía de Olivia me reafirmó en que estaba haciendo lo correcto y pensé que ese era un lugar inmejorable para poner fin a su vida miserable. Solo me quedaba elegir cómo.

Descartadas las pistolas, que por aquel entonces aún no sabía cómo transportar en los aviones, y demasiado ruidosas en un paisaje como este, estaba obligada a escoger otro método.

Tiempo después, el bueno de Omar ideó un sistema para que pudiera cruzar fronteras con mi propia pistola. A fin de cuentas, era la forma con la que más cómoda me sentía para trabajar. No sabes de qué manera tan simple lo hizo: falsificó una licencia de armas y una acreditación de la Federación Estadounidense de Tiro Olímpico

que me permitieron moverme como pez en el agua por donde quisiera. Pero bueno, volviendo a la elección del método, lo cierto es que me repugnan los cuerpos suspendidos de una cuerda y con un nudo corredizo al cuello; en cambio, adoro las armas de fuego y el olor de la pólvora, los objetos contundentes, el filo brillante de los cuchillos, las puntas agudas de los dardos y algunos tipos de veneno.

Cuando oscureció, me interné en el bosque hasta dar con un claro y pasé horas absorta. Tendida sobre la tierra endurecida, me concentré en escuchar los sonidos susurrantes del viento al correr entre los árboles y chocar con las piedras, y, más tarde, intentando distinguir los cometas de los satélites entre las pequeñas luces errantes en el cielo negro, dudando si serían cohetes o naves espaciales.

Me comporté con devoción hacia la naturaleza y tuve la certeza triste de vivir sobre un cementerio. Al rato, me quedé fría como un témpano. Para regresar, encendí mi lámpara frontal, un chorro de luz que iluminó mi camino, y corrí a meterme en el saco dentro de la tienda que compartía con Olivia.

—¿De dónde vienes? —preguntó medio dormida y como si hubiera cientos de sitios a los que ir por los alrededores.

—De mirar las estrellas —le dije secamente, aunque en realidad solo había sido una excusa para estar a solas.

Y tal vez fue en ese momento cuando comprendí que no debía demorar durante más tiempo el cumplimiento del encargo. Pasé en vela lo que quedaba de noche y al amanecer le ordené abandonar la tienda.

Aquella mujer joven, heredera de una fortuna pero aburrida y pedante, iba a dejar de existir en cosa de minutos. Debió de darse cuenta de algo porque se quedó paralizada y encendió un cigarrillo que se le cayó de los dedos en cuanto empezaron a temblarle.

—Recógelo —le dije para remarcar mi autoridad y mirándola fijamente a los ojos. No había duda acerca de quién dirigía lo que estaba sucediendo—. Dame alguna razón, una sola, para que no te mate —continué. Ella empezó a llorar mientras yo me mantenía muy quieta y guardaba silencio con respeto.

El sonido de su llanto y las lágrimas resbalando por sus mejillas en aquel paraje solitario resultaban una visión imponente.

Durante los pocos minutos que duró la escena tuve tiempo para divagar. Hasta cierto punto esperaba más de Olivia. No que se enfrentara a mí y se resistiera, pero sí al menos que pusiera de su parte e hiciera lo posible por huir.

Me gustó fantasear con la idea de una persecución por el bosque, dejándole al principio algo de ventaja para mantener la emoción, y después, seguir su rastro cada vez más de cerca, hasta tenerla a tiro. Un arco o puede que una ballesta —ahora hacen maravillas, ligeras y precisas, algunas hasta con mira telescópica— serían las herramientas ideales. Casi puedo oír las flechas rasgando el aire hasta clavarse violentamente en su cuerpo con un sonido seco al que le sigue un quejido.

Al principio ella resiste, hace lo que puede por seguir corriendo, pero está perdiendo mucha sangre y cada vez que se detiene, y ofrece un blanco fácil, una nueva saeta queda prendida de su cuerpo.

Imaginé el final digno de una escena de caza clásica: Olivia atravesada por las flechas, en el suelo, ya sin poder moverse y con un gesto de dolor, mirándome con los ojos fuera de las órbitas, al igual que lo haría un corzo inocente. Yo camino hacia ella despacio, dejándole que sufra y perciba la llegada de la muerte mientras, con una sonrisa, saco de su funda un gran cuchillo afilado.

Ahora Olivia parece querer arrepentirse y se aprieta la cabeza con las manos tratando de apagar las voces que le hablan del daño profundo que ha causado. Pero ya es demasiado tarde.

Derrama lágrimas transparentes, de una pureza absoluta, pero no suficientes para salvarla de la muerte.

De pronto, algo me hizo regresar a la realidad y puse fin bruscamente a todo aquello matándola. La decisión fue rápida y tú, que posees un sentido elevado de la estética, vas a entenderla muy pronto.

—Ya no hay tiempo para el perdón —le dije—. Tendrás que despedirte de tu hueca vanidad. Tu vida termina y estás a punto de conocer la respuesta al gran enigma. Por fin sabrás si hay algo al otro lado del tenebroso pasadizo o solo un negro vacío. Es inútil que grites, el viento se llevará lejos tu voz. ¿Quién te iba a decir que acabarías así?

Y, aprovechando que al oír un ruido giró la cabeza

instintivamente, la golpeé con saña en la nuca con una gran piedra que tuve que levantar empleando casi toda mi fuerza.

En este punto, podríamos hablar durante horas de las cosas que en mi oficio suceden más por casualidad que por capricho, pero lo cierto es que, casi sin enterarme, de pronto, me había encontrado con aquella roca en las manos.

Olivia cayó de rodillas, y así se hubiera quedado de no ser por el nuevo impacto que recibió de la misma piedra. Aún respiraba tendida sobre la tierra. Parecía revolverse inquieta, aunque sería solo algún nervio afectado por el golpe. Como dicen que el oído es el último sentido que nos abandona, me arrodillé junto a ella y le fui contando las causas que la habían llevado a morir.

—Eres fría, distante y egoísta, incapaz de querer a nadie. Hasta tu padre te odia. Tu vida solo ha sido un inútil desperdicio. Eres una fracasada y has dejado todo a medias, salvo ser una amargada. Al final, todos desaparecemos. Piensa en lo eterno, en lo que perdura.

Después, introduje su cabeza en una bolsa de plástico que fijé alrededor de su cuello con una goma. Se le abría y cerraba la boca cada pocos segundos, como a los peces fuera del agua mientras se asfixian. Aún parecía querer asirme con sus manos de moribunda.

Había algo marcadamente escénico en la disposición de nuestras figuras que hacía resaltar la soledad y la incomunicación de los dos personajes. Yo, muy quieta, de pie junto a Olivia que, tendida, esperaba el final. La belleza presente por todos lados. La angustia. El dolor y el llanto, los olores del otoño elevándose desde la tierra. El crujido de la hojarasca rompiéndose bajo nuestros pies como un rumor constante o el anuncio de un lamento. Gotas de lluvia prendidas en las ramas. Olivia, corazón errante, desamparo, estrechez de miras y la cara llena de sangre.

La poca vida que le restaba desaparecería en nada por la falta de oxígeno. Aproveché esos instantes para buscar un lugar apartado para esconder el cuerpo. Cuando la abandoné, aún tenía los ojos abiertos como si estuviera sorprendida o no pudiera comprender qué había pasado. Antes de irme, con el pie derecho tapé con tierra la sangre que había quedado esparcida por el suelo.

Para cuando encontrasen a la pobre Olivia, Sigrid ya estaría lejos. Sigrid con los pies alados como el mensajero Mercurio. Sigrid

voladora.

Solo ella podría decirte con qué entereza me comporté en aquellos minutos finales, así que tendrás que fiarte de lo que yo te cuente. Pero estoy segura de que te sentirás orgulloso de mi obra.

En el instante en el que la vi rodar por el suelo con la cabeza llena de sangre, se me apareció tu cara y pensé qué fantástica historia serías capaz de escribir sobre aquel cadáver todavía palpitante.

Más tarde, con la respiración aún entrecortada por el esfuerzo, tomé con gusto varias bocanadas de aire frío y me pregunté qué música sonaría de fondo si alguien hubiera tenido la ocurrencia de filmar la escena.

Lo primero que me vino a la cabeza fue la idea del crimen perfecto. Después, al notar un escalofrío recorriéndome la espalda, pensé que debí haberme puesto otro jersey bajo la chaqueta. Por último, tuve un breve sentimiento de tristeza sabiendo que, en el fondo, la vida tampoco había sido fácil para Olivia.

No puedo hacerlo porque es demasiado arriesgado —nunca se sabe quién ve lo que circula por internet—, pero con gusto, querido Norman, habría tomado unas fotos para que vieras los detalles de todo lo sucedido durante aquellas horas suavemente iluminadas por la luz mate de los últimos días del otoño.

Cumplí mis planes desde el principio. Saqué el libro que llevaba en mi mochila y, de pie, junto al cuerpo aún caliente, leí durante unos instantes en voz alta.

> No necesito tu galope, ya que el mío es más rápido. Aunque esté sentado, o de pie, voy más rápido que tú.
>
> ¡Viento veloz! ¡Espacio! ¡Mi alma! Ahora comprendo que es verdad lo que presentía, lo que presentía cuando holgazaneaba en la hierba, lo que presentía mientras yacía solo en el lecho…
>
> Y también mientras caminaba por la playa bajo las pálidas estrellas de la mañana **[9]** .

Cuando terminé de recitar, aproveché el momento para otear a mi alrededor desde un pequeño promontorio rocoso, por si alguien podía haber visto algo.

Regreso al sentido de lo teatral con una escena que habría

despertado tu admiración, y concibo el lugar como un gran escenario. Un extraño funeral con las palabras de Whitman lanzadas al viento como oraciones, la gran roca vertical a mi espalda fingiendo ser el campanario de una catedral y un cadáver con la cabeza sin parar de sangrar y dentro de una bolsa de plástico.

En algún momento, cuando yo ya hubiera partido, Olivia dejaría de moverse y el mundo entero poco a poco se oscurecería, hasta desaparecer de sus ojos. Todo parecía guardar un silencioso parentesco con alguna basílica en el momento de finalizar unas honras fúnebres.

Me detuve a contemplar los colores del bosque a finales de otoño, a la espera del invierno que estaba a punto de llegar. La luz de uno de los últimos días de noviembre escapaba con rapidez. Desde el cielo plomizo empezaron a desprenderse unos finos hilos de nieve que habían sustituido a la lluvia.

En la lejanía aparecieron dos ciervos que, al principio, me miraban con sus cabezas levantadas y después salieron huyendo dando grandes saltos hasta perderse entre los árboles, dejándome a solas en aquel lugar hermoso y recogido.

Para no ser vista desde el camping, di un gran rodeo y dejé en el aparcamiento el coche que había alquilado con mi pasaporte alemán a nombre de Sigrid Zimmerman. Les iba a costar encontrarme… Me quité la peluca y las lentillas en un lugar apartado, y las guardé en mi mochila.

Alguien detendría en unos minutos su vehículo a unos pocos metros de una chica morena de pocas palabras que hacía autoestop, y a mí solo me quedaría volver a casa.

Detengo la escritura del capítulo de mi novela y vuelvo a leer el cuaderno de Celeste.

> Por cierto, Norman, bien sabes que la vida a menudo nos sorprende y que está llena de giros inesperados. Al principio, mis vecinos me miraban de una forma extraña, desconfiando de mi rostro difícil de descifrar. Las opiniones oscilaban entre quienes parecían envidiarme, los que no se fiaban de mí un pelo y los que estaban convencidos de que había caído en aquella población huyendo de algo o refugiándome de un fracaso. Ahora todos han acabado por creer que soy una chica corriente, que pasa la vida en una casa confortable, leyendo poesía y cuidando de sus gatos.

Ya ves, hasta cierto punto, final feliz, no todo sale mal. Ellos ignoran que la muerte tira de mí y puedo sentirla. Por eso, cada vez que les visito la última semana del trimestre con un pastel de manzana y unas llaves para que alimenten a los mininos y les suelto el cuento de que voy a ocuparme de esa madre que no tengo pero de la que hablo a menudo, es porque vuelo a Londres a la espera de recibir un nuevo encargo.

A veces, mis ausencias son largas hasta que cumplo con mi deber, liquido a alguien y regreso exhausta y satisfecha, con todos mis secretos a cuestas y acompañada por nuevos recuerdos sangrientos que ya nunca me abandonarán. Eso sí, luciendo de nuevo el pelo corto y negro con el que me vieron partir. Qué poco se imaginan cuál es mi oficio. La poesía me ayuda a refugiarme en un mundo que solo es mío. Si no soy discreta, no soy nada. Todos a los que me acerco al final mueren, solo tú eres vida. ¿Es que nadie se da cuenta?

Querido Norman, ahora por prudencia no puedo darte más detalles, y lo siento, pero recuérdame que en algún momento te hable del lugar en el que vivo y de mis vecinos. En especial de la señora Waters, que es un encanto.

Yo también alquilé un coche en el aeropuerto de Rapid City y me dediqué a vagabundear por las grandes praderas, el inmenso mar de hierba del que emergen, como islas, las Colinas Negras.

Cada día llenaba páginas y más páginas de mi cuaderno, revivía con cierta tristeza aquellas viejas historias del Oeste que llenaron mi cabeza de niño, ahora hace una eternidad.

Pasé casi toda una tarde en el mirador del monte Rushmore frente a las cabezotas de Lincoln, Roosevelt, Washington y Jefferson. Cuatro pares de ojos mirando a la lejanía, por encima de nuestras cabezas, sabiendo que el mundo es suyo. Entre sus grandes ojos, narices y bocas, vi cómo Cary Grant y Eva Marie Saint huían de unos tipos siniestros con la muerte en los talones. Allí, ocupando toda la pantalla y cargando con el peso de los recuerdos, los puso la mano de Hitchcock. Allí seguirán para toda la eternidad, metiéndonos el corazón en un puño con cada resbalón y a punto de despeñarse.

Quedarán para otro viaje y para otro libro Little Bighorn, el monumento inacabado y tal vez inacabable a Caballo Loco, y el

lugar árido que recuerda con tristeza la masacre de Wounded Knee, la tumba de Nube Roja y la reserva de Pine Ridge, donde a duras penas malviven los oglalas que quedan.

Poco a poco, sin prisas, me fui acercando a la Torre del Diablo. Detuve mi coche a lo lejos para admirar cómo aparecía de la nada, surgiendo de la llanura entre el bosque. Hubiera sido bueno que Celeste hubiera estado a mi lado para hablarle del resplandor de las luces de aquella nave posándose sobre su cúspide.

Amedrentando a los curiosos y despertando en otros la esperanza de un mundo mejor de la mano de unos hombrecillos raros venidos del espacio. Aunque tal vez ella sea demasiado joven para recordarlo y puede que ni vaya al cine…

Continué escribiendo mi novela en el pequeño supermercado del camping, a los pies de la torre.

—Había pensado caminar un poco, pero me da miedo internarme por ahí después de lo que pasó —les dije a las dos chicas a cargo del comercio—. ¿Estabais aquí cuando sucedió el crimen?

—Claro —contestaron al unísono, aunque enseguida Hellen tomó la voz cantante—. Por aquí se acerca todo tipo de gente, la mayoría escaladores atraídos por la torre que llevan años soñando con ella, pero también otros que parecen peregrinar con sentimientos religiosos, o buscando la energía con la que los atrae la roca puntiaguda, ya sabes, cosas raras, supersticiones. Hemos visto de todo. Recuerdo bien a las dos, pero sobre todo a la pelirroja de grandes ojos azules. Era imposible no fijarse en ella… Y precisamente es la que desapareció sin dejar rastro. Estábamos todas muertas de miedo pensando si no habría un secuestrador de mujeres suelto rondando por la zona. Es como si tuviéramos el mal a las puertas de casa…

No podía tranquilizarlas, aunque lo intenté, y se me ocurrió que Celeste podría hacer alguna reflexión interesante acerca de lo relativas que son las nociones del bien y del mal y lo borroso de sus fronteras.

—Seguro que algún día la policía la encontrará y todo tendrá una explicación lógica… —fue lo único que acerté a decirles.

—Nos pidió que le guardáramos las llaves del coche. —Era la otra chica quien hablaba ahora—. Pero, claro, nunca regresó a por ellas. Se las entregué al sheriff cuando empezaron la búsqueda y la

investigación. No me pregunte por qué, pero por alguna razón me fijé en que estaban atadas a una pequeña placa blanca con la letra C mayúscula grabada en el centro…

Sabía que Celeste dejaría pistas que me permitieran comprobar la verdad de su historia y escribirla. Me siento muy orgulloso de ella.

Entornando los ojos, podía verla con su trote rápido, esquivando cualquier lugar en el que puedan reconocerla, apenas una silueta que sobresale del perfil azulado del atardecer, con un leve rastro del sol de poniente a su espalda y sin girar ni tan siquiera una vez la cabeza por encima del hombro para mirar hacia el lugar en el que había quedado tendida la heredera.

Solo una vez alzaría la vista hacia la cúspide de la torre gigantesca, pensando en las hermosas historias de quienes se encaramaron allí arriba. Los buitres, mientras tanto, darían vueltas en el cielo, planeando con sus alas extendidas en busca de animales muertos. Celeste, al verlos, se alegraría de haber ocultado bien el cuerpo de Olivia entre las rocas.

Tampoco le habría gustado que su cadáver sirviera de alimento para aves carroñeras. Aún llevaría prendida la imagen de la heredera, sabría que no era una malvada, todo lo más una simple. Pero después de tantos años, Celeste seguro que ya ha aprendido que la verdad de la realidad humana es siempre más compleja y más rica de lo que parece a primera vista, y nunca sabemos del todo quiénes somos. Nuestras vidas son parajes extraños, paisajes áridos difíciles de interpretar.

Su trabajo tuvo gran repercusión. Lo escribí porque supuse que a ella le gustaría saberlo. En todos estos pueblos estaban consternados por la desaparición. Localizaron un cuerpo oculto entre unas rocas, que tenía la cabeza destrozada y metida dentro de una bolsa de plástico duro; casi todo lo demás había sido mordisqueado por las alimañas. Fue identificada como Olivia Harrison, de Nueva York.

A partir de esa noticia, me costaba poco imaginar a cuatro *rangers* llevando a cuestas su cadáver dentro de un saco negro hasta el helicóptero que lo condujera a la morgue… Horas después, su padre, que había recibido en silencio la noticia y que estaba al corriente del procedimiento, llegó desde Nueva York en un avión privado.

El señor Harrison, firme, sin un gesto que pudiera delatar ni una sola emoción, en una sala embaldosada, con un armario de metal brillante que ocupaba por completo una pared. Junto a él, otro hombre, vestido con bata blanca, tiró de un asa para que apareciera un cuerpo.

Más tarde, el mismo tipo, con gestos bien ensayados y repetidos cientos de veces hasta el aburrimiento, levantó una esquina de la sábana que cubría el cuerpo para mostrar la cara del cadáver, y el señor Harrison se encontraba solo en medio de tres tipos que le observaban, y que seguramente esperaban que se echara a llorar y se derrumbara —es posible que hasta hubieran hecho apuestas a ver cuánto tardaba—. Pero el hombre no titubeó, ni dudó, y al cabo de unos segundos, con un simple sí, afirmó que ya había reconocido en aquel cuerpo el de su hija Olivia. El funcionario empujó el armario y, con el movimiento, el cajón que guardaba el cuerpo lanzó chorros de luz, y falsos rayos solares se reflejaban y rebotaban como el eco por los azulejos, llenando por completo la estancia.

El cuerpo de Olivia había desaparecido en un santiamén de la vista de su padre y, con él, los grandes costurones de la autopsia, recosidos con descuido y que lucían con crudeza. Trazos gruesos de color carmesí marcados con furia sobre una piel que recordaba al yeso.

Estoy seguro de que a su padre le habría gustado satisfacer a los funcionarios, sacarles de su desgana perpetua y mostrarles abiertamente su dolor para que la representación fuera completa. Pero él, harto para entonces de tanto sufrir, dio media vuelta y se alejó dando grandes zancadas, haciendo que su abrigo ondeara a sus espaldas como una capa. Apenas sentía nada. Ni tan siquiera pena, ni rabia, solo que por fin todo había terminado y que era en ese momento cuando podía encerrarse, olvidar al mundo y dejar que la melancolía se convirtiera en el duelo que tantas veces quedó aplazado.

Apenas había terminado de escribir cuando sonó mi teléfono móvil y en la pantalla aparecieron casi veinte números. Vete a saber con qué artimañas contaba Celeste para localizarme, poder llamar sin ser identificada o si empleaba algún aparato que alteraba su voz. Era la primera vez que la oía y me pareció de un tono grave, lejana. Hablaba despacio y fingía estar fatigada, como si le costara un gran

esfuerzo respirar o estuviera a punto de perder el conocimiento.

Celeste estaba desquiciada, pero la charla pareció sentarle bien y durante unos segundos dio la impresión de vencer su inicial cansancio o indiferencia. Todo era parte de una representación, lo mismo que cuando decía que no conseguía desprenderse de sus dudas y estaba aburrida, triste. A veces mezclaba el inglés con palabras en castellano que se le escapaban, como si estuviera atravesando el túnel de una alucinación o tuviera problemas para razonar.

Aunque ya estaba acostumbrado a que Celeste contara las cosas de una forma sorprendente, no entendí nada cuando me dijo:

—Sigo sin comprender por qué maté a la buena de la señora Waters y eso me está volviendo loca. No entiendo la razón por la que me he saltado las normas. Además, yo nunca he sido insensible al dolor ajeno. Ahora es cuando más necesito un amigo, alguien en quien poder confiar y que me ayude.

Quise preguntarle de qué se trataba, si se refería a la misma señora Waters de la que hacía mucho me había hablado contándome que era su vecina, y me ofrecí a escucharla, pero tras permanecer unos minutos callada, siguió:

—Un hombre ha muerto en Puerto Pirámides, en Argentina. Alguien de su propia familia me encargó borrar una afrenta y estoy segura de haber hecho un trabajo perfecto. Si vas allí, te contarán cosas, pequeños detalles sobre los que te gustará escribir.

Y sin darme tiempo a reaccionar, colgó.

Hice lo posible por olvidarlo, pero no me quitaba de la cabeza las palabras de Celeste. Parecía desconfiar de todo y estar perdiendo el control… La fiebre por escribir no me permitió darme cuenta entonces de que Celeste había empezado a abonar el terreno para tenderme una trampa.

Por el momento, yo solamente veía unas pocas sombras. Algo había intuido Celeste que le hizo darse cuenta de que no todo era como había imaginado, y todas aquellas dudas tendrían que ver con la decisión que ella habría de tomar meses más tarde para poner fin a nuestra relación.

5

Aun así, sin poder olvidar del todo mis preocupaciones, volé a Argentina para continuar releyendo su cuaderno y escribiendo al mismo tiempo mi novela. Pasara lo que pasara con Celeste, mi trabajo estaba ya muy avanzado.

Puerto Pirámides es una localidad costera muy turística, sobre todo durante los meses propicios para el avistamiento de ballenas. Nada más llegar, y gracias a mi amigo el sargento Carreño **[10]** de El Chaltén, entré en contacto con la policía.

Resulta difícil de entender pero la fama, esa compañera caprichosa, es capaz de abrir más puertas que el dinero.

—He oído que ha desaparecido una persona. ¿Es así? ¿Puede contarme algo?

—Es cierto —me dijo el comisario—. Tenemos una denuncia por la desaparición de un turista puesta por el encargado del hotel en el que se alojaba. Por cierto, estaba registrado con un nombre que no era el suyo verdadero. Y sí, también es verdad que hemos encontrado unos restos humanos, prácticamente solo huesos y algo de piel, que las olas del mar han depositado sobre la arena de una playa desierta. No tenemos esperanzas de saber qué pasó. Tal vez cayó al agua en un descuido, o se acercó demasiado al lugar donde cazan las orcas para hacerse un autorretrato… Quizás se suicidara… Con los turistas puede pasar de todo.

Yo entendía a la perfección las cautelas del comisario, pero no dudé ni un segundo de la versión de Celeste y pensaba que probablemente acabarían por saber algún detalle más. Y así fue: un par de días después volvieron a llamarme.

—Hemos descubierto a quién pertenecen los restos. Ya sabes, ahora hacen milagros con el ADN y he pensado que te interesaría saberlo.

—¿Sí? ¿Por qué? No me parece demasiado llamativa la historia de alguien que cae al agua, se ahoga, y es comido por los peces… —

le dije fingiéndome incrédulo.

—Puede que tu punto de vista cambie cuando sepas que en su habitación habíamos encontrado una documentación a nombre de Lisardo Morales.

—¿El poeta? —pregunté ya sinceramente interesado.

—Sí, el poeta, pero la documentación es falsa, al igual que el nombre con el que se inscribió. Ahí empieza lo bueno. En realidad, el cadáver pertenece a Johann Hessen.

—¿Aquel que mató a tiros a toda su familia y luego los quemó? —le pregunté.

—El mismo. Por lo que se ve, acababa de salir de la cárcel y vino aquí de incógnito, supongo que para escapar de la mirada de quienes pudieran reconocerlo o saber algo de él. Y otra cosa, he preguntado a algunos en el pueblo y dicen haber visto por aquellos días una mujer solitaria que desapareció sin decir nada antes de que fueran encontrados los restos. El dueño del hotel está terriblemente afectado. No pudo hacer nada, pero vio el crimen desde muy lejos. Solamente sabe que se inscribió como Armonía Carter, angloparlante, pero que pronunciaba con dificultad algunas palabras en castellano y estornudaba constantemente.

Celeste, para entonces, ya había vuelto a su casa y mi libro progresaba. Seguí releyendo su cuaderno y escribiendo. Supongo que te gusta innovar, evolucionar en tu método de trabajo… Es muy refinado soltar palabras en castellano como si lo estuvieras aprendiendo… Y los estornudos, algo has debido de tomar para que resultaran tan llamativos. Seguro que estaba todo pensado y fijándose en esos dos aspectos tus interlocutores han pasado por alto un millar de detalles más.

El jefe de la comisaría de Pirámides era un buen tipo, cumplidor y con gran sentido del deber y me recordaba mucho a Carreño, firme con sus obligaciones en el puesto de El Chaltén. El buen hombre me acompañó a todas partes y tenía ganas de hacer bien su trabajo. También convivía con la idea de que su lucha contra el crimen estaba destinada al fracaso y que las cosas son como son y no como nos gustaría que fueran. Y esto, a veces, dejaba un aire de tristeza en sus palabras.

—Muchos en el pueblo —me contó— se fijaron en una mujer que, a pesar de haber un gran número de turistas, destacaba entre

ellos por su aspecto. Sin embargo, nadie acierta a describirla con exactitud. O, mejor dicho, todos han visto a una mujer diferente a la que vieron los demás. En la tienda de alimentación dicen que vestía prendas muy amplias que prácticamente ocultaban la forma de su cuerpo y que siempre se cubría con gorras, pañuelos y gafas de sol, por lo que era imposible no solo reconocerla, sino incluso aventurar un pronóstico de su edad. También que solo compraba fruta.

»Algún vecino, sin embargo, dijo haberse fijado en una chica paseando a lo lejos por la playa y vistiendo ropa deportiva y ajustada. Otros hablan de una mujer joven y esbelta, de pelo muy negro y ojos claros y los menos cuentan haber visto a una señora algo mayor y un poco gruesa, como un ama de casa envejecida entre los fogones, de aspecto estrafalario y siempre medio oculta entre los pliegues de una gabardina enorme.

Fingí sorpresa aunque estaba seguro de lo que había pasado e imaginaba a Celeste desplegando todas sus dotes para disfrazarse y parecer varias personas diferentes.

—¿Y qué crees? —pregunté al policía—. ¿Se trata de diferentes mujeres?

—No lo sé —confesó—. He dado mil vueltas por el pueblo, he hablado con todo el mundo, pero debes tener en cuenta que donde la gente vive del turismo no suelen ser muy aficionados a grandes discursos sobre poetas desaparecidos y mujeres que se esfuman sin dejar rastro. Pero eso da igual. Fuera una o varias, a todas ellas les perdimos el rastro el mismo día en el que murió Johann Hessen. Supongo que tendría un auto oculto en algún lugar apartado y se marchó al volante antes de que pudiéramos darnos cuenta. Lo digo porque es imposible que tomara alguno de los autobuses que nos comunican con Trelew o con Rawson sin ser vista.

Estuve de acuerdo con la suposición del policía y, para ver si conseguía algo más de información, fui al hotel en el que se hospedó. Me presento como escritor y el hombre hace gestos de asentimiento, alguien en el pueblo ya le había hablado de mí y esto me allana el camino.

—¿Su aspecto? —preguntó al tiempo que abandonaba su silla y quedaba de pie frente a mí—. Tenía esta altura —y al decirlo, colocó su mano derecha horizontal al lado de su hombro izquierdo.

—¿Un metro sesenta o sesenta y cinco, más o menos?

—Sí, algo así y siempre con ropa muy grande, que hacía imposible saber si era un poco gorda o más bien delgada. Nunca abandonaba gorras o pañuelos con los que se cubría la cabeza y una buena parte de la cara. Pero lo más extraño de todo eran sus ojos… Puede que fuesen verdes… O azules… —Hizo un gesto de señalar con la mano hacia el cielo, o tal vez hacia el mar—. Le digo puede porque me parecieron lentillas, o falsos, como si ella no los necesitara para ver o fueran solamente unos adornos de cristal. Bueno, y una cosa más, siempre me hablaba desde una cierta distancia, como si le diera miedo que, al acercarse, quien tenía delante pudiera descubrir algún detalle que ella prefería mantener oculto…

Aquella descripción encajaba a la perfección con la que habían dado de ella en el súper, según el jefe de Policía. Este hombre, el dueño del modesto hotel, sabía que hizo mal escapando y se notaba a la legua el tormento que sufría. Había repetido la historia miles de veces a la policía, pero pasando por alto este detalle o quitándole importancia.

A nadie se le puede pedir que sea un valiente, pero las deudas por cobardía se pagan durante toda la existencia al despertar cada noche cubierto de sudor frío, aborreciendo la propia vida y no pudiendo tener dos días seguidos de paz. Aquel hombre lo sabía y, a cada paso, escuchaba la voz que le repetía: «Corriste a esconderte sin dar la cara… Habrías hecho cualquier cosa, traicionado a tus padres, vendido a tus hijos con tal de salvarte… Y por eso estás aquí ahora, con tu cuerpo sin un rasguño pero el alma destrozada…».

—Mire —me confesó—, yo vi desde muy lejos dos siluetas en la playa. Después vi cómo la que quedaba a la izquierda de mi campo de visión levantó la mano y disparó a la otra. El viento se llevó muy lejos el ruido de la detonación, pero la otra figura se desplomó y quedó tendida en la arena. Estaba demasiado lejos para poder distinguirlas, pero sí que vi a la que había disparado esconder el arma bajo la ropa, girar sobre sus talones y abandonar el lugar a paso lento en dirección a las casas del pueblo.

Sabía que había obrado mal y esto hacía que se le cayera la cara de vergüenza. Puede que, al escapar, se hubiera perdido una parte importante de la escena del crimen que podía haber aportado

detalles interesantes para la investigación, ya que, en algún momento, la asesina tuvo que regresar allí para transportar el cuerpo hasta el lugar en el que lo tiró al mar. Debería haber corrido tras ella y dado la voz de alarma, pero se quedó quieto, paralizado vergonzosamente por el miedo, y esa visión le perseguiría mientras estuviera vivo.

Mientras lo contaba, insistió en que le sentaba bien hablar, pero le resultaba difícil aceptar en voz alta la propia cobardía y se notaba que su vida estaba rota en pedazos y nunca podría perdonarse haber huido como un conejo.

Le consolé:

—No se preocupe. El muerto era un canalla. —Pero eso no pareció tranquilizarle.

—¿Qué más da? Si yo también lo soy…

Ahora que ya dispongo de la información que necesito, me siento a escribir un capítulo más de lo que será mi libro, sin dejar enfriar todo lo que sé. Estoy bien frente al mar verdoso de Puerto Pirámides. Al leer lo que cuenta Celeste, uno se queda en blanco por la exactitud del relato y por la perfección con la que actúa. Se me ocurrió pensar en *Moby Dick*, o en pueblos de antiguas civilizaciones que solicitaban los favores de sus dioses ofreciéndoles sacrificios de carne humana.

Lo envío al correo de Celeste confiando en que esta vez lo lea.

LA MUJER QUE MIRA DESDE LAS SOMBRAS

V. LA PLAYA DE LAS BALLENAS

Como cada mañana, por una carretera llena de baches, una mujer misteriosa alcanza una playa de guijarros a primera vista interminable. Tanto, que en la distancia convierte a un hombre adulto en una pequeña raya vertical que se recorta sobre el gris azulado del mar, o del cielo, que a veces se mezclan y confunden. Es un lugar primitivo con una belleza honrada y algo melancólica por la envoltura de la bruma.

Está tranquila porque los días anteriores ha recorrido de cabo a rabo lo que en un principio creyó que era una isla, ya que la había alcanzado por un puente, aunque en realidad era un istmo. Ahora ya sabe que se trata de una península, de una lengua de arena metida en el mar como una quilla, y que una de sus esquinas más apartadas es, antes del atardecer, lugar de cita para unas cuantas orcas que, en un espectáculo fantástico y terrible, se lanzan contra la playa, dejando que su vientre se deslice por la arena pendiente arriba, en busca de alguna foca incauta tendida al sol. Si no la atrapan, retroceden, pero si la capturan, el agua negra se vuelve un hervidero entre los remolinos de la sangre y la fuerza de las olas, y el infeliz animal es despedazado, y en segundos convertido en alimento.

Hipnotizada, acude cada día hasta aquel rincón y, sentada en la arena, se deja seducir por el espectáculo de la fuerza de aquellas feroces criaturas marinas que se sumergen entre las olas como bestias relucientes venidas de otro mundo, mientras las aves las sobrevuelan, girando y planeando, sostenidas por corrientes de aire que las mantienen por encima de todo.

En una de esas tardes, ve acercarse a una ballena de buen tamaño que nada junto a la costa protegiendo a su cría. Las orcas rodean a las dos, lanzándose a por ellas intentando separarlas y, en segundos, se forma un tumulto de seres vivos, de terribles coletazos

que van a estrellarse contra la superficie del mar y de bocas abiertas que buscan alimento entre la espuma.

El combate es terrible, violento y a vida o muerte. Una crueldad natural de unos seres que hacen lo que saben con tal de comer. La compasión pierde el tiempo al asomarse al abismo y aquí una pelea decide quién es más fuerte. Quién ha de vivir y quién ha de morir. Los perdedores serán devorados, igual que lo es el litoral, trozos de piedra carcomidos a diario por el agua salada.

Ella, testigo impasible, sabe de qué va aquello, y lo que está en juego, porque también ha llegado allí con el encargo de asesinar al hombre que busca. En ese momento, junto a la orilla, comienza a soplar un viento muy fuerte y siente frío, pero también en ese mismo instante comprende con alivio que ya tiene la solución para el problema que tanto le preocupaba.

A los pocos días lo ve mientras recorre a pie una playa inmensa, y, a medida que la figura se agranda, a cada paso que da ya sabe que es él sin ninguna duda. Mentalmente, mientras se acerca, repasa lo que le contó Raimond, una historia terrible que es la causa que le ha traído hasta aquí.

Sabiendo lo que sabe, bien podría dejarse llevar por la antipatía, pero lo cierto es que no siente nada que no sea la obligación de un encargo por cumplir. Debería estar contenta por haberlo encontrado, pero sabe que desde este momento su ánimo no dejará de empeorar hasta que todo termine.

Se presenta como Celeste. Finge haberle encontrado por casualidad y, al principio, mientras habla, no aparta los ojos del mar.

—Celeste Krauss. —Un nombre que a veces utiliza, tal vez porque de lo último que oyó hablar a su padre antes de morir entre sus alucinaciones fue del aria de *Aida* que lleva ese nombre y se le quedó grabado. Y Krauss porque le sonó bien, o por el tenor, o porque lo había leído en alguna noticia del periódico, cuando fue a encargar a Omar sus documentos de identidad falsos.

Después, apenas pronuncia palabras, y deja que a los ojos del hombre se extienda la idea de una mujer que pasea sola, pensativa, decepcionada, o simplemente triste. Se observan el uno al otro con parsimonia. Los dos ocultan algo, lo saben, y sospechan.

Él le muestra los binoculares que penden de su cuello alzándolos

levemente. Le habría gustado poder enseñarle un cuaderno con tapas de cuero, con sus hojas exquisitamente ocupadas por alas, delicadas plumas, picos y garras. Detalles refinados que acompañan y rodean a las figuras de una multitud de animales voladores dibujados a plumilla, o haberle contado que tenía una casa llena de láminas de Audubon porque le gustaba rodearse de belleza, pero lo cierto es que, sobre el papel, nunca ha sido capaz de hacer más que unos pobres monigotes que siempre acababan acompañados por los manchones azules de la tinta derramada, y que los bichos pintados por el naturalista solo ha podido verlos en algún libro y le producen, más que otra cosa, una extraña aprehensión o tristeza.

—Me apasionan las aves. Es magnífico observarlas mientras sobrevuelan la playa con el mar abierto al fondo —le dice. Aunque hasta el último segundo ha dudado si hacerse pasar por un sofisticado ornitólogo, al final decide presentarse como Lisardo Morales[11], un poeta que sí existía en la realidad, pero que desde luego no era él, confiando en que ella no lo conociera o, al menos, no conociera su aspecto.

La falsa Celeste le sonríe, y se ríe para sus adentros. «No me dejaré engatusar por la bondad aparente de su rostro, ni tampoco por la limpieza y armonía de sus gestos», piensa. Sabe que no es Morales y finge que se deja engañar.

Aquella sonrisa es lo más hermoso que él cree haber visto nunca. Aunque sin duda equivoca su significado. Parece que se han caído bien. Aun así, Celeste se preguntaría, con curiosidad profesional, qué fue lo que sintió él durante aquellos instantes en que sus miradas se cruzaron. ¿Angustia? ¿Una revelación súbita de lo que estaba a punto de suceder? ¿La idea absurda de estar seduciendo a aquella mujer enigmática?

En algún momento, la chica roza con la punta de dos dedos el brazo del que se dice escritor, que se ve complacido al comprobar lo bien que está representando su papel. El movimiento desaparece de la imagen y quedan las dos figuras en medio de la arena, con el oleaje de fondo y fijas en el suelo como si se tratara de una pintura.

El hombre aún habría de mencionar a los pájaros una vez más, pero Celeste lo mira sin contestarle. Muchos creen que no hay como una buena mentira para empezar algo, o para empezar con alguien. En el caso de Celeste, además, unas pocas mentiras carecen de

importancia, porque ella oculta detalles mucho más graves. Cosas importantes, como que desde hace años, ya tantos que ni recuerda, vive con las manos manchadas de sangre. Resultará imposible saber si en algún momento se vio arrastrada a esa forma de vida, o si libremente eligió que las cosas fueran así.

Ella quiere avanzar, no perder los nervios y acabar cuanto antes… Y el hombre, que ya le ha mentido una vez, lo intenta una segunda y le cuenta que está de viaje. Un viaje irrepetible que le mantiene en permanente estado de asombro y que cada día, para no perder detalle alguno, escribe durante un buen rato.

—Para no olvidar —son las palabras exactas que emplea— que estoy ante el mejor viaje, y tal vez en el tiempo más hermoso de mi vida. Bueno, tampoco me tomes muy en serio —continúa con un deje de tristeza—. En realidad no hago más que perder el tiempo. Puede que mi vida sea del todo inútil.

Ante sus clientes, Celeste solía jactarse de saber reaccionar bien —y con rapidez— ante situaciones imprevistas o sorpresas, de representar con solvencia su papel en la tragedia, y en esta ocasión tampoco perdió la oportunidad de demostrarlo.

—Me gustaría escucharte, saber de tu vida y descubrir tus anhelos, dedicar el tiempo a conocerte… —Y al decirlo, la mujer vuelve a sonreír, porque, aunque desconoce si en mayor o menor medida que ella misma, sabe que también ese tipo tiene las manos manchadas de sangre. Y este es el único rasgo que les une—. ¿Tenemos derecho a la existencia? —sigue, pero en esa ocasión él no puede oírla, o si lo ha hecho, se queda callado, puede que sin comprender el sentido de la pregunta o la importancia del momento.

Las olas, que estallan una tras otra casi a su lado, apenas les permiten escuchar sus propias voces. Por lo demás, todo está vacío y los dos están solos si olvidamos el vuelo rasante de los pájaros. De haber habido algo, el viento lo habría arrastrado lejos.

Raimond le había mostrado alguna foto de él. Celeste no puede decir que no lo conociera. Aun así, encuentra su rostro inexpresivo y piensa que parece no corresponder a alguien que carga sobre sus espaldas un peso tan terrible. Aunque, si lo piensa bien, se da cuenta de que su mirada conserva algo de ese brillo que a veces destaca en los ojos de los hombres trastornados y peligrosos.

Tal vez su cara, aunque ahora parece no decir nada, está dotada de un cierto encanto, pero el paso del tiempo y su larga estancia en la cárcel la habían ido deteriorando. Pero, todo hay que decirlo, aún conserva algún destello estremecedor en la profundidad de la mirada de sus ojos castaños. Por eso, la mujer que no se llama Celeste sabe que el hombre de aspecto pacífico pero cansado que está frente a ella no es un amante de los animales voladores ni tampoco Lisardo Morales, el poeta real visceralista, sino Johann Hessen, un tipo en la mitad de los sesenta, dueño de una casita confortable en la Baja Sajonia, en las afueras de Hannover, y que la mayor parte de los últimos treinta años los había consumido en prisión.

Y su historia, por muy terrible y única que parezca, no lo es tanto, ya que en casi todos los países existe alguna similar. Puede que la más conocida fuera la del francés Romand, que también acababa por aquellos días de abandonar su larga estancia en una celda.

Pero el caso de Hessen era diferente. En primer lugar porque no todo era mentira. Johann era piloto de una aerolínea comercial, un buen trabajo, pero, cuando en un reajuste fue despedido, no fue capaz de contárselo a su pareja, ni a sus padres ni a sus hijos. Fue enlazando mentira tras mentira hasta que ya no pudo más. Cuando estaba a punto de ser desenmascarado, antes de soportar su propia humillación y la de los suyos, prefirió acabar con la vida de todos.

Antes de eso, como los integrantes de la familia sabían que volaba constantemente a Singapur, le fueron dando grandes sumas de dinero para que lo invirtiera allí —con la promesa de buenos beneficios y de ponerse a salvo de las miradas del fisco—. Johann, con lo que le entregaban, mantenía su forma de vida o incluso pagaba algunos intereses a quienes los reclamaban, siempre utilizando el dinero que ya había sacado a otros.

Vete a saber qué hacía durante aquellas largas ausencias. Nunca quiso hablar de ellas en ninguna de sus declaraciones a la policía. Tal vez dejara correr las horas con la vista puesta en las ramas de un árbol, en una piedra, o en la nada… O las pasara a solas en la oscuridad, esperando la llegada del amanecer, tumbado sobre las camas de sórdidas pensiones en las que sabía que nunca se iba a topar con nadie que le conociera.

Y la segunda distinción —puede que la más importante y la que más le distinguía de otros asesinos— era que, a diferencia de lo sucedido en otros casos, aquí había habido un superviviente: un niño al que una bala le había rozado el corazón sin alcanzarlo por poco, y que, tras debatirse entre la vida y la muerte durante meses en una unidad de quemados, había salido con vida.

Este era Raimond, el que le había hecho el encargo a Celeste.

—Me enfrenté al dilema de olvidarlo o hacérselo pagar —le explicó a Celeste el superviviente, que por aquel entonces acababa de cumplir los treinta—, pero como cada dos por tres me invadían los recuerdos de mi familia y las paredes de mi casa llenas de sangre, decidí hablar con usted y contratarla. Desde entonces, vivo siempre en hoteles y cambio de lugar cada pocos días, porque ya no soy capaz de soportar la idea de un hogar… Espero que cuando usted cumpla con su cometido desaparezcan de una vez las visiones de mi madre, mis abuelos y todos mis hermanos visitándome con las caras ensangrentadas. Nunca he dejado de preguntarme por qué tuve tanta suerte. Bueno, eso fue al principio, no quiero engañarle. Después supe que no era la fortuna, sino una maldición por la que habría de pagar durante toda mi vida. Y es que no se puede vivir cuando has visto a todos los tuyos perecer ante tus ojos de niño…

Escuchando a Raimond era imposible saber qué rondaba por la cabeza de Johann Hessen cuando a la puerta de su casa —dándole la espalda a un pequeño estanque e ignorando a su perro Peter, al que adoraba— empuñó el arma con su mano derecha, mientras con la otra giraba la llave. Dentro le esperaban sus padres, Alexander y Agatha, su esposa, Hanna, y sus hijos, August, de once años, Conrad, de nueve, Luge, la única niña, con siete y el pequeño Raimond, entonces de cinco.

Johann se quedó de pie, inmóvil durante unos instantes. Su mirada se posó alternativamente en las caras que poco a poco se giraron para verle y en la gran lámpara que colgaba sobre sus cabezas.

Centenares de pequeñas piezas de cristal brillaron y centellearon desde lo alto iluminándolos a todos por igual. El mantel, llamativamente blanco, casi le cegó. Eran una familia, un conjunto de cuerpos de diferentes edades, tamaños y sexos que en poco tiempo iban a compartir el ser agujereados por las balas a

conciencia, y después quemados. Los primeros disparos acabaron con sus padres y con Hanna, que apenas tuvieron tiempo de enterarse ni de hacer nada. Los niños tampoco huyeron. ¿Cómo iban a imaginarse que su propio padre no era de fiar? Así que él se dedicó a cazarlos tranquilamente y a acabar con ellos uno a uno. Además, tampoco mostró preferencia alguna, sino que les fue dando muerte conforme les tocó el turno, o por el lugar en el que estaban sentados a la mesa.

Después, prendió fuego a las cortinas y al mantel que brillaba como la nieve y salió a la calle. Mientras esperaba a ver las primeras llamas, liquidó también al perro, que se le acercó gimiendo pegado al suelo, y moviendo tímidamente la cola asustado. Después, permaneció allí sin hacer nada, completamente solo, con un rifle en la mano y mirando la humareda que desprendía la que había sido su casa. Aún llevaba puesto uno de esos trajes que tanto le gustaban y que costaban un buen puñado de marcos y el pelo impecablemente cortado, como si acabara de salir de la peluquería. Junto a él descansaba en el suelo el pequeño maletín que siempre le acompañaba en sus idas y venidas durante sus fingidas obligaciones.

Los bomberos que sacaron los cuerpos de entre los escombros calcinados hablaron de una escena espeluznante. De la misma manera se expresaron algunos vecinos que acudieron al oler el humo, o asustados al ver el resplandor de las llamaradas en plena noche. Todos los que vivían cerca hicieron conjeturas con respecto al crimen que, con el paso de los días, se revelaron como suposiciones extravagantes. Nadie sabía en realidad qué había sucedido.

Cuando llegó la policía, Johann no negó nada y explicó a los investigadores —fue casi lo único que les dijo— que en cuanto acabó de disparar le vinieron a la cabeza números de teléfono que no utilizaba hacía años, el título de una canción que de niño oía tararear a su madre, y el nombre y los apellidos completos de personas con las que hacía años que no trataba ni tenía nada que ver…

El lugar que había ocupado la casa, ahora completamente destruida, de los Hessen comenzó a ser durante unos meses lugar de peregrinación para aficionados a la tragedia y a los crímenes, que

metían las narices donde no debían, todos movidos por el morbo y la curiosidad, interesados en visitar el lugar donde todos cayeron mortalmente heridos, para ser pasto de las llamas.

Después, a alguien se le ocurrió decir que traía mala suerte pisar aquella tierra y todos dejaron de ir. Poco a poco, los que sabían qué había pasado allí fueron muriendo de viejos y la casa quemada cayó en el olvido y nunca fue reconstruida. Nadie se atrevió, así es que allí deben de encontrarse todavía las ruinas, contemplando el lento discurrir del río Leine.

Pero el caso de Johann Hessen resultaba interesante y llamativo, así que durante los años que estuvo encerrado fue visitado constantemente por quirománticos, videntes, falsos profetas, escritores y periodistas interesados en saber algo de lo que había pasado por su cabeza aquella noche. Para ellos, verle era un acontecimiento, pero para él era un día más, uno cualquiera. Por eso ni miraba al que estuviera sentado a su lado, rara vez les hacía caso y generalmente —mientras les escuchaba, o fingía hacerlo— no levantaba la vista de un cuaderno que emborronaba constantemente. Más tarde, cuando supo gracias a la indiscreción de un funcionario que todos los dibujos encontrados en la basura eran estudiados minuciosamente por los psiquiatras de la cárcel, también dejó de hacerlos, y pasaba las horas muertas tumbado en su camastro, sin otra ocupación que mantener los ojos clavados en la nada, pensando en ingeniosas estrategias para dar caza a las moscas posadas en el techo.

Han pasado muchos años de todo eso y en la playa desierta Celeste le mira a los ojos y dice:

—Te sientes a salvo porque te escondes en un sitio apartado pero, ya ves, al final los que son como tú no están seguros en ninguna parte. Siempre acaba por llegar alguien para pedirles cuentas.

Pero no insiste queriendo convencerle, ni parece interesada en tener razón. Y en ese preciso instante, mientras Celeste se hace preguntas y se reafirma en la utilidad social de su trabajo, algo difícil de definir se desliza entre ellos pero sin interponerse lo más mínimo. Es la misión que ella tiene que cumplir, así que, mientras a Johann se le llenan los ojos de asombro y de espanto, ella simplemente se abre la chaqueta, que previamente se había

desabotonado, saca de la cintura de su pantalón una pistola y le dispara en la cabeza. Celeste lo ve derrumbarse de espaldas por la fuerza del impacto y, al igual que en otras ocasiones, las dudas desaparecen tan inesperadamente como habían llegado en el momento exacto de apretar el gatillo. Mientras tanto, sus prismáticos, sujetos al cuello de Hessen por una correa, vuelan describiendo una parábola y acaban por estrellarse directamente sobre su rostro…

La sangre se mezcla con las piedras del suelo. Al girarse, Celeste contempla la grandeza de aquel territorio en el que el mar choca contra un desierto en apariencia baldío, donde apenas unos matojos y la hierba reseca asoman entre las grietas de un suelo castigado por la sequía. Un torbellino de belleza mareante y difícil de comprender. La luz empieza a decaer, el sol a ocultarse y el cadáver de Johann no sería dentro de poco más que un bulto oscuro en el suelo, destinado a servir de alimento a los animales.

Después, todo sucede con una extraordinaria rapidez. Mientras Celeste arroja el cadáver al agua, junto con la pistola, todavía flota en el aire la nube de polvo causada por el frenazo de su camioneta sobre el ripio…

Celeste volvería a ver a Raimond días más tarde para decirle que hizo bien en poner en sus manos la resolución de un asunto tan delicado; también, para cobrar la segunda parte del precio del encargo, y contarle cómo sucedió todo, sin perderse ni un solo detalle de su cara, cuando le habló de unas aguas oscuras, turbulentas y burbujeantes, que van a morir a una playa larga y solitaria, y de unos restos humanos devorados por cetáceos hambrientos, y le contó que armadillos y lagartos enormes como iguanas, de colores prodigiosos, caminaban con parsimonia ajenos a todo lo ocurrido **[12]** mientras ella permanecía sentada sobre la arena.

> Estoy orgullosa, lo que has escrito es magnífico. Nunca antes había leído nada igual. No queda duda: el asesino merecía la muerte y tras su desaparición el mundo mejora. Solo queda un panorama radiante.

Eso fue lo que Celeste me respondió varios días después en un

escueto correo, pero al que siguió otro mucho más largo.

6

Para premiarte, te contaré lo prometido acerca del apacible lugar en el que vivía, de quienes tenían sus casas alrededor de la mía y, sobre todo, de la encantadora señora Waters. Lee lo que te cuento con atención. A primera vista parece carecer de importancia, pero te aseguro que la tiene. Encontrarás una carta pegada con cinta adhesiva en el mismo sitio en el que nos encontramos aquel día soleado en el paseo marítimo de Penzance, en Cornualles. Esto es una confidencia, solo tú sabes que conservo una foto de aquella papelera entre mis recuerdos más preciados. Para la gente será solo un cubo metálico lleno de basura, pero para mí guarda todo el significado de ser el lugar en el que te vi por primera vez.

Para cuando lo recojas, yo estaré de vuelta en Estados Unidos. Inglaterra termina por aburrirme y, además, después de contarte lo de mi vecindario, necesitaba volver a trasladarme. Sé que no me traicionarías nunca, pero no puedo desprenderme con facilidad de mis sistemas de seguridad. Confío en que lo entenderás.

Tras dejar la Patagonia, volví a mi casa de Londres, así que al día siguiente tomé el tren y volví al paseo marítimo en el que se había producido mi único encuentro con Celeste, al menos hasta entonces. Esperé hasta que llegó un momento tranquilo para que los paseantes y curiosos no encontraran sospechoso que me agachara para buscar algo bajo la papelera.

Metí el sobre dentro del abrigo y me dirigí a un café cercano para leerlo.

Antes no pude decírtelo —comenzaba la carta—, pero ahora que ya me he mudado, quiero que conozcas ese vecindario, del que ya te he hablado en varias ocasiones, se encuentra en Oswego Lake, una pequeña población a las afueras de Portland, en el estado de Oregón.

Al principio la señora Waters desconfiaba de mí, al igual que el

resto de mis vecinos, creo que eso ya te lo he contado. Seguramente me miraba con cautela solo por ser una chica solitaria que leía poesía, cuidaba de una gran familia de gatos vagabundos y parecía distante o pensativa. Pero a partir del momento en el que me aceptaron, el vecindario se convirtió en una especie de paraíso, y ya sabes que no hay nada peor para el que sufre que ver la felicidad reflejada en las caras de los demás.

La normalidad angustiosa de flores ordenadas y perros lustrosos junto a los jardines me recordaba a la perfección de un decorado siniestro.

«Me alegro de estar otra vez en casa», les decía al volver de un trabajo. Y todos me sonreían contentos de verme. Después, ella misma pasó a adoptarme como quien se ha resignado a tener una especie de hija rara y sin arreglo. Y a partir de entonces, con sus ochenta bien cumplidos, se empeñó —y admitiré que a veces se ponía un poco pesada— en buscarme pareja. Cuando yo le respondía: «¿Pero qué me dice, señora Waters? ¿A quién le va a dar usted consejos si lleva medio siglo viviendo sola?», entonces me replicaba con una sonrisa pícara y me contaba historias de su juventud y de todos los tipos que, por lo visto, habían tenido algo que ver con ella, supongo que cuando volvieron de Europa los soldados de la Segunda Guerra Mundial… A mí aquello me sonaba a fantasías, pero me hacía gracia y la dejaba seguir.

Para que puedas hacerte una idea de su aspecto, la señora Waters me recordaba a Agatha Christie en una de sus fotografías más conocidas, esa en la que aparece con el pelo blanco y mirando a la cámara mientras apoya la barbilla sobre su mano izquierda. Aunque, pensándolo bien, la reina del misterio sería entonces mucho más joven de lo que era mi vecina.

Yo siempre me dirigía a ella por su apellido a pesar de que me pedía que utilizara su nombre de pila: Margarett.

Meses más tarde, al ver las largas temporadas que yo pasaba ausente, también empezó a gastarme bromas, sospechando que yo escondía alguna razón más poderosa que visitar a mi madre. Era una mujer alegre, cariñosa y divertida que nunca, más allá de esas pequeñas bromas, quiso meterse en mi vida ni darme consejos. Tampoco, y esto a veces me pareció sorprendente, pareció preguntarse nunca de dónde sacaba yo el dinero suficiente para pagar una casa en un buen vecindario como el nuestro sin tener un trabajo conocido. Ignoraba la señora Waters que las cajas de

seguridad de los sótanos de varios bancos contenían una gran cantidad de billetes verdes que me pertenecían.

El día que se me ocurrió, la primera vez que lo pensé, creí que me estaba volviendo loca, pero más tarde me di cuenta de que se trataba de una práctica, un entrenamiento difícil de solventar y que pondría a prueba mi destreza. Además, había pensado matarla en las mismas narices de la policía. Cuando lo hice, también estrangulé con mis propias manos al pobre Doctor Matthew, un simpático cocker que de vez en cuando se metía con mis gatos y les molestaba. Esa era la única queja.

Me lo tomé con paciencia, y como la visitaba casi todos los días con cualquier excusa, comencé por hacerle ese juego tan refinado que todos conocen como luz de gas. Al principio, nada más ver que ella había cerrado la puerta, yo la abría de par en par para que el Doctor Matthew pudiera fugarse y después pudiera echarle en cara su descuido. En otras ocasiones, iba tras sus pasos encendiendo las luces que ella apagaba hasta que la casa entera quedaba iluminada. Otras, tiraba a la basura la comida que ella justo había comprado y le daba cambiazos colocando en su lugar otra a punto de pudrirse.

—Estoy muy preocupada. Esta mañana he ido a la compra y, sin embargo, tengo el frigorífico lleno de comida caducada…

—No, señora Waters, hace una semana que no compra nada. ¿Lo ha olvidado? Hace mucho que no sale de esta casa… Ayer mismo le dije que debería tomar el aire y dar un paseo…

Y yo sabía que ella había llevado aquellos alimentos esa misma tarde. Después, dando un paso más, buscando un cierto perfeccionismo y adornar mi trabajo con detalles refinados, cada vez que me encontraba lejos de casa, por la noche, empleaba tiempo en localizar una cabina y llamarla, para cerciorarme de que no pudiera dormir y pasara media noche en tensión, dando vueltas en la cama y a la espera del siguiente sonido del teléfono.

Yo permanecía en silencio, echando monedas de vez en cuando en la ranura para que no se cortara —hemos olvidado, Norman, qué incómodo era todo antes de que existieran los móviles—, mientras ella repetía, cada vez más nerviosa:

—¿Quién llama? ¿Quién llama? Por favor, dígame algo.

Y por toda respuesta yo respiraba con fuerza sobre el auricular para que ella pudiera oírlo, aunque a veces estaba a punto de que me saltara la risa, tengo que reconocerlo.

Luego, cuando volvía a casa días más tarde, recogía los frutos de

mi trabajo al verla desquiciada y, a veces, aunque no te lo creas, se me ablandaba el corazón al oírla decir que esas llamadas en mitad de la noche eran lo que más la aterrorizaba, más aún que el estar perdiendo la cabeza como ella creía.

Si hubiera seguido por ese camino y aumentado poco a poco la presión, podría haber conseguido que ella misma —hay que pensar que para entonces la señora Waters ya se encontraba en un estado de gran nerviosismo— terminara por causarse alguna lesión. Pero eso no me interesaba ni me hacía falta. Lo que yo necesitaba era que me permitiera perfeccionar mi técnica, encontrar una nueva forma de actuar para abandonar la monotonía y despedirme así de mi viejo mundo.

Reconoceré, Norman, que fue magnífico asistir al espectáculo de su debacle, ver cómo su buena planta de anciana bien conservada se derrumbaba en cosa de meses. A mí, mientras tanto, no me quedaba otra obligación que no fuera la de pensar qué nuevas faenas hacerle.

Pero esto no podía durar mucho. Podía ser divertido como una especie de juego, pero en realidad a mí apenas me valía de nada como entrenamiento. Primero, estudié con detalle qué es lo que buscan los bomberos cuando investigan la causa de un incendio. Descarté el fuego al darme cuenta de que es muy complicado engañarles, porque lo analizan prácticamente todo. Supongo que mucho más todavía si encuentran el cadáver calcinado de una abuela.

Pero bueno, querido Norman, me estoy yendo por las ramas. Antes de que yo pensara en quemar su casa, la señora Waters estaba ya tan preocupada con todo lo que sucedía que llamó a la policía y, cuando llegaron, me pidió que la acompañara.

Yo no quité importancia a su declaración, hablando solo de pequeños despistes, de cosas sin importancia que puede que ella agrandara más de la cuenta. No, por el contrario, les repetí cientos de veces que los descuidos de la anciana eran reales, así como las llamadas en mitad de la noche. Aunque no sé si a esto último le dieron mucho crédito.

—Les aseguro —les dije muy seria— que cada vez vengo a esta casa más a menudo para comprobar que todo esté en orden. A veces paso grandes ratos llamando al timbre preocupada.

Y ellos asentían al tiempo que tomaban notas en sus libretas. Me gustó mucho que aquellos hombres desde el principio la trataran

con respeto, aunque pensaran, sin decirlo, que solo era una vieja loca. Una más en el barrio.

A la buena señora le gustaba darse largos baños y pasaba horas sumergida hasta el cuello en una bañera a la que accedía a través de una complicada red de apoyos y pasamanos, a la que un operario añadía algún elemento nuevo cada vez que ella cumplía años. Y no lo hacía en silencio, sino que aprovechaba el tiempo para escuchar a Mozart y a Mahler. El volumen de la música hacía llegar a todo el barrio la noticia de que la buena señora estaba tomando un baño.

La noche anterior, cuando estaba segura de que iba a matarla, soñé con ella. Mientras desayunaba por la mañana, quise interpretar si aquello significaba algo, pero finalmente lo olvidé. Primero terminé el café y, acto seguido, con su vida. Tal y como te lo cuento a continuación.

Mucho tiempo atrás, cuando empecé a pensar en esto como en un reto, le robé unas llaves a la señora Waters que ella nunca echó en falta, así que, con cuidado de que nadie me viera, entré y subí al cuarto de baño nada más empezar a oír la música.

Ella, más sorprendida que asustada al ver que la puerta se abría, dijo:

—Ah, menos mal que eras tú. ¿Cómo has entrado?

No dije nada y, muy seria y mirándola a los ojos, que parecía que iban a escapársele de las órbitas, le metí un trapo en la boca y la amordacé con cinta americana hasta que no pudiera decir nada ni gritar.

Amadeus se encargaría del resto.

—¿Qué es lo que escuchas, Margarett? ¿El Réquiem? —le pregunté, concediéndole el capricho de llamarla por su nombre—. ¿No te parece demasiado fúnebre? —Mientras, ella me miraba con ojos de terror.

Después, en un par de gestos rápidos, le até las manos y, al ver cómo empezaba a agitarse y a mover los pies, le puse la mano en la cabeza y se la mantuve un tiempo debajo del agua para que se calmara. De su cocina había llevado conmigo un cuchillo afilado, así que, tomando sus manos atadas y metiendo la punta entre ellas, le hice un buen corte a la altura de las muñecas, y luego subí por el antebrazo para poder alcanzar una buena cantidad de venas y que aquello no tuviera fácil arreglo.

Su cara de miedo, al ver que la sangre empezaba a correr, era

ahora de espanto.

—Lo siento, pero nadie puede hacer ya nada por ti. Y te preguntarás, Margarett, cuál ha sido tu culpa para tener que sufrir tanto ahora y morir desangrada. Te lo voy a decir porque es gracioso. Ninguna, Margarett, absolutamente ninguna. Siempre te comportaste como una vecina ideal…, bueno, puede que a veces un poco preguntona, pero tú lo has hecho todo bien. Debería darte las gracias, tengo buena memoria y sé todo lo que has hecho por mí. La muerte te llega solo como una demostración de que la vida no es justa. A menudo, padece más quien menos lo merece…

A esas alturas, empezó a gemir a través de la mordaza mientras su cuerpo se iba ocultando por el rojo de la sangre que teñía el agua.

—Puede que no lo comprendas, pero necesitaba entrenarme, buscar un método nuevo para matar, superarme, experimentar, y eso es una tarea difícil para la que me has resultado de gran ayuda. Hoy sí que te has comportado como una buena amiga.

Parecía que Margarett se estaba quedando dormida y sin fuerzas para nada, así que, con cuidado, corté las cintas que le sujetaban las muñecas, le quité la mordaza de la boca, rodeé la bañera y puse el cuchillo en el suelo cuidadosamente, de tal forma que quedara a su lado, como si se le hubiera caído de la mano derecha después de seccionarse la carne de los brazos.

No había dejado ni una sola marca, nadie vería señales ni sospecharía nada. Al soltar su cuerpo, se sumergió con un leve balanceo y su cabeza, con los ojos hundidos y unas grandes bolsas que se le habían ido formando bajo ellos, quedó bajo el agua, completamente teñida para entonces por el color de la sangre.

Después, cuando con mis propias manos la ayudé a sumergirse totalmente, pude entrever su cuerpo enclenque, ligero y flaco, lleno de arrugas. Pellejos colgando por todos lados sin nada dentro. Sentí algo de asco.

Durante unos instantes, reaccionó e intentó agarrarse al borde de la bañera, pero Margarett estaba ya casi ahogada y sus manos resbalaron hasta quedar también bajo el agua. Eran enormes como zarpas, todo el mundo se fijaba en ellas porque no guardaban ninguna proporción con su figura menuda. Además, últimamente temblaban de vez en cuando, como si quisieran agitar las venas gruesas y violáceas que las surcaban y de las que yo había logrado hacer brotar tanta sangre.

Recordé entonces las veces que Margarett disfrutaba contándome sus proezas sexuales de cuando era joven y, por un momento, algunas imágenes acudieron a mi cabeza y estuve a punto de vomitar.

Tiré al suelo la ropa pasada de moda de Margarett y arrastré la silla para poder sentarme a observar su agonía, pero, para mi sorpresa, no fui capaz. No pude, así que para distraerme, mientras ella terminaba sus días, me entretuve paseando por la casa, mirando sus libros, sus fotos y los recuerdos de toda una vida que conservaba repartidos por estantes, pequeñas mesas y aparadores.

Más que por la pérdida de sangre, creo que finalmente murió ahogada en su propia bañera, lo que no deja de ser irónico para alguien apellidado Waters. Dejé unas monedas junto a su vestimenta anticuada, como si se le hubieran caído de algún bolsillo mientras se desnudaba. Eso sería lo que pensarían todos, pero en realidad eran para que Margarett pudiera pagar al barquero, no fuera que, por no tener a mano un par de dólares, Caronte la dejara a este lado de la laguna.

Esperé a que todo quedara en silencio, cerré cuidadosamente la puerta de la calle por dentro y salí ya a oscuras por una ventana que estaba estropeada y nunca cerraba bien. En todo momento me había comportado como si representara el papel de una sádica que sabe lo que hace y saborea el placer de hacerlo. A menudo, la pura realidad no es suficiente para lo que debe contarse y entonces aparece lo teatral. Dos días más tarde llegaron policías en tropel y tiraron la puerta abajo. Esperé un rato hasta que supuse que la escena había alcanzado su punto culminante y me dejé caer por allí.

Tuvo que ser un placer asistir a esta segunda parte de mi representación. Entre lágrimas, discutí con todos los agentes simulando que perdía los nervios y acusándoles de vagos, de inútiles parásitos, y gritando para que todos me oyeran:

—No me lo creo, es mentira, no es posible que la señora Waters se haya suicidado. En este país los héroes han sido sustituidos por ladrones, por asesinos, y vosotros no hacéis nada…

Tal vez me excedí cuando mi actuación devino trágica. Sobre todo cuando minutos más tarde no me conformé con chillar y empecé a romper cosas, dar patadas a los muebles y a todo lo que tenía a mano, hasta que dos agentes uniformados me sacaron en volandas a la calle amenazándome con detenerme si no me

calmaba.

En el mismo lugar en el que me dejaron, me derrumbé y, desde el suelo, asistí a otro magnífico espectáculo, el de mis otras vecinas que vinieron a consolarme al tiempo que acusaban de brutalidad a los agentes, también a grito pelado.

Cuando reuní las fuerzas para volver a ponerme en pie, me quedé deambulando por las calles como ausente, llorando y pronunciando de tanto en tanto el nombre de Margarett a voz en grito.

Me aseguré de que todos en el vecindario pudieran oírme, mientras intentaban descubrir por qué una anciana afable y tranquila como la señora Waters se había quitado la vida.

Pasé mucho tiempo consternada por la pena y por los remordimientos. No pude dormir durante días. Cada vez que cerraba los ojos aparecía ante mí el rostro de la anciana, pálido, con unas grandes ojeras. Yo no era capaz de domar un instinto salvaje que me llevaba a seguir matando. Si era capaz de esto, era capaz de todo, y me asqueaba pensar en mí misma como en una sádica asesina de viejas, por mucho que lo hiciera con la excusa de entrenarme.

Esa fue la primera vez que pensé en dejarlo y también por entonces empecé a darle vueltas a la idea de que necesitaba un amigo con el que poder comentar estas cosas. Y creí haberlo encontrado en ti.

En esta ocasión no se trataba tanto de regalarte una historia como de pedirte ayuda. Piensa en un desierto durante una tormenta de arena, una jungla en medio de un ciclón, o mejor, un mar abierto y encrespado. Una visión potente que te deja aturdido, un territorio salvaje que te produce una sensación compleja, difícil de describir, haciéndote preguntas, sintiéndote un ser minúsculo, sobrecogido, insignificante pero, sobre todo, muy solo.

Así estoy yo. Tienes que pensar en la figura de un náufrago para comprender qué necesito. Te preguntarás qué busco… Solo las palabras de consuelo que nacen de una voz amiga. Ayúdame. Necesito que me des tu palabra de que estamos juntos en esto.

Decidí responderle con un email, un medio que siempre me dejaba intranquilo, porque raras veces llegaba a saber si Celeste los leía o no. Pero en esta ocasión no podía esperar a que ella me facilitara otra forma de contacto. Tal como la había encontrado,

confusa y cuestionándolo todo, urgía que me pusiera de su lado para tranquilizarla y que todo siguiera igual. Estábamos aproximándonos al final y yo no podía permitir que una historia tan buena se estropease.

La cuestión moral que se planteaba era admirable, pero yo necesitaba que ella siguiera matando. Tenía que animarla a seguir, cuantos más crímenes, mejor sería mi libro y esa fue la primera vez —y la única— en la que pensé que incluso podría tender una trampa a Celeste para que la atrapara la policía y conseguir así un final inmejorable. La verdad es que no sabía qué decirle. ¿Sigue tu camino, no malgastes tu tiempo? ¿O, simplemente, te admiro?

> No lo dejes, no renuncies a tu forma de vida, porque no serás nada sin ella. Dudo que ahora, después de tanto tiempo, fueras capaz de acostumbrarte a trabajar como el resto de la gente. ¿O es que de pronto te ves todo el día en una casa, corriendo detrás de unos niños, cambiando pañales y remendando la ropa?
>
> Lo peor es una vida desaprovechada, hazme caso. Y tampoco te tortures con la muerte de tu vecina, solo buscabas perfeccionarte, dar un paso más y encontrar nuevos caminos.

Como respuesta, recibí un nuevo y enigmático correo de Celeste en el que parecía no haber leído el mío; o tal vez sí lo hizo pero prefirió ignorarlo.

FÉLIX DZERZHINSKI **[13]**

> Ya sé que te sorprenderá el título, aunque seguramente tú conocerás a esta figura de la historia de Rusia. Fue un comunista revolucionario soviético y el fundador de la Policía Secreta Bolchevique. Comprometido con la lucha revolucionaria, estuvo deportado en Nolinsk, en Siberia, en 1898, y fue detenido en tantas ocasiones que de los veinte años que van de 1897 a 1917 había pasado once entre la cárcel y el exilio, lo que acabó por deteriorar su salud.
>
> Dicen que se distinguía por su dureza para soportar penalidades, también por su dedicación y sacrificio, por su carácter y porque nunca tuvo misericordia con nadie.
>
> Sus biógrafos lo describen como reservado, puritano y austero.

Un hombre alto, delgado y un poco encorvado. A menudo vestido de uniforme, era temido por la población y por muchos de los dirigentes bolcheviques.

Convencido de lo justo de su causa y dedicado a ella, era implacable con sus enemigos. Ya sabes, para unos pasará a la historia como un luchador por la justicia y para otros como un carnicero siempre ávido de sangre con la excusa del deber.

Si en lugar de un comunista, hubiera sido un héroe de la guerra civil norteamericana, o de Corea, aunque llevara las mismas muertes a su espalda, tendría una estatua frente al Congreso.

Pero esto no es lo que me interesa de él. La causa de que te escriba, querido Norman, es que, según cuentan algunos historiadores, dejó escrita una carta, parece ser que al propio Stalin, en la que decía: «He derramado tanta sangre que ya no tengo derecho a seguir viviendo».

Y eso es lo que me ha pasado a mí. He puesto fin a tantas vidas que a veces me pregunto si tengo derecho a la mía, y si no debería volver el cañón de mi arma hacia mi boca y apretar el gatillo.

Terminar de una vez con todo. Morir. Descansar. Dejar de preguntar a las calaveras esperando alguna respuesta…

El paso del tiempo no vuelve bueno lo que no lo era. Las cosas no se arreglan solas y los sueños de ser otra persona son arriesgados.

Noté a Celeste lejana y me pregunté las verdaderas razones de su distanciamiento y su desánimo. ¿Tendría dudas acerca de nuestra relación o eran solo cosas de mi imaginación?

Esperé unos días y volví a enviarle un correo con el único propósito de seguir con el engaño. Puede que fuera en ese punto donde me equivocara y no supiera valorar el riesgo. Por primera vez escribí sobre un lugar sin haber estado en él, guiándome por lo que ella me había dicho y por Google Maps…

Haré lo de siempre, Celeste, lo único que sé: investigar y escribir. Así que me pondré manos a la obra, visitaré el lugar en el que a la señora Waters le llegó el final. Hablaré con unos y con otros tratando de comprender e interpretar qué pasó y después, si es que puedo, te devolveré la fe en ti misma y algo de la esperanza perdida.

Siempre tendré unas palabras que te sirvan de aliento, me

ocuparé de ti.

7

Pero no fui allí. Y no porque no quisiera, sino porque no pude y me faltaba el tiempo. Mi editora me estaba metiendo prisa y yo quería entregarle al menos la mitad de mi original antes del verano.

A Celeste le conté con todo detalle mis paseos por un hermoso lugar entre un lago y un río, los dos llamados Villemette, entre las casitas al sur de Oswego Creek donde ella me había dicho que vivió. Y, ya puesto, le hablé de Oak Street, medio carretera y medio calle, en parte bosque y en parte jardín, todo verde y poblado de árboles gigantescos, de familias felices y de niños que van de un lado a otro montados en sus bicicletas.

Después, describí con detalle cómo llamé a una de las puertas, fingiendo llevar una carta certificada a nombre de la señora Waters, y cómo la mujer que me abrió empezó a llorar mientras me decía que la pobre había muerto, pero que hasta última hora —y aunque fuera a duras penas— aún paseaba al Doctor Matthew por las calles mientras saludaba a todo el vecindario.

Era mentira y Celeste, a esas alturas, ya no se lo creía. En realidad, yo solo había inventado una historia para poder contársela. Algo que sabía hacer muy bien. Pero otra vez pareció no haber leído nada de lo que le mandé. Cuando volvió a escribir, fingió estar igual de desanimada.

«En el Atlas», ese era el título del siguiente correo que recibí, y, según decía Celeste, aunque con ella nunca se podía estar seguro del todo, estaba escrito desde Marrakech.

> Cada día me siento en la plaza. La terraza del Café de France es una buena atalaya y desde allí miro y espero paciente. Como tantas otras veces, retorna a mi cabeza la vieja idea de la caza al acecho.
>
> Prometí hablarte de Omar y ahora voy a hacerlo. El bueno de Omar, que ha sido tan importante en mi vida, aún no sabe que le estoy buscando y, desde luego, ignora por completo mis

intenciones. Da igual, le quedan solo un par de días sobre la Tierra pero no tardará mucho en aparecer buscando el cobijo de la sombra por cualquier esquina. Omar odia esta plaza que todo el mundo dice conocer, pero no puede evitar cruzarla de vez en cuando. Conozco sus rutas de memoria.

Te cuento esto, Norman, porque, aunque te sorprenda y no me creas, voy a retirarme, a buscar un nuevo comienzo, y odio depender de alguien que conserva materiales delicados que recuerdan mis trabajos y me ponen en riesgo.

Hace ya muchos años que los falsificadores a los que recurría en Chile y en Estados Unidos me perdieron la pista. Ahora para todo lo que necesito me las arreglo con Omar, que seguro que es otro nombre falso, y él me suministra todo lo que le pido desde Marruecos, donde vive, puede que también ocultándose de algo o de alguien. Durante años ha hecho mis tarjetas de crédito, mis permisos de conducir y mis pasaportes, y ha manejado con destreza una compleja red en la que se entrecruzan distintas identidades que cambian constantemente, con fotos, nombres diferentes y números de la Seguridad Social de varios países que hacen que sea imposible identificarme.

Salvo para él, que seguro que guarda copia de todo. Y eso me preocupa. Mi último trabajo será liquidarlo. Una vez lo haya hecho, no quedará ni una sola huella de mí. Es el único que en este momento conoce mi cara, o mis caras. Mi nombre, o mis nombres.

Te invito, Norman, a compartir conmigo las últimas horas de este hombre. Con él, con su muerte, podrás dar vida a uno de los últimos capítulos de tu libro.

Veo a paseantes ociosos que se mueven con desgana y por costumbre entre los puestos de zumos y comida, o caravanas de turistas saliendo desorientados del zoco sin haber entendido nada. No creo ni que supieran señalar dónde se encuentran sobre un mapa de África, pero ahora buscan ansiosos un lugar que les resguarde del sol que castiga implacable la Jemaa el-Fna.

Si les preguntara, me dirían que vienen de lejos, o que han llegado hasta aquí cruzando el mundo, como si eso fuera un mérito, sin entender que a mí las distancias no me importan y que me siento igual aquí que en cualquier otra parte.

De tanto en tanto, alzo mi vista. El derroche de luz brillante que todo lo calcina, el cielo azul y el ocre de las fachadas y las murallas

me hacen recordar aquel día en el que, entre olivos y limoneros, con el mar como un telón de fondo de cobalto, caminé hasta la tumba de Robert Graves.

Cuando me levanto del café es casi mediodía y la luz del sol en lo alto se apodera de todo. Mi sombra, que se proyecta achatada en el suelo, hace que me sienta sola. Pequeñas lagartijas trepan por las paredes. Me consuelo pensando que a mis espaldas las viejas calles serpenteantes se mantienen sombrías y aún pueden verse las paredes oscurecidas por el tiempo, y oír el zumbido de las moscas, que acuden atraídas por las salpicaduras de la sangre de los corderos que allí fueron degollados. Cuando al fin llegue el atardecer, por encima de todas estas cabezas volarán miles de vencejos, y también golondrinas cazando mosquitos mientras lucen sus panzas blancas.

Omar es cauteloso y tiene talento. Es un genio vanidoso pero le falta voluntad y espíritu de trabajo, que compensa con un aire indeterminado de fragilidad que haría dudar a cualquiera de que este tipo, pálido y gordo, al que por el calor no le caben los pies en las sandalias, es un suministrador esencial de varias redes criminales.

Cuando por fin aparece y me ve, le cuesta salir de su sorpresa. Nos sentamos frente a frente, pero está asustado. La cita le parece demasiado arriesgada y eso le pone nervioso, eso dice, pero ha sentido miedo nada más verme. Aun así, espera intrigado, aparentando calma, a lo que tenga que contarle.

Interpreta mi visita como algo que ha hecho mal y va a pagar caro. Tal vez haya hablado demasiado, se haya ido de la lengua, y piense que voy a castigarle… Me mira fijamente y desconfía cuando le aseguro que no pasa nada.

A Omar le quedan minutos sobre la Tierra, pero aún ignora que a sus pies se extiende el abismo de la muerte y que el fin de su vida no tiene que ver con que haya fallado, sino con un tiempo que termina.

—Lo que no he hecho no podré hacerlo ya —me dice desanimado y casi con un tono de disculpa, al tiempo que deja que su taza choque contra la mesa.

—Eso es cobardía o derrotismo —aunque sé que él, al igual que yo, está enfermo, deprimido. Tal vez, si supiera el poco tiempo de vida que le queda, pondría más cuidado en aprovecharlo y también en las palabras que pronuncia. Por suerte para él, su sufrimiento no

va a durar mucho.

Unos días antes crucé los controles del aeropuerto de Menara con mi peluca pelirroja y unas lentillas de ojos claros, haciéndome pasar por una ciudadana estadounidense que venía de Ámsterdam. Puse en manos del policía mi pasaporte a nombre de Doris Smith que con tanto cuidado elaboró en su día el propio Omar y que nada más abandonar el taxi guardé para volver al pelo negro que ahora oculto bajo una gorra de Los Angeles Lakers.

Pido a Omar que vayamos a su casa. Está desmotivado, triste. Mientras hablamos mira sin interés los libros y las revistas apilados sobre la mesa. De vez en cuando pasa los dedos por alguna de las portadas como si recordara algo, en un gesto en el que renuncia, sin saberlo, a cualquier esperanza. Me enseña mis fotos y todo lo que tiene archivado por si lo necesita para otros trabajos —lo recalca, pero no parece querer que ese detalle le sirva como excusa—. En ese momento creo verle venciendo su inicial cansancio o indiferencia y animarse ante la perspectiva de un nuevo trabajo.

Va al baño, puede que para tomar o esnifar algo porque, al volver, se muestra mucho más recuperado y dispuesto a dar lo mejor de sí mismo. Lo que tiene es una gran necesidad de ganar dinero, lo confiesa, y me pide un adelanto… Antes de responderle, miro a todos lados buscando algo…

—¿Dónde está mi bolso? —pregunto. Lo localizo y, mientras lo abro y meto en él mis manos, le digo—: Desde luego. —Y pongo sobre la mesa dos grandes fajos de billetes—. ¿Te parece que a mí me preocupa un poco de dinero? ¿Euros? ¿Dólares? ¿Qué prefieres?

Durante esas horas todo es cierto y al mismo tiempo falso. Él necesita mi encargo y yo hablo como si dijera la verdad, pero para entonces ya solo veo a Omar como un cuerpo muerto, una masa de carne, pelo y grasa tirada en el suelo, inmóvil, y con la boca y los ojos abiertos.

Como si quisiera ofrecerme una explicación que no le había pedido, me muestra un USB, lo introduce en su portátil y me enseña su contenido.

—Aquí está archivado todo el trabajo que he hecho para ti. A buen recaudo, sin una sola copia…

Le doy las gracias con una palmada en la rodilla, pero yo ya he tomado la decisión de quitarle de en medio. Después, en su terraza tomamos café y disfrutamos del atardecer, su último atardecer. Mientras tanto, le voy explicando muy despacio que necesito

encargarle unos nuevos documentos. Unos muy especiales, aunque sin darle detalles y contándole todo tranquilamente y muy despacio, ganando tiempo a la espera de que haga efecto el veneno que yo llevaba en la punta preparada de un anillo y con la que le he herido en una mano mientras él me servía.

La brecha causada por el diminuto pincho apenas se ve. Me he disculpado miles de veces, mientras el pobre Omar las aceptaba o me repetía que no tenía la menor importancia.

Espero paciente hasta que le veo palidecer al principio y hacer después gestos extraños, porque lo primero en paralizarse son los músculos faciales. Más tarde, todo su organismo se va poco a poco viendo afectado y apenas puede respirar. Al principio, me mira aterrorizado, hace amago de entregarme su móvil con la esperanza de que yo avise a alguien que pueda auxiliarle, pero yo espero impasible hasta que el teléfono se le cae al suelo y entonces, delante de sus narices, lo mando de una patada hasta donde le sea imposible alcanzarlo.

—Comprendo tu sorpresa, Omar, y las preguntas que sin duda te estás haciendo. La respuesta se llama veneno, y te quedan segundos de vida —le digo al tiempo que me apodero del USB que me había mostrado y lo dejo caer en mi bolso.

Me gusta que el pobre tipo perciba mi mirada insensible. Ahora es cuando Omar se da cuenta de lo que está sucediendo y me mira con odio, aunque no creo que sus ojos sean capaces de distinguir más que una figura borrosa. Hace algunos gestos, agita los brazos desesperado, hasta que se derrumba desde el sillón bajo en el que estaba sentado y queda tumbado en el suelo.

Toda la angustia ha desaparecido de su rostro y parece profundamente dormido, aunque resulta extraño que alguien descanse sobre el suelo, con medio cuerpo dentro de la casa, y el otro medio en el pavimento de la terraza.

Aprovecho el tiempo para guardar en una bolsa todo lo que hay en sus archivos que pueda comprometerme, cambiarme de peluca y verificar que tengo a mano mi pasaporte de Doris. Seguramente Omar, o como se llame, no merecía este final, pero odio arriesgarme por guardar objetos que me recuerden tiempos pasados o encargos anteriores. Una de las cosas más tristes que tiene mi trabajo es que nunca puedes dejar ningún testigo vivo. Por más que te caigan bien.

Tengo la suerte de que pasarán días hasta que echen en falta al

bueno de Omar. Y nadie va a investigar aquello como si se tratara de la escena de un crimen. Para entonces yo ya estaré lejos. A la gendarmería marroquí le interesará más —y sobre todo le dará suficientes quebraderos de cabeza—, desenredar la maraña de nombres y nacionalidades del fallecido que ponerse a pensar en la causa de su muerte, que tendrá todas las características de un infarto.

Como seguro ya sabrás, querido Norman, el término *curare* describe toda una serie de venenos de origen vegetal con los que los pueblos amazónicos impregnaban puntas de flecha o de dardos que lanzaban diestramente con sus cerbatanas.

Estas sustancias naturales causaban una parálisis progresiva que terminaba por ser mortal cuando alcanzaba a las funciones respiratorias, es decir, tiene un efecto paralizante que causa la muerte al alcanzar el torrente sanguíneo. Creo que ya te he contado en alguna otra ocasión mi interés por el mundo de los venenos…

Recuerdo aquella aurora, después de poner fin a la vida de Omar, acostada en su propia cama y con su cuerpo rígido tirado sobre los azulejos de la azotea tal como había caído. Oía al muecín llamando a los fieles a la oración y anunciando la llegada de un nuevo día.

No me preguntes por qué lo hice, tal vez por mantener la personalidad de mi propio estilo o por regalarte una historia más para que puedas escribir, diferente, original, con crímenes sangrientos entre alfombras y minaretes, en una ciudad antigua, misteriosa, llena de pasadizos y laberintos silenciosos. De plazoletas recónditas donde antes eran vendidos los esclavos.

Antes de irme, por precaución, eché una última mirada a su escritorio. Estaba tan a la vista que casi se me escapó. En una foto, el falsificador aparecía con otro tipo. Estaban serios pero sus miradas denotaban que se entendían, que eran cómplices o amigos. Nunca me había hablado de él. Omar también tenía sus secretos, y yo ahora me encontraba de pronto con la existencia de un hombre que también sabía más de lo que debía y al que, por lo tanto, tendría que eliminar. El tipo se llamaba Karim, lo ponía en el reverso. Tardé varias semanas en encontrarlo, pero todo esto no te lo pienso contar hasta que decida despedirme definitivamente de ti. Tendrás que esperar.

También he empezado a tener la sospecha de que alguien me sigue.

8

Contesté al correo de Celeste con otro, cada vez más desconcertado por la noticia de que ella no olvidara, a pesar de mis consejos, su idea de abandonar, de retirarse. Me subí a un avión con rumbo a Marrakech, de donde ella ya habría partido hacia alguno de sus refugios. Yo ya sabía que allí no conseguiría nada. Sin ninguna influencia, la policía no me daría ni un solo dato, y hasta puede que me considerasen extraño o de comportamiento sospechoso. Celeste tenía que saber que iba tras sus pasos y me seguía preocupando por ella…

Te escribo desde un patio lleno de flores, todas las ventanas se asoman a él y en el centro hay un pequeño surtidor al que se llega pisando baldosas de llamativos colores geométricos. Es un lugar de paz, apartado, aunque muy cerca de donde la ciudad se agita y hierve aprisionada, o protegida, entre sus murallas rojizas.

Desde la primera vez que vine aquí, ha crecido. Aún quedan palmerales, pero lindando con los muros se extiende la ciudad nueva, con algunas avenidas que bien podrían ser de cualquier parte. Ahora parece más un hermoso velero que navega a duras penas y que, sin poder con todos los que tiene que albergar, acaba por encallar en la arena.

Sigo tus pasos, Celeste, paseo por la Jemaa el-Fna, viva y desquiciada, con olor a naranjas y humo de carne asada, con antiguos aguadores de gorros imposibles, contadores de cuentos recién salidos de la Edad Media y tipos extraños con serpientes enroscadas entre los hombros y el cuello que quieren cobrarte por una foto con sus animales viscosos de ojos amarillos.

Al fondo se levanta la Cotubia. Sigo tus pasos, pero también los míos, vuelvo a las montañas. Recuerdo el Plateau de Tarkedit, un lugar entonces vacío a los pies del monte Mgoum. Amplio, llano, tan verde en medio de un desierto que hace pensar en el jade. Una

gran planicie rodeada por paredones de roca viva, siempre a punto de desmoronarse como si fuera uno de esos palacios viejos y hermosos, con sus fachadas adornadas por desconchones, tachonadas aquí y allá por matorrales escuálidos, capaces de enraizar en cualquier sitio y que dan algo de color a la muralla.

Una vez, hace muchos años, también estuve aquí acampado y pasé horas conversando con un amigo que aún conservo. Hablábamos en voz baja, como si hubiera un cartel que ordenara guardar silencio o no quisiéramos perturbar la paz de las montañas.

Las horas parecían eternas y el futuro —la vida entera— largo y lleno de sorpresas. Nos movíamos con parsimonia, tomándonos en serio aprovechar el momento. Aún no había pasado nada y creíamos ingenuamente estar a salvo. ¿Seguiremos allí? ¿Seguirán nuestras figuras vagando por el Plateau para recordar aquel momento y agradecernos que lo dejáramos todo como estaba?

A lo lejos, en el atardecer, ardían las fogatas de otros que también acampaban rumbo a la gran montaña. No nos acercamos, ni ellos tampoco a nosotros. Los lobos se debieron de haber alejado, asustados, hacia lo profundo de la noche al ver desde las laderas el resplandor de nuestras hogueras. Así es como debieron de ver el mundo nuestros antepasados, monos curiosos puestos de pie hace millones de años.

Pasamos allí días, dejamos correr el tiempo entre grandes pedregales y sendas que serpenteaban en la tierra polvorienta, rodeados de verdad y de valles profundos y vacíos que, al caminar, aparecían por sorpresa y nos ponían a salvo de las dudas y la incertidumbre. Era una de esas raras veces en la vida en las que todo encaja y parece estar en su sitio con una perfección sorprendente.

Y después, abandonamos el lugar muy despacio, a la velocidad lenta de nuestros pasos. Al mediodía, el sol en su cenit era abrasador. Los caminos nos obligaban a saltar cauces de riachuelos secos, que, si alguna vez volvieran a llevar agua, brillarían como espejos bajo la luz del mediodía. Yo aún no había empezado a escribir. Todavía no recorría el mundo siguiendo el rastro que deja la sangre.

De vuelta al presente, a la ciudad, me adormezco en un café, y cuando abro los ojos cae la tarde. La plaza vuelve a llenarse de vida y de caravanas de turistas que lo observan todo desconcertados.

Cuando veo que el camarero se acerca, le entrego un billete de

quinientos dírhams y le pregunto:

—¿Has oído algo de un extranjero al que encontraron muerto hace unos días muy cerca de aquí? Me dijeron que se llamaba Omar y que llevaba años viviendo en una de estas calles.

Toma el billete con dos dedos y, sin abandonar su cara impenetrable, responde:

—Sí, alguna vez le había visto. Parecía uno de esos europeos que vienen aquí huyendo de sus países, pero no sé apenas nada de él, salvo que murió de un ataque al corazón.

—¿Y Karim? ¿Sabes algo de un europeo al que apodaban así?

—Casi nada. A veces lo vi con otro tipo que desde luego no era marroquí, pero no parecían amigos, sino más bien como si llevaran un negocio a medias, o fueran socios… Pero todo son solo suposiciones…

Si tú dejas tu oficio, querida Celeste, mi libro también tiene que acabar. Me has dado más de lo que al principio pude ni tan siquiera soñar. Te debo mucho, pero no me atrevo a verte. Al menos no aún, dame un poco de tiempo. ¿Es cierto que vigilan tus pasos o es que estás perdiendo los nervios?

Desde el principio supe que esto acabaría así. Celeste estuvo bien, era una mujer llena de voluntad e inteligencia, y un buen personaje al borde de la demencia y profundamente contradictorio. Dura como un diamante para cometer un crimen, pero blanda una vez que depositaba sus sueños en manos de alguien.

Quiso acercarse tanto a mí, se mostró tan necesitada, que terminó por hundirse en una gran decepción. Y eso a ella la volvía vengativa y peligrosa.

9

Recibí enseguida una respuesta.

> Tú, Norman, anuncias que tu libro termina. Un final. Pero hay otro del que no hablas y es que, al mismo tiempo, acabas también conmigo. Aunque ahora digas que no, me olvidas. Hace tiempo que lo sospechaba, tus últimos correos eran demasiado cálidos como para no ocultar que, en realidad, eran fríos como el hielo. Lo único que buscabas era contar mi historia de la forma más bella posible, alargarla en los capítulos que te dieran mejor juego, pulirla y buscar palabras exactas y hermosas. Hacer literatura, sin que yo te importara nada.
>
> Espera un par de días y compra *The Guardian*, la edición en papel, y busca en los anuncios de la sección inmobiliaria, como si estuvieras interesado en adquirir una casa. Verás enseguida a qué me refiero.

Intrigado, hice lo que Celeste me dijo. La primera página estaba ocupada por una foto llamativa en la que podía verse a un hombre sin un solo pelo sobre la cabeza y que, acostado en una cama de hospital, miraba a la cámara con una sorprendente frialdad.

Se trataba de Alexander Litvinenko, que falleció días después víctima de un envenenamiento con polonio 210, una sustancia altamente radiactiva. Había sido un espía que, después de alistarse en el Ejército Rojo, se convirtió en agente del KGB y tuvo un papel destacado en las guerras de Chechenia.

Por lo que se ve, descubrió conexiones entre las redes de tráfico de heroína desde Afganistán a Europa occidental y creyó que había altos funcionarios del KGB conectados con aquella trama y que actuaban con complicidad. Terminó por acusar a algunos de sus superiores de haber ordenado secuestros, extorsiones y asesinatos y fue expulsado del FSB, siglas que habían sustituido al KGB. Ante las

múltiples amenazas de represalia, acabó obteniendo el asilo político en Reino Unido.

Mientras leía, me resultaba imposible no pensar en Celeste. Ella, desde luego, habría sido mucho más discreta, aunque tampoco me sorprendió que utilizara un periódico con esa noticia para mandarme un mensaje. Estos juegos le gustaban.

Después busqué las páginas en las que se anunciaba la venta de inmuebles, y me resultó muy sencillo encontrar lo que buscaba. Entre cientos de propiedades en Yorkshire, Northumberland, Essex o Surrey, aparecía una gran foto de una casita baja, limpia y hermosa, rodeada de un jardín verde y con un magnífico porche en el que sentarse para ver caer el sol. Pero no era un anuncio de una agencia, sino publicidad pagada por un particular. Todo iba encajando.

Junto a la imagen había un pequeño texto: «Por la población de Oswego Lake circulan leyendas de que esta es la casa en la que vivió Margarett Waters. Heroica defensora de los derechos humanos. Propiedad impecable, lista para entrar a vivir. Quinientos mil dólares».

Aquel texto era un mensaje cifrado que solo yo podía entender, para los demás pasaría como mucho por ser un acertijo, una equivocación o una broma… Y justo en el momento en el que terminaba de leerlo, a mi teléfono llegó un correo electrónico.

> Te lo advertí. La muerte de Margarett Waters parecía una escena carente de peso en la trama, pero terminaría por ser determinante. Si hubieras ido, si hubieras preguntado, nadie habría podido darte detalles de aquella dama. Sencillamente porque no existía. Lo de defensora de los derechos humanos me pareció una ocurrencia graciosa, simplemente por eso lo puse en el anuncio. La señora Waters nunca había existido y yo tampoco he pasado un solo día de mi vida allí. Escogí Oswego Lake en un mapa, al azar, dejando que mi dedo índice se posara donde quisiera, pero lo mismo pude haberlo hecho con Concord, Buffalo, Rochester o cualquier otra población de Estados Unidos. Era una manera de ponerte a prueba. Espero que no te creyeras las apariciones del espectro de Margarett. Estoy lo suficientemente curtida en tiroteos como para que un fantasma me impida dormir plácidamente, y no iba a empezar a hacerlo ahora. Y lo de la laguna Estigia era una broma que no me

> pude resistir a gastarte, como lo de que la llamaba desde cabinas telefónicas. ¿No te pareció sospechoso? ¿Cuánto tiempo hace que no ves una? Ahora todo está perdido, solo me quedan la soledad, el destierro, la tierra yerma y los vertiginosos agujeros por los que la vida termina escapándose.

Celeste había descubierto mi juego y sabía que yo pensaba abandonarla. Aun así, tuve un último arrebato de orgullo y pensé en contestarle: «Tú no eres nada sin mí. Si no escribo, no existes, desapareces, y entonces ¿qué harás con tu vanidad?, ¿dónde guardarás la ambición de ser la mejor?».

Pero no lo hice, ya no valía la pena. Viniendo de ella, un aviso como el que había recibido era una amenaza real y tuve miedo, mucho miedo. Esta noticia aparecida en un periódico lo cambió todo, aunque tampoco se puede decir que a Celeste le fuesen muy bien las cosas a partir de ese momento.

10

Son los últimos días de noviembre, llueve a mares sobre Londres y estoy enfrascado en la promoción de *La mujer que mira desde las sombras*, un título que no gustaba a mi editora, pero que acabó aceptando cuando se convenció de que tenía gancho. Ahora ella misma dice que el libro será uno de los éxitos de la Navidad.

Ha pasado un año desde el viaje a Argentina y medio desde que regresé de Marruecos. El libro, con la cara de una mujer que parecía a punto de ahogarse, llenaba los escaparates de las librerías de media Europa. Insistí en que aquella imagen que transmitía tanta inquietud fuera la portada, lo mismo que mi agente vio claro el título desde el principio.

Tal vez mis lectores crean que disfruto de un gran momento, pero en realidad estoy solo y sé que no soy inocente, y eso me angustia.

Una noche, al regresar a casa tras una cena, preferí dar un paseo y salí del metro en la estación de
Shepherd's
Bush. Eran más de las doce de un día laborable, por lo que recorrí calles espectralmente vacías, desiertas como si todo el mundo hubiera abandonado la ciudad y yo fuera el último habitante de la Tierra. Mis pasos resonaban en el asfalto y las luces de las farolas proyectaban la sombra de mi silueta sobre el suelo y las paredes. Varias veces volví la cabeza creyendo que alguien me seguía y tuve una sensación de alivio cuando vi que mi portal se cerraba tras de mí.

Alivio que duró muy poco. Pegado con cinta adhesiva en mi buzón, tapando mi apellido, había un sobre. Era imposible no verlo. Me temblaban las manos al abrirlo. Sigrid, Armonía, Doris, Sharon o Celeste, alguna de ellas, la que fuera en ese momento, me había encontrado e iba a matarme.

Me entró pánico ante aquella carta tan larga.

Durante un tiempo, las dudas y las preguntas sin respuesta me atormentaron. Después llegó la incredulidad, que duró hasta que la decepción ocupó su lugar, y eso fue lo peor. Se puede hablar durante horas del desengaño y todo el mundo tendrá algo que decir, pero no hay nada que duela tanto como la confianza traicionada. Puedo asegurártelo.

Mis buenos días no volverán y, por mucho que la siga derramando, la sangre de los otros ya nunca será igual, ni tendrá más ese hermoso color que ahora solo pertenece a los rubís.

Me veo como si compartiéramos casa y tú estuvieras a punto de irte para siempre. Sé que pasarás la mañana empaquetando tus cosas y que yo no haré nada por impedirlo, pero tampoco podré quedarme para contemplar cómo lo haces, ni ayudarte mientras todo se termina.

Después, al rato, cuando regrese, ya no estarás y todo lo tuyo habrá desaparecido.

Dices que me olvidarás, y no volverás a mirarme, pero, al mismo tiempo, giras la cabeza hacia los caminos por los que se pierden nuestros recuerdos.

Hay golpes en la vida tan fuertes… ¡Yo no sé!
Golpes como del odio de Dios; como si ante ellos,
la resaca de todo lo sufrido
se empozara en el alma… ¡Yo no sé!
Son pocos; pero son… Abren zanjas oscuras
en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte.
Serán tal vez los potros de bárbaros atilas;
o los heraldos negros que nos manda la Muerte **[14]** .

Tanto orgullo, tanta traición por unas pocas letras. Lo que sea por un libro, ¿no es así? ¿Hasta dónde serías capaz de llegar por escribir? Hay varias maneras de huir de uno mismo, Norman, pero es más difícil escapar de mí. Ya nunca más volverás a estar a salvo. Recuerda: no vivirás para siempre.

Fíjate cómo ha terminado Karim. Si quieres, tómalo como ejemplo. Prometí que te lo contaría. Karim vivía en New Rochelle, en el estado de Nueva York, y allí todos le conocían como Keith.

Lo seguí durante días. Trabajaba en un restaurante, ocultaba bien el dinero que ganaba como falsificador para no levantar sospechas y, como tantos y tantos delincuentes, se hacía pasar por un ciudadano modelo, responsable e implicado en las tareas de su comunidad.

El momento que yo había elegido para eliminarlo era impresionante. Los alrededores del instituto estaban ocupados por chicos y chicas que olían a colonia de marca y vestían ropa deportiva cara. Abundaban las gorras de béisbol y eran más los altos que los bajos, y los gordos que los flacos. La clase media estadounidense mostrándose en todo su esplendor un sábado por la mañana entre setos y césped limpio y recortado.

Todos aquellos chicos, la mayoría buenos, aunque algo simples, estaban a punto de ir a la universidad y, por lo general, tenían poco interés en cualquier cosa sucedida fuera de Estados Unidos. Gran parte de ellos ignoraba si la Revolución Francesa era un acontecimiento del siglo XVIII, del XIX o incluso del XX.

Pero no era esto lo que quería contarte. Además, la escena era mucho más complicada, y sin duda mucho más terrible de lo que podía parecer a simple vista. Había camiones de bomberos, ambulancias, coches de policía y helicópteros volando muy bajo sobre nuestras cabezas con el sonido ensordecedor de sus rotores.

Una chica estaba tendida boca arriba y aún movía un poco los brazos y las piernas, como si intentara en vano incorporarse. La sangre manaba a borbotones desde el gran agujero de su frente, y eso le daba un aspecto moribundo. A su lado, de rodillas, otra adolescente no paraba de chillar histérica para que alguien les hiciera caso y atendiera a su amiga.

Decenas de cadáveres de chicos y chicas, todos con grandes heridas en el pecho, los brazos o la cabeza aparecían tendidos por todas partes. El césped refulgía entre ellos luminoso, formando una alfombra sobre la que agonizaban algunos, moviéndose inquietos, girando sobre sí mismos en el pavimento y agitando los brazos.

La visión de cuerpos tan jóvenes tirados por el suelo y cubiertos de sangre no resultaba placentera. La vida reemplazada por la muerte. La risa, ahora ahogada, había dejado paso a los lamentos.

Me fijé en una chica. Parecía mayor para su edad y gritaba y lloraba reclamando que hicieran caso al chico que sostenía en sus brazos. Era una hermosa imagen que recordaba a la Piedad. Yo estaba muy cerca, vestida con el uniforme de los sanitarios que habían llegado en las ambulancias, como una más.

Hacía un rato que tenía localizado a Karim-Keith, hombre del hampa, falsificador, ladrón, pero que se encontraba allí, dando el pego a sus vecinos de New Rochelle en calidad de bombero voluntario.

En una pequeña montaña cercana, apenas una elevación, se desató un incendio y una gran humareda fue poco a poco acercándose al pueblo haciéndonos toser, respirar y ver con dificultad.

Los aurigas guiaban a los caballos al combate y los guerreros acometían de frente con toda la fuerza de sus brazos. El furibundo Ares cubrió el campo de espesa niebla para socorrer a los troyanos **[15]** .

La escena invita a pensar que ha estallado una bomba, allí, justo en medio de todos. A pesar de que las papeleras, los bancos del parque y las marquesinas están intactas y esos detalles hacen sospechar que se trata de un tiroteo. Al igual que las carreras, los cadáveres tirados por la hierba, los gritos aterrados y el sonido ahora lejano de los disparos amortiguado por el llanto y los lamentos de los heridos.

El olor, el aroma de la tragedia, un espectáculo magnífico para mí, que odio la guerra pero admiro a los valientes que ponen su cuerpo delante de los demás para protegerles cuando empiezan a sonar los disparos.

Al mismo tiempo, miembros de la policía entraban en el instituto y, por una ventana, huía el asesino llevando un rifle en la mano. Se produjo un gran tiroteo y todo el mundo que seguía en pie se tiró al suelo lo antes posible.

Era el momento ideal. Saqué de entre mi ropa la Glock para la que en esta ocasión no necesité silenciador, y cuando el ruido de las balas de mentira era más ensordecedor, me acerqué a Karim-Keith y le disparé en la cabeza aprovechando la gran confusión. Después, en una de las ambulancias que tenía el portón abierto, dejé el uniforme, la mascarilla y la gorra, atravesé el cordón policial y me mezclé con los curiosos para no perder detalle del final del espectáculo.

La munición empleada por la policía era de fogueo y las armas, reproducciones en plástico de las verdaderas. Se trataba de un simulacro y todos actuaban según un estricto protocolo. Fueron unos instantes maravillosos cuando todos los participantes se fueron levantando del suelo y comenzaron a limpiarse las heridas de maquillaje y bomberos, policías y médicos se fueron dando la enhorabuena.

Todo según lo previsto hasta que alguien se fijó en aquel cuerpo que permanecía sobre la hierba, rígido. No tuvieron tiempo para

pensar por qué tardaba tanto en levantarse y no atendía a quienes le llamaban. Cuando al fin se acercaron, vieron que tenía la cabeza con un gran agujero por el que corría sangre de verdad y no de la que utilizan en el cine.

Nadie podía explicárselo. Nadie más que yo. En muchas poblaciones de Estados Unidos hacen simulacros, se preparan aterrados para poder reaccionar si se producen estos sucesos. Las matanzas indiscriminadas siempre se presentan por sorpresa, sin indicios ni avisos previos y, normalmente, nadie está preparado para reaccionar.

Se entrenan todos, profesores y alumnos, policías, sanitarios, conductores de ambulancias y bomberos para un momento de tanta tensión que confían en que no llegue nunca.

Leí mucho acerca de esto una vez que hube tomado una decisión. Quienes habían participado contaban estar impresionados por el realismo y la verosimilitud, por los gritos de dolor y el llanto, las heridas y la humareda, los disparos que terminaban por parecer reales… Y pensé que era una manera inmejorable para librarme del último hombre que podía guardar alguna prueba de mis crímenes.

Durante unos momentos, pienso en estos criminales que asesinan inocentes sin distinción… Imagino a chicos extraños, siempre a punto de sacar la cabeza del pozo pero sin terminar de conseguirlo del todo, adictos prematuros, víctimas de depresiones feroces y paralizantes, con algún suicidio frustrado a sus espaldas, puede que por falta de valor en el último momento. Acosados desde niños en la escuela, objeto de burlas y golpes de sus compañeros, siempre expuestos a ataques despiadados de los que tampoco se libran una vez en casa, donde también abusan de ellos o les pegan grandes palizas sin dirigirles la palabra.

Así que, como consecuencia de todo esto, acaban por convertirse en asesinos. Vidas destrozadas donde el futuro no cuenta y solo existe un terrible presente y el peso del pasado.

Cuando terminé de leer, me quedé pensativo y asustado. No es bueno defraudar a quien ha depositado toda su fe en ti y ha edificado sobre tu figura un baluarte de amistad. Me habría gustado explicarle a Celeste que, aunque no me creyera, ser escritor ya no me importaba tanto, pero estando donde estábamos, habría sonado demasiado cínico.

He jugado con el fuego y la gasolina, demasiado coqueteo

haciendo equilibrios al borde del precipicio. Puede que sea el miedo el que me haga pensar esto, pero ahora creo que no todo vale para escribir. ¿O sí?

Además tengo que pensar en que yo estaba solo sin remedio y eso también tuvo algo que ver… Pero no creo que sea excusa. A Celeste solo la dejé acercarse por mi interés en su personaje, y poco a poco le hice creer que nuestras vidas llevaban camino de unirse. Pero cuando la tuve en mis manos, me puse a escribir, me refugié en mi casa y a ella, simplemente, la dejé caer. Ahora estoy a punto de pagarlo caro. El éxito exige que se ofrezcan sacrificios… Pero ¿es justo el precio que debo pagar?

Tras esta presentación, tras ese aviso, Celeste estuvo desaparecida cuarenta y ocho horas. Normalmente, yo nunca sabía qué hacía, pero en aquel momento ignorarlo me pareció un motivo para tener miedo. Puede que se dedicara a perderse entre su pena y su desazón bebiendo en bares en los que podía pasar desapercibida y escuchar música, para después vagabundear dando tropiezos por las calles desiertas. O que solo pretendiera dejarme a solas con el pánico, hacerme sufrir pensando en lo cerca que estaba de la muerte. Daba igual, yo sabía que no se había ido y que pronto volvería a saber de ella.

11

La presentación oficial de mi novela fue en la librería Waterstones de Trafalgar Square, un jueves a las siete de la tarde. Quienes ya habían leído el libro estaban intrigados por el personaje de aquella mujer asesina, por la soledad y el desierto por el que transcurría su vida, y dudaban de si se trataba de un personaje real o de ficción.

—Siento decirlo —comencé—, pero todo lo escrito está muy lejos de estar inspirado en noticias de prensa que juegan con las tragedias para vender más. Todo, y vuelvo a repetir que lo siento, ha sucedido en la vida real. Debo admitir que mientras seguí los crímenes de Celeste siempre me sentí un poco culpable. Culpable y triste por no haber sabido cómo poner fin a sucesos tan terribles. Es el cargo de conciencia, el arrepentimiento por algo que no has hecho pero tampoco evitado… Poco a poco, durante meses, Celeste fue poniendo a mi disposición toda su vida para que yo escribiera. Tal vez entonces ella pudo hacerse alguna idea equivocada. Pero yo solo era un invitado. Un contador de historias. Un mensajero. Si alguien nos hubiera fotografiado o pintado, en la imagen se podría ver con claridad que nuestras miradas nunca habrían podido llegar a encontrarse. Tipos que caen abatidos por las balas —proseguí tras una breve pausa para tomar aire—, mujeres abandonadas en el campo con la cabeza destrozada por los golpes, o turbios miembros del hampa dormidos en una terraza bajo el efecto del veneno… Este era el paisaje por el que ella se movía con soltura, sabiendo que también su vida, como la de todos los que matan, terminaría pronto y moriría joven. Las palabras clave para entenderla serían: individualismo fingido, autoengaño, esclavitud voluntaria, violencia física y el hecho de vivir poseída por un espíritu demoníaco que le hacía aparentar calma hasta en las peores circunstancias. Siempre me pregunté por qué una mujer capaz, con un trabajo extraño pero que realizaba con gusto, dueña de su destino, dependía tanto de mí. Nunca llegué a conocer la respuesta. Puede que la soledad, la mala

relación con su familia o pensar que su vida se había vuelto hueca, sin ilusiones ni objetivos, le hubieran llevado a buscar apoyo en otro ser extraviado, que es como ella me veía.

Cuando acabé mi pequeño discurso, un público desbordante de entusiasmo aplaudía puesto en pie. Pero yo no los veía, y apenas escuchaba los aplausos, porque a través de sus cuerpos, de sus manos que se movían para chocar una contra otra, había una mujer de pelo negro que, con los ojos fijos, me miraba desde la calle muy seria, con las mandíbulas —y seguramente también los puños, aunque yo no pudiera verlos— apretadas y todos los músculos del cuerpo en tensión.

Lo que vi no duró más que un instante. Miré un segundo hacia un lado, porque alguien me llamó y, cuando volví a fijarme en el escaparate, Celeste, o como quiera que ahora dijera llamarse, ya se había esfumado.

Buscando entre las personas de la sala vi a una fotógrafa con la acreditación de prensa colgando de la chaqueta y fui hacia ella.

—¿No tendrás alguna foto en la que pueda verse el escaparate?

—Sí, seguro, pero tomada desde aquí. De dentro hacia fuera…

—Es igual, creo que me valdrá para lo que necesito. ¿Puedes mostrármela?

Era ella, no había duda. Su gesto duro destacaba entre los demás curiosos que miraban con la nariz pegada al escaparate.

Acto seguido, Celeste se había marchado a paso rápido, fundiéndose con las paredes y los portales, como ella sabía hacer, caminando por el lado más oscuro de la calle hasta volverse invisible.

Ya todo daba lo mismo. Dentro de poco estaría muerto.

Si creyera en el Juicio Final debería estar ya preparándome para el castigo. Aquella misma noche desperté sobresaltado, creyendo escuchar algún ruido y me acerqué silenciosamente hasta la entrada.

Era ella, con todo su cuerpo pegado contra mi puerta, aplastándose unas veces, empujando y restregándose arriba y abajo en el barniz otras, golpeando con la frente rítmicamente en la madera.

Celeste vivía sus emociones con toda la plenitud de sus años jóvenes y no se perdonaba haber sido débil ni tan inocente como

para dejarse embaucar. Y, mientras tanto, yo, al otro lado, callado, completamente inmóvil, escuchando su respiración y sus jadeos cada vez más intensos, mientras me decía con una voz grave, entre susurros escalofriantes:

—Estás ahí, sé que estás ahí, muerto de miedo, porque sabes que me las vas a pagar —decía al tiempo que intentaba meter la lengua por la mirilla.

Y lo repetía una y otra vez. De vez en cuando perdía fuerza, como si se hundiera aún más en sus desdichas. En esos momentos parecía sollozar dejando que sus lágrimas se deslizaran por mi puerta como si fueran lluvia ácida.

Al rato, dejó de hablar. Ya no decía nada. Solo quería que yo supiera que me había localizado y que mi vida estaba en sus manos.

Éramos dos figuras separadas por los pocos centímetros blindados de chapa y tornillos y un enorme foso de imposibles. No habría una sola fuerza en el universo capaz de unirnos. Nunca. Tan cerca uno del otro sin decir palabra, y los dos temblando. Uno a cada lado de la puerta mirándonos sin poder vernos, prisioneros de un sueño perverso. Nos estábamos volviendo locos.

Solo los recuerdos, batiendo sus alas como los ángeles, podían traspasar esa barrera dejándonos a solas, a ella con su mundo destrozado y a mí con un éxito que iba a costarme la vida.

Se apagó la luz de la escalera, pero Celeste siguió allí, empujando con todas sus fuerzas mi puerta y mi vida. Soñando que pudo haber tenido en algún lugar un paraíso en el que tejer una red de felicidad con aquel escritor que se escapaba y solo quería olvidarla.

Al rato, la oí bajar los peldaños de la escalera y, oculto entre los visillos, asistí al espectáculo que me brindaba. De la fachada del edificio de enfrente sobresalía un alero bajo el que ella podía haberse resguardado sin perder de vista mi casa, pero parecía rechazarlo y preferir quedarse expuesta al agua que caía sin cesar y terminaría por empaparla. En pie y rígida, mirándome desde la acera de enfrente.

Sus ojos ardiendo como ascuas, fijos en mi ventana, advirtiéndome de que sabía que yo también la miraba y sujetando en sus brazos un bolso en el que se marcaba lo que llevaba dentro, un objeto duro y anguloso que solo podía ser la culata de una

pistola.

Al día siguiente, bien temprano y con el miedo metido en el cuerpo, acudí a la comisaría de Hammersmith. Estaban muy ocupados, pero, aun así dieron credibilidad a lo que les conté.

La charla con los agentes fue complicada. Estaba obligado a medir cautelosamente qué podía contarles para no ser acusado de encubridor, y lo que ideé fue precisamente darle la vuelta a la historia.

Ellos conocían mis libros, y eso facilitó mucho las cosas cuando les dije que, desde el principio, nunca me creí lo que contaba Celeste y que sus asesinatos me parecieron fantasías, pero que, inspirándome como siempre en mis viajes, fui creando y dando vida al personaje de una asesina a sueldo, como argumento para la novela que acababa de publicar.

Ambos agentes asentían de tanto en tanto.

—Nunca hasta ayer en la presentación de mi novela la había visto —mentí a los agentes—. Ella estaba desquiciada y me escribía para contarme sus crímenes, ante los que yo no podía hacer nada. Nuestra relación fue desigual y estuvo llena de altibajos. Yo solo quería escribir y esa mujer parecía admirarme. Admito que en alguna ocasión fingí que ese sentimiento era mutuo, pero, entiéndanme, todo es muy complicado frente a alguien que reconoce estar vacío y no tener alma. A veces quise decirle que el mundo resulta demoledor sin ninguna clase de moral, pero pensé que no valía la pena…

Mientras oía mis propias palabras, pensaba que de un momento a otro uno de los dos policías iba a quedarse quieto, mirándome antes de decir: «¿Por qué no me creo nada de lo que dice, señor Scarf?», o «Deje de una vez de mentirnos, señor Scarf».

—Seguramente esa pobre loca —seguí fingiendo seguridad— se habrá sentido herida… No sé, puede que esté exagerando y que todo se quede ahí, pero con estos fans que se sienten despechados nunca se sabe, y he preferido contarlo a la policía por si acaso. Recuerden a John Lennon.

Los dos agentes parecían confiar en mi relato y pusieron junto a mi casa una discreta vigilancia. Aun así, hasta el final mantuve la intranquilidad de pensar que si Celeste resultaba finalmente detenida, lo que ella les contara podría llegar a complicarme la

vida.

También me veo obligado a reconocer que, cuando todo acabó, solo fue para sustituir esa vieja inquietud por otra nueva.

12

Ya ha anochecido, pero Celeste se mueve despacio ocupando el centro de la calle, como si estuviera entre las casas destartaladas de Tombstone, en el tiempo en que sucedió el famoso tiroteo, y avanzara iluminada por un foco potente. Solo falta el sonido de un galope que se pierde en la lejanía, o las nubes de polvo levantadas por el ganado para tener el decorado perfecto.

Mi casa está muy cerca de St. James Gardens, una zona muy tranquila sin apenas tráfico, ni gente caminando por las aceras, ni vecinos asomados a las ventanas, a excepción de mí. Lo que seguramente explica que la escena pudiera desarrollarse tal como lo hizo.

Sesenta, cincuenta, cuarenta metros. Celeste avanza hacia mi casa por el centro de la calle, con pasos largos pero lentos. Con la parsimonia de los valientes y dejando que las manos cuelguen a cada lado del cuerpo con un pequeño balanceo.

Dos policías vigilan desde el coche y otro está apostado junto al portal. Los tres se fijan en ella casi al mismo tiempo. El primero cruza rápidamente la calle, otro queda frente a la chica —ahora apenas veinte metros les separan— y un tercero, que porta un arma larga, se para en seco al oír sus voces.

—¡Alto, no dé un paso más! ¡No siga avanzando y enséñenos las manos!

Ella, en vez de atender sus órdenes, separa ligeramente las piernas al tiempo que se desabrocha el abrigo. Con la cabeza alta, mirando alternativamente a los tres policías, mete su mano derecha bajo el abrigo, en un gesto inequívoco de quien va en busca de un arma. La calle sigue vacía, silenciosa, y Celeste, al oír una segunda vez que levante las manos, al mismo tiempo que el sonido de pistolas y fusiles que se amartillan, hace un gesto muy rápido y saca un revólver, pero en vez de disparar se tira al suelo y, sin soltar el arma, gira sobre sí misma por el pavimento hasta quedar entre dos

coches.

Las balas, dos de pistola y una de rifle, levantan chispas al rebotar en el asfalto a pocos centímetros de su cuerpo. Desde su posición, Celeste oye los comunicadores de los agentes y seguramente sabe que no dispone de mucho tiempo y que en cuestión de minutos estará rodeada.

Agachada y sin levantar la cabeza, retrocede a pasos cortos acercándose a su trágico destino, hasta alcanzar el coche que tiene a su espalda, con lo que consigue alejarse unos metros, como si quisiera escapar.

Los tres hombres, protegiéndose unos a otros, avanzan con cautela hacia ella.

—¡Ríndete, tira el arma y sal donde podamos verte con las manos en la cabeza! —les oye gritar.

Pero ella, en vez de hacerles caso, saca la cabeza por encima del coche y hace ademán de apuntarles. Con un par de gestos rápidos y hábiles vuelve a esquivar las balas, que en su trayectoria hacen estallar la luna de un coche, que cae al suelo hecha añicos. Esta vez han sido algunas más —puede que cinco o seis— y aún le han pasado más cerca, casi rozándole.

Apenas diez metros separan a Celeste de los policías. Ella dispara al aire y las tres figuras se esconden entre los coches, al mismo tiempo que a lo lejos empiezan a oírse sirenas. En ese preciso instante, ocurren simultáneamente dos cosas importantes. La primera es que Celeste se planta de un salto en el centro de la calle apuntándoles con el arma que empuña sin llegar a disparar. Y la segunda, que los agentes, como no estaban para bromas, la acribillaron.

Al ser alcanzada por las primeras balas, aún tiene la fuerza necesaria para permanecer de pie, mirándoles de frente y sin parpadear. Todo queda detenido durante unos segundos, hasta que Celeste hace el gesto de volver a levantar el arma hacia los agentes y es entonces cuando una segunda ráfaga de proyectiles la derrumba en medio de la carretera.

Bajo a la calle y me abro paso entre los pocos congregados, aún impresionado por la tragedia que se me ofrece de primera mano.

Desde el cielo, ya para entonces muy negro, empiezan a caer unas gotas enormes sobre los pocos curiosos y el cadáver,

empapándolos a todos y arrastrando la sangre hacia las alcantarillas.

Nunca había caído tanta agua sobre uno de aquellos pueblos desvencijados y aplastados por el sol de la frontera **[16]**.

Al fondo, un sinfín de furgonetas lanzan al cielo destellos azules y decenas de policías corren entre ellas aún con armas en la mano.

Ocupan el lugar de los jinetes y el ganado, sustituyen a las estampidas de los búfalos y no dejan que desde los riscos los indios oteen el horizonte con sus cabezas coronadas de plumas.

Paralizado bajo mi paraguas, pienso que Celeste nunca habría obrado así, porque era una gran profesional.

Además, me quería demasiado como para matarme. Había sido un suicidio, una inmolación ante mi portal para que su cuerpo ensangrentado y lleno de agujeros me recordara durante toda mi vida que la había olvidado.

En el fondo, la forma de morir escogida era una angustiosa súplica para no quedarse sola, y la mejor página que podía haber escrito para terminar mi libro. El cuerpo retorcido de Celeste me traía a la cabeza al de una santa arrojada al suelo tras el martirio.

Mirando su cadáver pienso: «Me gustaría creer que te fuiste sintiendo que tenías un amigo. Los recuerdos, aunque no valgan para nada, nos mantendrían unidos para siempre».

Pero en mi interior sé que no. Todo es mentira y yo me he comportado con un cinismo retorcido. Las buenas ventas de mi libro, más que otra cosa, son el resultado de una traición.

Celeste ha llegado hasta la puerta de mi casa para decirme adiós a su manera. La única que ella conocía, y que dejaba por todas partes grandes rastros de sangre.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a RBA Serie Negra que siga confiando en mí y publicando mis novelas.

También a la agencia Marcapáginas por su trabajo profesional e incansable, y su aliento en horas bajas.

A Albert Padrol, Helena Sueskun, Inma Lumbier y Joxe Iñaki Azkona, los lectores de la fila cero, mis amigos, que juzgan lo que escribo con interés y severidad, ayudándome a aprender y a seguir. Sin su ayuda este libro no habría sido posible.

Y, por supuesto, a los que me leen.

JOKIN AZKETA (Pamplona, 1957). Escritor que siempre ha intentado aunar sus tres pasiones: los libros, la montaña y los viajes. Tras sus inicios en el sector editorial, en 1986 cofundó la librería Muga, una tienda de referencia, especializada en la literatura de viajes. Posteriormente colaborador de diferentes medios escritos y radiofónicos, en 2011 publicó su primera novela, *Donde viven los dioses menores*. Con el título *La vida en la punta de los dedos* afianza su carrera como escritor de novelas de intriga ambientadas en espectaculares marcos naturales.

Notas

[1] La frase «Entre dos oscuridades, un relámpago» pertenece a un poema de Vicente Aleixandre. < <

[2] La escena de las esclavas ahogadas nació en la exposición *A law… A blueprint… A Scale*, de la artista estadounidense Ellen Gallagher, en la que se invita al visitante a sumergirse bajo la piel del océano y a mantener un diálogo con las profundidades marinas. <<

[3] Eric Lafontaine está vagamente inspirado en Eric Hebborn, maestro falsificador
(1934-1996)
que en las crónicas periodísticas suele aparecer junto a otro oscuro personaje, sir Anthony Blunt, director del instituto de arte Courtauld, en Londres, también falsificador, y espía para la Unión Soviética, que contribuyó a desenmascararlo. Aunque también podría ser Oswald Aulestia, un manipulador carismático, perseguido por el FBI y por la policía catalana, y que está considerado el mayor falsificador de obras de arte de la historia. < <

[4] El cuadro de John Singer Sargent se expone, junto a los famosos jarrones, en el Museo de Bellas Artes de Boston. < <

[5] Celeste se refiere a «Vine a Comala porque me dijeron que acá vivía mi padre, un tal Pedro Páramo. Mi madre me lo dijo. Y yo le prometí que vendría a verlo en cuanto ella muriera». < <

[6] «¿Para qué llamar caminos / a los surcos del azar?» son versos de *Proverbios y cantares*, de Antonio Machado. < <

[7] Las fotos de la cara de Celeste, apenas sobresaliendo del agua como si se ahogara, se inspiran en una foto de Cristina Jul Soledad, que formó parte de su exposición *Naufragios*. Y también en la obra *Red Moon*, en la que la pintora Marlene Dumas actualiza el mito de Ofelia y la hace flotar en vez de ahogarse. Lógicamente, los versos que aparecen en el capítulo, «Allí trepaba por el pendiente ramaje…», son de *Hamlet* de William Shakespeare. < <

[8] Referencia a la célebre novela de Malcolm Lowry *Bajo el volcán*.
< <

[9] Los versos que Celeste recita ante el cadáver de Olivia, «No necesito tu galope, ya que el mío es más rápido…», pertenecen a *Hojas de hierba* de Walt Whitman. < <

[10] Personaje que aparece en la novela *La vida en la punta de los dedos*, de Jokin Azketa. < <

[11] Lisardo Morales es uno de los cientos de personajes de la novela *Los detectives salvajes*, de Roberto Bolaño, en la que también utiliza el término «Realvisceralistas». < <

[12] La historia de Johann Hessen está basada en la de Jean-Claude Romand, asesino de su familia. < <

[13] Félix Dzerzhinski fue el fundador, y jefe, de la primera policía secreta del camarada Iósif Stalin, la conocida Checa (por sus siglas en ruso, ВЧК). < <

[14] «Hay golpes en la vida tan fuertes…» es un fragmento del poema *Los heraldos negros* de César Vallejo. < <

[15] «Los aurigas guiaban los caballos al combate…» pertenece a *La Ilíada*. <<

[16] El tiroteo final está inspirado en el del O. K. Corral, un enfrentamiento armado ocurrido en Tombstone, Arizona, el 26 de octubre de 1881. En él perdieron la vida los hermanos McLaury y Billy Clanton. El personaje más conocido del trágico suceso es el *marshal* Wyatt Earp. < <